

# Jefe, ¿QUIERES UN BAILE?

MARTA FLORES

# Jefe, ¿QUIERES UN BAILE?

MARTA FLORES

Primera edición.

Jefe, ¿quieres un baile?

©Marta Flores

©diciembre, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

# Capítulo 1



**Celeste**

—Mamá, ¿estás despierta? —me preguntó mi pequeño torbellino, saltando encima de mi cama.

—Ahora sí, pollito —le contesté, haciéndole cosquillas, mientras ella se retorcía sin parar de reír.

—Violeta, te dije que esperaras un rato más para despertarla, eres una impaciente —le dijo mi madre, entrando en mi habitación y sonriendo al vernos así.

—Jo, ya es tarde y quiero ir al parque a jugar al balón antes de que se vayan mis amigos —contestó, haciendo pucheros.

—Podría haberte bajado yo y así habrías dejado dormir un poco más a mamá —añadió mi madre.

—No importa mamá, he dormido lo suficiente— dije con una sonrisa.

—Tus ojeras no dicen lo mismo, Celeste, tienes que estar agotada, anoche llegaste muy tarde —me dijo, frunciendo el ceño.

—Me ofrecieron un pase privado y no pude rechazarlo, sabes que nos viene bien el dinero. Además, ya queda poco para que todo cambie.

—Entonces, ¿vas a bajar conmigo mamá? —preguntó Violeta ansiosa.

Sí, ve con la abuela y vístete, me daré una ducha rápida y nos vamos, ¿vale? —ni me contestó, salió corriendo de la habitación directa a la suya para prepararse.

—En lo que te duchas, voy a ayudarla y de paso te preparo algo para desayunar— dijo mi madre, saliendo por la puerta.

—Gracias, mamá —le dije, tirándole un beso con la mano.

—Venga date prisa, si no en diez minutos la tienes otra vez aquí buscándote —nos miramos las dos y nos echamos a reír porque sabíamos que sería así, como tardara más de la cuenta, la paciencia no era una de las virtudes de mi hija.

Me levanté de la cama y estiré mi cuerpo, tenía algunas partes doloridas de todo el trabajo de la noche anterior. Me acerqué al armario y saqué ropa limpia, con ella en las manos me dirigí al cuarto de baño para darme esa ducha que tanto necesitaba para despejarme del todo.

Mientras el agua cae por mi cabeza os haré un resumen de mi vida para que me conozcáis un poco mejor y veáis la vida de locura que llevo.

Me llamó Celeste, como ya habéis visto antes y tengo veintiséis años. Vivo con mi madre, Rosa, y mi hija Violeta de seis años, en un pequeño apartamento en una zona humilde de Madrid, pero para nosotras tres es más que suficiente. No tenemos grandes lujos, pero no nos quejamos porque hay gente que está mucho peor que nosotras. Mi madre, trabaja limpiando varias casas por las mañanas y algunas oficinas. Al no tener un horario fijo eso nos viene muy bien para apañarnos entre las dos en el cuidado de Violeta.

Bueno, también nos ayuda mucho cuando nos hace falta mi amiga del alma, Pili. Nos conocíamos desde la guardería y más que amigas éramos como hermanas, ella había acabado la carrera de Enfermería hacía ya tiempo y trabajaba en uno de los hospitales de la ciudad.

Mi trabajo es algo peculiar o poco habitual, pero sé me da bien, gano lo suficiente para mantener a mi hija y ayudar a mí madre con los gastos de la casa y a mí, me vale con eso. ¿Cuál es?, os estaréis preguntado. Pues ahí va… Soy bailarina en un club de striptease, al que voy todas las noches de lunes a domingo, exceptuando alguna que pillo de descanso. Es un club muy exclusivo donde van los hombres más adinerados de la ciudad y donde las copas cuestan un riñón y parte del otro.

Que era el sueño de mi vida hacer eso, pues claro que no, yo tenía otros planes, aún los tengo, pero cuando las cosas vinieron mal dadas tuve que elegir qué hacer y esa fue mi decisión para poder compaginar el resto de mi vida. Si todo sale como espero, el próximo mes empezaré las prácticas en algún bufete de abogados, mientras acabo mi carrera y voy cogiendo experiencia.

Os habréis dado cuenta de que no he mencionado ni a mi padre, ni al de Violeta, el motivo es porque ninguno de los dos está con nosotras, ellos se están haciendo compañía en el cielo. Mi padre nos dejó cuando yo era apenas una niña de diez años. Una larga enfermedad se lo llevó por delante dejando a mi madre devastada. Se amaban con locura y si no hubiera sido porque me tenía a mí, no sé qué hubiese sido de ella. Y el padre de Violeta… Ahí, mi querido Tony, no puedo deciros que era el amor de mi vida porque os estaría mintiendo, pero sí que era un gran amigo con el que me acostaba de vez en cuando y una de esas veces algo falló quedándome embarazada con tan solo veinte años. Cuando se lo dije le hizo más ilusión que a mí y me dijo que estaría para nosotros siempre, que no me dejaría sola y que se haría cargo de la niña, aunque nosotros no fuéramos pareja. Él tenía un buen trabajo y se ofreció a correr con todos los gastos hasta que yo terminara mi carrera y empezara a trabajar. Todas esas palabras cayeron en saco roto cuando un mes antes de que mi hija naciera, cuando iba a trabajar

en su moto, un conductor borracho se lo llevó por delante, dejándolo sin la posibilidad de conocer a nuestra hija.

Cuando nació la niña y sin el apoyo de Tony, mi madre no podía mantener dos bocas y que yo siguiera estudiando, así que dejé aparcados los estudios y empecé a buscar un trabajo. Al principio me salían trabajos en los que ganaba una miseria, hasta que un día una compañera de la facultad que sabía lo mucho que me gustaba el baile me hablo del club Palladium. Conseguí una entrevista con la dueña días después y desde hacía más de cinco años aquel sitio era mi segunda casa. Como los turnos siempre eran de noche retomé los estudios a distancia y con mucho esfuerzo fui sacando la carrera poco a poco.

Bueno, hasta aquí ya sabéis algo de mí, lo demás lo descubriréis más adelante. Ah, sí, una última cosa que, seguro que habréis notado, es que las tres tenemos nombres de colores, una excentricidad de mi madre, jajaja.

—¡¡¡Mamaaá!!! Ya estoy preparada —me dijo Violeta.

—Ya voy— le dije saliendo de la ducha a toda prisa, menos mal que estaba en forma por mi trabajo, si no mi hija acabaría conmigo, con esa energía desbordante que tenía.

Fui hacia el armario secándome por el camino y elegí ropa cómoda, unos leggins, una camiseta y una sudadera, me calcé también unas deportivas. Era lo mejor para pasar el rato en parque, seguramente cuando los amigos de Violeta se fueran, me tocaría tirar unos tiros con el balón con ella y no era plan de ir con tacones, además, bastante los usaba ya todas las noches.

—Aquí tienes un café y un trozo de bizcocho recién hecho hija— dijo mi madre, cuando entré en la cocina.

—Gracias, mamá, eres la mejor —le dije, antes de darle un beso en la mejilla.

—Venga, come rápido y no hables, que se nos hace tarde —dijo Violeta y mi madre y yo nos miramos con las cejas alzadas.

—Sera posible la enana, lo madona que es— dijo riendo mi madre.

—De mandona nada, que ya me sé yo el plan. Ahora le preguntarás que tal los bailes de anoche, mamá te empezará a contar que canciones usó y nos darán aquí las tantas— me quedé pasmada por sus palabras, pero mi madre, soltó una carcajada.

—Coño con la niña, si parece una vieja regañona, hay qué ver —le dije a mi madre, riéndome también por la salida de tono de la niña.

—Ale, otro eurito al bote por mal hablada. Venga, apoquina que luego se te olvida y necesito que lo llenes pronto para comprarme un libro que quiero —dijo mi hija sonriendo, mientras cogía el bote de las multas por decir palabrotas que teníamos en la encimera de la cocina.

La idea la trajo un día del colegio, allí querían fomentar que los niños no dijeran palabras malsonantes y les propusieron que en casa pusieran un bote en el que cada vez que algún miembro de la familia o personas que visitaran la casa, dijeran un taco, tendrían que meter un euro en el bote. No es que yo hablara muy mal, pero sí que se escapaba alguno a menudo y Violeta no me pasaba ni una, me perseguía con el bote detrás de mí hasta que pagaba.

Agarré mi bolso que lo tenía colgado en una de las sillas de la cocina y saqué la cartera, rebusqué en ella y solo tenía una moneda de dos. La cogí con dos dedos para enseñársela y le dije sonriendo…

—Lo siento, solo tengo una moneda de dos, lo dejo pendiente de pago para cuando tenga un euro suelto, ¿vale?

—No, no vale. Trae para acá los dos euros que luego lo mismo se me olvida y te escaqueas. Además, seguro que antes de que acabe el día vas a

soltar otra palabrota, pues mira ya tienes pagada la multa por adelantado —me contestó, arrebatándome la moneda de los dedos y metiéndola en el bote. Mi madre se dio la vuelta y se tapó la boca, pero la vi mover los hombros arriba y abajo de lo que se estaba riendo.

—A esta la contratan en Hacienda en cuanto crezca un poco o de cobradora del frac —le dije a mi madre, que seguía riéndose.

—Ya lo creo, como nos descuidemos nos despluma —me contestó mi madre.

—A la que desplumo bien es a Pili, más de la mitad del bote lo ha llenado ella —dijo, riéndose la muy pillina —¿Esta semana no viene ningún día, mamá? Con un poco de suerte si esta cabreada con Arturo me acaba de llenar el bote antes de final de mes.

Arturo era el novio de Pili y últimamente, las cosas entre ellos no iban muy bien. Mi amiga estaba con la mosca detrás de la oreja porque él estaba de los más raro y pensaba que podría estar engañándola. Además, discutían mucho y ella ya estaba cansada de esa situación.

—No lo sé cariño, luego la llamaré a ver de qué turno está esta semana que entra. Hoy es domingo y estará aún en la cama durmiendo ayer tuvo turno de veinticuatro horas. Pero, Violeta, cuando venga no le preguntes por Arturo, las cosas no andan bien entre ellos y necesita que la apoyemos, no que le calentemos más la cabeza —le dije muy seria.

—Vale mamá, no le preguntaré por ese panoli como ella lo llama. A ver si nos hace caso de una vez y lo manda a paseo. Ella tiene que buscarse un buen hombre que la quiera bien y tú, también, dicho sea de paso.

Mi madre volvió a apretar los labios para no volver a reírse por su comentario y yo puse los ojos en blanco.

—Venga coge el balón que nos vamos —le dije levantándome, dando el último sorbo de café.

—Abuela, has visto que rápido cambia de tema cuando le interesa, es sacar la palabra hombre y ella en la misma frase y huye como de la peste.

—Tira para la calle anda, que estoy a esto —le dije, poniendo el dedo pulgar e índice juntos —de castigarte sin parque por pasarte de lista.

—Yo, muda para el resto de día, mamá —me dijo, haciendo el gesto de cerrar la boca con una cremallera.

—Porque será que no te creo —le dije, agarrándola de la mano y salimos las dos por la puerta de casa para disfrutar de una mañana de parque.

# Capítulo 2



**Cristian**

—Menos mal que el vuelo duraba poco, odio volar y encima la comida de los aviones es una mierda —me dijo Diego, mientras estábamos esperando al lado de la cinta de equipajes para recoger nuestras maletas.

—Podríamos haber venido en tren o en coche, ya te lo dije —le contesto poniendo los ojos en blanco.

—Y perderme el espectáculo de ver los culitos de las azafatas paseando por el pasillo, no gracias.

—No tienes remedio —le dije, soltando una carcajada —¿Cuántos números de teléfono te llevas?

—Tres, de dos azafatas y la pasajera que estaba al otro lado del pasillo contestó con una sonrisilla traviesa.

—Joder macho, tu no das puntada sin hilo. No hemos puesto el pie en Madrid y ya tienes tres tías esperando que las llames.

—Necesito quitarme el estrés que nos va a causar tu padre en cuanto entremos en el bufete.

—En eso no te puedo quitar la razón, tengo la cabeza como un bombo. Ayer me llamó tres veces para asegurarse de que teníamos todo preparado. Y esta mañana me llamó a las cinco de la mañana para que no me quedara dormido y perdiéramos el vuelo, coño, si no teníamos que estar en el aeropuerto hasta las doce para facturar —le dije, resoplando.

—Tiene unas ganas locas de jubilarse y pasarte el testigo, para dedicarse a viajar con tú madre. No le culpo por ser insistente la verdad, yo en su lugar haría lo mismo.

—Y yo me alegro por ellos, ya les toca descansar y disfrutar de la vida. Pero no a costa de mi salud mental. Ni que tuviera diez años para que me esté recordando las cosas cada diez minutos.

—Venga quejica vamos a pillar un taxi, porque supongo que no le has permitido que te mande un chofer para que nos recoja.

—Sabes que odio tener chofer, me gusta conducir y me siento muy raro cuando me llevan. Solo aguanto los taxis en momentos puntuales y si no me queda más remedio.

Salimos del aeropuerto y cogimos el primer taxi que vimos libre, le dimos la dirección de nuestras nuevas casas y me senté en la parte de atrás, mientras Diego se sentó en el asiento del copiloto, dándole palique al taxista. Yo apoyé la cabeza en la ventanilla y cerré los ojos. Me puse a pensar en el cambio que iba a dar mi vida a partir de ahora.

A mis treinta y dos años volvía a mi ciudad natal después de estar los últimos diez fuera, solo había vuelto en ocasiones puntuales a ver a mis padres en Navidad o fechas señaladas. Cuando acabé la carrera de abogado el padre de mi amigo Diego, que había montado un despacho de abogados en Barcelona un año antes, nos pidió a los dos que nos fuéramos con él para ayudarle a llevarlo, no lo dudamos ni un momento y nos fuimos los dos de cabeza. A mi padre en vez de sentarle mal porque no me quedé en el suyo, fue todo lo contrario, nos animó a ir a ayudar al que era su amigo que se

había mudado allí después de divorciarse de la madre de Diego y no lo estaba pasando bien precisamente.

Mariano, que así se llamaba el padre de Diego, había fallecido hacia seis meses y a mi amigo cada vez se le hacía más cuesta arriba seguir en Barcelona sin su padre. Hablé con el mío de como estaban las cosas y en menos de una semana nos llamó para proponernos llevar su despacho en Madrid porque él quería jubilarse. Diego aceptó encantado la propuesta de mi padre y yo también para que mentir. Traspasó el despacho de su padre a uno de los abogados más antiguos que trabajaban allí y vendió la casa en la que vivía con su padre, yo en ese sentido no tuve problema, ya que viva en un piso de alquiler.

Mi padre se encargó de buscarnos dos áticos en el barrio de Salamanca a petición nuestra. Cuando nos mandó las fotos para ver que nos parecían, los dos nos enamoramos a primera vista de nuestras nuevas casas. Nos les faltaba detalle y eran enormes, pero lo mejor de todo es que estaban en el mismo edifico y en la misma planta, así que Diego y yo seriamos vecinos. Teníamos dinero de sobra para comprarnos, no un ático sino el edificio entero si hubiéramos querido, en el despacho de Barcelona nos había ido muy bien y habíamos amasado una fortuna. Aun así, mi padre se empeñó en regalárnoslo él y después de varias discusiones en las que no hubo manera de que se bajara del burro, no nos quedó más remedio que ceder. Mi madre, Lucía, se había encargado de buscarnos el personal de servicio que nos harían la limpieza de los áticos tres veces por semana.

—Cristian —me llamó Diego, dando unos toques en la ventanilla del taxi desde fuera.

—Dime —le contesté, mirándolo extrañado por verlo ahí de pie en la calle.

—Que te has quedado en babia y ni te has enterado de que ya hemos llegado —me contestó, riéndose.

—Solo estaba pensando —le dije, uniéndome a su risa antes de bajarme del taxi y ayudarlo a sacar las maletas.

Cogimos cada uno las dos maletas que traíamos y nos dirigimos a la puerta del edificio. El resto de nuestras cosas llegarían en dos días en un camión de mudanzas que contratamos en Barcelona antes de venir. Entramos en el portal y el portero ya nos estaba esperando. Mi padre se había encargado de decirle la hora aproximada de nuestra llegada dejando las llaves de los áticos para que nos las entregara. Le dimos las gracias y nos metimos en el ascensor que era enorme y entrabamos los dos de sobra con las maletas y todo.

—Bueno tío, luego nos vemos, necesito una ducha y colocar todo esto —dijo Diego, abriendo la puerta de su casa.

—Sí, yo voy a hacer lo mismo. ¿Quedamos a las nueve para bajar a dar una vuelta y cenar algo por ahí? —le pregunté.

—Estupendo, así me dará tiempo a descansar un poco y tu deberías hacer lo mismo si llevas despierto desde las cinco.

—Cuando lo coloque todo me tumbaré un rato, pero no creo que duerma, ya sabes que no soy de siestas.

—Pues tú te lo pierdes, una buena siesta hay veces que da más placer que un orgasmo— dijo, echándose a reír.

—Y tú de esos sabes mucho, ¿no? —le contesté, uniéndome a sus risas.

—Ni que tú fueras un monje, no te jode.

—Un monje no, pero no llego a tu nivel ni por asomo.

—Será porque no quieres, porque ya sabes que ligas igual que yo, o más.

—Hace años tirarme una tía cada día o cada semana estaba bien, pero ahora tener solo sexo me aburre. Me gusta tener un poco de conversación también no solo ir directo al tema. Será que me estoy haciendo mayor o yo qué sé —le dije, encogiéndome de hombros.

—Bueno eso es que ya has madurado abuelito. Pero como yo no, me quedaré con todas las que me entren a mí y las tuyas también.

—Todas para ti machote —le dije entrando en mi casa—. Y estate preparado a las nueve que nos conocemos y seguro que me toca estar esperándote media hora por lo menos.

—Sí señor —me contestó, llevándose la mano a la frente y haciendo un saludo militar antes de cerrar la puerta de su casa.

Entré en mí casa arrastrando las maletas y cerré la puerta. Recorrí con la mirada hasta donde me alcanzaba la vista y desde luego las fotos que me había mandado mi padre, no le hacían justicia a mi nueva casa.

El salón tenía unos sofás enormes en tonos grises con varios cojines encima en tonos azules que eran una maravilla. En un lateral había una mesa enorme para doce personas por lo menos y una pantalla de televisión gigante en la que ya me estaba imaginado viendo los partidos de futbol, era un gran aficionado y no solía perderme ni uno. En Barcelona también solía verlos en mi casa en soledad o con Diego, porque no era buena idea ir a un bar y cantar un gol del Real Madrid estando rodeado de culés.

Dejé las maletas allí y fui a recorrer el resto de la casa. La cocina era una autentica maravilla, con una isla central enorme en la que disfrutaría mucho cocinado, ya que era uno de mis hobbies y, además, se me daba de maravilla, o eso decían.

Tenía cinco habitaciones incluida la mía, todas con baño. Una la usaría de despacho y las otras tres las dejaría para invitados. Volví al salón por las

maletas y las llevé a la que sería mi habitación. Empecé a colocar todo muy ordenado en el vestidor como a mí me gustaba, sin prisas.

Dos horas después con todo colocado y recién duchado, me tumbé en el sofá a ver un programa de cocina, para hacer tiempo hasta que llegará la hora de arreglarme e ir a buscar a Diego para salir a cenar.

# Capítulo 3



**Celeste**

—Mama, Violeta, me marchó ya —les dije desde la puerta de la calle a mi madre y a mi hija, mientras me colgaba la mochila al hombro y cogía el casco de la moto.

—Un beso mami —me dijo Violeta, tirándose a mis brazos para que le diera un achuchón mientras ella besaba mi mejilla.

—Ten cuidado con la moto hija. Que sé te dé bien la noche bailando —añadió mi madre, besando mi cara también.

—Tranquila, siempre lo tengo, ya lo sabes. Espero que hoy sea buena noche, es sábado y siempre hay algunos que piden pases privados —le dije a mi madre, con mirada cómplice.

—Pórtate bien con la abuela cielo —le advertí a mi hija, acariciando su pelo.

—Yo siempre me porto bien mamá, ya lo sabes, además, hoy vamos a tener una noche tranquila. Ya tengo preparada la peli de Frozen para darle al play en cuanto cenemos y nos sentemos en el sofá —miré a mi madre y puse los ojos en blanco y ella simplemente sonrió, encogiéndose de hombros con resignación.

Mi hija habría visto esa película o más bien nos había hecho verla más de cien veces y la tía no se cansaba de verla. En nuestra casa, o se veían películas de dibujos que tenían canciones o fútbol no había más. Sí he dicho fútbol, aunque suene raro. Las tres éramos muy forofas y hasta nos poníamos las camisetas de nuestro equipo y bufandas en el cuello para animar mientras veíamos los partidos.

—¿Otra vez esa película, Violeta? Si ya te la sabes de memoria— dije riéndome, y mi madre se unió a mis risas.

—Hoy no hay partido así que toca peli y esa es la mejor —sentenció, cruzándose de brazos.

—Anda, pequeña tirana, ve a lavarte las manos que vamos a cenar ya, si no se nos hará tarde para ver la peli —añadió mi madre, y ella salió corriendo en dirección a baño, diciéndome adiós con la mano y lanzándome otro beso.

—Que paséis buena noche mamá, me marchó ya que al final llegaré tarde —le dije saliendo por la puerta mientras ella asentía con la cabeza y me lanzaba otro beso como había hecho mi hija.

Bajé las escaleras y me dirigí a la cochera que tenía alquilada en la misma calle donde vivíamos. Tuve mucha suerte al alquilarla, el dueño era amigo de mis padres de toda la vida y me dejó el alquiler a un precio muy asequible. Allí guardaba la moto que era mi único medio de transporte, porque coche no teníamos.

Pensareis que como era capaz de subirme a una moto después de lo que le paso a Tony, pues me costó, no creáis, al principio me daba miedo que me pudiera pasar algo parecido y tener un accidente. Pero llegó un día que me dije: “Celeste, hija, tu destino ya está escrito, el cómo vas a abandonar este mundo no lo puedes controlar, así que, déjate de miedos y sigue adelante”. A partir de ese día ya no cogí la moto con miedo, pero sí con prudencia.

El camino desde mi casa hasta el club Palladium no era excesivamente largo, en veinte minutos si no pillaba tráfico solía estar allí.

Aparqué la moto en el mismo sitio de siempre, ese que tenía reservado para mí y sin quitarme el caso y con la mochila al hombro fui hacia la entrada trasera del local por donde siempre entraba. Lo de no quitarme el casco tenía su porqué. Nunca me había avergonzado de mi trabajo, pero con lo que estaba estudiando y sabiendo que en un futuro muchos de los hombres que me veían bailar a diario desnuda, podrían acabar siendo compañeros, rivales en el estrado o clientes, prefería mantener mi identidad en el anonimato.

Por eso mismo desde el primer día en el que baile allí y con el permiso de mi jefa que se llamaba Rubí, y que con el paso del tiempo se había convertido en una verdadera amiga para mí, siempre bailaba con el rostro tapado. Siempre usaba mascaras o antifaces muy llamativos que solo dejaban al descubierto mi boca y mis ojos, aunque en estos me ponía unas lentillas de color negro para no dejar ver su color. Tenía unos ojos verdes como las esmeraldas que llamaban mucho la atención y por eso me los cubría.

Entré directamente al vestuario donde ya estaban algunas de mis compañeras cambiándose para salir. Éramos un total de diez chicas las que trabajábamos allí bailando, aunque no todas venían todas las noches como yo. Solíamos tener tres pases por el escenario por noche cada una, eso sin contar si algún hombre o varios pedían un pase privado. Para eso teníamos dos habitaciones aparte, decoradas con mucho gusto donde había un sofá enorme donde se sentaban para vernos bailar, allí podían disfrutar también tomando una copa porque había una barra con bebidas que ellos mismos se podían servir y en el centro de la habitación, como no, una barra de acero hasta el techo que era la que nosotras usábamos para hacer los giros o piruetas que quisiéramos acompañando el baile, si este así lo requería.

Lo que más me gustó el primer día cuando Rubí me lo contó todo fueron las normas del local. Los hombres, bajo ningún concepto tocaban a ninguna de las chicas ni en el escenario, ni en la sala o en la habitación de los bailes privados, a no ser que ellas les dieran permiso. Tampoco se ejercía la prostitución, esa era la regla más sagrada para Rubí y nunca que yo supiera ninguna chica se la había saltado. Todas sabíamos que hacer eso conllevaba el despido inmediato. Si alguna chica quería tener algo con algún cliente tenía que ser fuera del local o tendría que atenerse a las consecuencias.

Que Rubí hubiera puesto esa norma como la más sagrada era algo que yo entendí perfectamente, ese local era para disfrutar del espectáculo que dábamos mientras muchos de los hombres que acudían allí hablaban de negocios o cerraban tratos importantes. Era un lugar donde iban los más adinerados de la ciudad, todo en el Palladium derrochaba lujo y elegancia. Y que alguien se saltara esa norma lo único que traería sería una mala reputación para Rubí, pero, sobre todo, para su clientela. No era lo mismo decir que acudías a un local de espectáculos que ir a un burdel.

Yo nunca había tenido ni tan siquiera una cita con ningún cliente por lo que muchísimo menos una noche sexo. Bueno, la verdad es que para que nos vamos a engañar casi se me había olvidado lo que era eso, porque desde antes de quedarme embarazada siete años atrás no había vuelto a acostarme con nadie. No por falta de oportunidades, no creáis, sino porque con la vida que llevaba no tenía ganas de líos, aunque fueran de una sola noche.

—Buenas noches, chicas —dije en general a las que estaban allí quitándome el casco.

—Buenas noches, Celeste, contestaron todas a la vez.

La verdad que el ambiente entre todas las chicas era muy bueno, nunca había visto rivalidad entre ninguna, porque unas tuviéramos más pases privados que otras. En los pases privados que no os lo he explicado, nos levábamos el cincuenta por ciento de lo que pagaban los hombres que los pedían y era un buen dinero, la verdad. Cada pase costaba cuatrocientos

euros y solían durar media hora más o menos, en la que bailábamos de una manera más personalizada para ellos.

—¿Qué tal se presenta la noche? ¿Hay mucho ambiente? —les pregunté, mientras iba hacia mi taquilla para dejar mis cosas antes de empezar a prepararme.

—Lo normal de un sábado, hay muchos de los habituales por lo que he podido ver en mi primer pase —me contestó Irene, una de las chicas que más tiempo llevaba trabajando allí al igual que yo.

—Sí, tus fans están en una de las primeras mesas, esperándote como agua de mayo —añadió Gema riéndose, para hacerme rabiar.

A los fans que se refirió Gema, era a un grupo de cuatro hombres que siempre venían juntos. Los cuatro eran médicos y o bien juntos o por separado en muchas ocasiones habían solicitado un privado conmigo. Eran muy agradables los cuatro y siempre me habían tratado con mucho respeto y admiración.

—Hacia mucho que no venían, un mes por lo menos —les contesté, pensativa.

—Sus mujeres les habrán tenido atados en corto —dijo Irene, haciéndonos a todas reír a carcajadas.

—La mayoría de las mujeres, por no decir todas de los hombres que están ahí afuera no saben adónde van sus maridos. Y seguramente a la mayoría ni les importe siquiera, ellas con seguir viviendo como reinas a costa de su dinero les da igual donde o con quien estén —nos dijo Soraya, que había estado oyendo nuestra conversación.

—No todas son así, algunas sí, no voy a decir lo contrario porque algunos incluso nos lo han dicho en alguna ocasión mientras nos invitan a una copa

cuando estamos por el salón —añadió Gema.

—Gema tiene razón, no todas son así. Hay alguna que si sabe dónde van sus maridos y que lo hacen para hablar de negocios —les contesté.

—Soraya, eres la siguiente en salir, ¿estás preparada? —dijo Rubí, que acababa de entrar por la puerta.

—Si, jefa solo me faltan los zapatos y voy para el escenario —le contestó ella, mientras se calzaba unos zapatos plateados con unos tacones que daban miedo mirarlos de lo altos que eran.

—Celeste, vas la siguiente —me dijo, después de saludarme con un beso en la mejilla.

—Estaré lista en seguida, no te preocupes Rubí —le contesté y ella asintió con la cabeza.

Me había ido desnudando mientras hablaba con las chicas, así solo me faltaba vestirme. Fui al perchero en el que todas teníamos colgados todos los trajes que usábamos. Cogí un vestido largo de gasa rosa que tenía muchas capas y tenia los botones en la parte delantera, eso para los primeros minutos del baile daba mucho juego porque me daba la posibilidad de ir dejando ver mis piernas y mi trasero mientras me movía. Saqué de mi cajón de la ropa interior un tanga de encaje rosa también. Cada una teníamos nuestro propio cajón con nuestra ropa interior donde guardábamos verdaderas viguerías. Por último, fui a mi taquilla y elegí una máscara negra muy elegante que tenía plumas y cristalitos brillantes. Lo primero que me puse fueron las lentillas y, poco a poco, me fui colocando el resto, dejando para el final la máscara. Diez minutos después estaba preparada para mi primer baile de la noche detrás del escenario.

Los altavoces anunciaron el próximo baile en que saldría Nix, la diosa de la noche. Esa era yo. Cada una usábamos un nombre artístico mientras estábamos allí dentro. La mayoría de las chicas elegían el suyo propio pero

el mío me lo puso Rubí, en cuanto me vio me dijo que tenía cuerpo de diosa y que era el más apropiado para mí, yo estuve conforme porque me encantó y con el seguía tantos años después.

Los primeros acordes de la música sonaron en el escenario y salí haciendo movimientos sexys, pero elegantes, me encantaba bailar desde niña y las clases a las que había ido hasta que me quedé embarazada me habían ayudado mucho a desenvolverme en este trabajo. A medida que avanzaba el baile me fui quitando el vestido, capa por capa, hasta quedarme solo con el tanga. Cuando llegaba a esas alturas del baile siempre bajaba del escenario y acaba mis últimos pasos entre las primeras mesas. Me acerqué a una en la que había tres hombres a los que no había visto nunca y la mirada de uno de ellos hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo, dejándome en un estado total de confusión.

# Capítulo 4



**Cristian**

Me senté en la silla del despacho y apoyé la cabeza en el canto de la mesa soltando un suspiro por el agotamiento mental que tenía. Menos mal que era sábado por la mañana y en cuanto acabara lo que tenía pendiente me marcharía a casa y no quería saber nada de ningún caso ni de nadie. Solo quería meterme en la cocina y preparar algo rico para relajarme y el resto del fin de semana tirarme en el sofá y la cama a descansar.

Hacia menos de una semana que Diego y yo nos incorporamos al bufete de mi padre, pero parecía que llevábamos allí meses. Entre revisar los casos que llevaban para estar al tanto de todo. Las reuniones individuales y conjuntas que habíamos tenido con el resto de los abogados que trabajaban en el bufete, que no eran pocos, un total de diez sin contarnos ni a Diego ni a mí. Y las comidas diarias con mi padre para ponernos al día de todo, tenía la cabeza como un bombo.

A todo eso tenía que añadir que una de las abogadas que se llamaba Raquel, parecía mi sombra. Nada más verme el primer día pude notar como me miró con deseo sin ningún disimulo y no había dejado de insinuarse desde entonces, provocando encuentros conmigo a todas horas. Que no digo que la mujer no tuviera un buen repaso porque estaba buenísima, tenía unas curvas de infarto y una boca que auguraba hacer maravillas con ella. Pero no tenía ganas de líos y prefería no acostarme con ninguna compañera, pero

joder uno no era de piedra y antes o después estaba seguro de que caería, eso me tenía cabreado porque estaba seguro de que después llegarían los problemas cuando ella quisiera algo más y yo no.

—Jefe, te veo saturado —me dijo Diego, cuando entró en el despacho al verme en esa posición.

—No me llames jefe, atontado, y sí, estoy saturado —le contesté soltando un resoplido.

—Venga Cristian ya sabias que la primera semana iba a ser una locura hasta que nos pusiéramos al día de todo.

—Lo sé, pero coño, no pensé que acabaría tan cansado.

—¿Que tal chicos? Joder, tú ni me contestes hijo, que tienes una cara de querer morder a alguien que da miedo —dijo mi padre, que acababa de entrar por la puerta acompañado de mi madre.

—Está estresado del trajín de la semana Antonio, pero esta noche lo saco por ahí a tomar unas copas y se le pasa —le dijo Diego a mi padre, riéndose al ver la cara de horror que puse al escucharlo.

—Primero, no soy ningún perro para que me tengas que sacar de paseo y segundo, estas tu apañado si crees que voy a salir hoy de marcha —le contesté mosqueado.

—Para salir de marcha lo mismo no tienes cuerpo, pero que me dices de un sitio tranquilo donde te puedas sentar y disfrutar una buena copa viendo un espectáculo —me sugirió mi madre, mirando a mi padre de manera cómplice.

—Esa es una idea cojonuda Lucia, dime donde es ese sitio que allí que vamos esa noche —le dijo Diego a mi madre, que este con tal de salir se

apuntaba a un bombardeo si hacía falta.

—¿Te refieres al club de Rubí? —le preguntó mi padre a mi madre, alzando una ceja y mi madre asintió.

—¿Quién es Rubí? —pregunté con recelo porque no me estaba gustando ni un pelo las miradas que se estaban echando el uno al otro.

Mi madre se adelantó a mi padre y nos explicó a Diego y a mí, que Rubí era una buena amiga a la que los dos conocían desde que eran jóvenes y con la que tenía una relación bastante estrecha en los últimos años, en los que ella se había unido al grupo de amistades que tenían y solían salir varias veces al mes a cenar o a comer. Además, era clienta del bufete y mi padre, personalmente, le llevaba todo el tema legal de su negocio. Un club muy exclusivo de la ciudad donde se reunía la gente adinerada para disfrutar del espectáculo que ofrecían mientras hablaban de negocios y tomaban buenas copas.

—¿Cómo se llama ese club y dónde está? Esta noche iremos a tomarnos una copa —dijo muy seguro Diego.

—¿No podemos dejarlo para otro día? De verdad que hoy no tengo muchas ganas —le dije, intentando que cesara en su idea de salir, cosa que ya sabía de antemano que no pasaría, porque cuando a Diego se le metía algo en la cabeza, ni Dios le hacía cambiar de opinión.

—No, no lo vamos a dejar para otro día. Hoy vamos a ir a ese club y nos vamos a tomar, aunque sea una copa. Necesitas desconectar y lo sabes, si te quedas en casa no lo vas a hacer, que nos conocemos tío —joder, claro que me conocía casi mejor que yo mismo, porque lo que había dicho era la pura verdad. Cuando estuviera en casa estaría dándole vueltas a la cabeza a todos los casos pendientes y todo lo que me quedaba por hacer para ponerme al día.

—Está bien, pero una copa y nos volvemos a casa —claudique al final, lo mismo tenía razón y me venía bien despejarme.

—Estupendo, luego le mandaré un mensaje a Rubí para decirle que vais a ir esta noche. Le hemos hablado mucho de vosotros y tiene muchas ganas de conoceros —dijo mi madre, contentísima.

—Cuando entréis preguntad por ella, estará encantada de enseñaros el local, es una mujer estupenda y de las mejores personas que conozco. Ya veréis como os cae fenomenal. Además, está bien que la vayas conociendo, Cristian, cuando me jubile tú tendrás que llevar sus temas legales, pues no querrá que sea otro abogado del bufete quien lo haga —dijo mi padre, con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Y ahora deja todo eso que estabas haciendo y vámonos a comer los cuatro, por esta semana ya habéis cumplido de sobra —mi madre vino hacia mí, mientras decía esas palabras y me hizo levantar de la silla tirando de mi mano para que me levantara, quise negarme porque quería terminar con lo que estaba en ese momento, pero ninguno de los tres me lo permitió.

Salimos del bufete los cuatro y nos fuimos a comer a uno de los restaurantes favoritos de mis padres. No penséis que porque tenían dinero les gustaba ir a sitios lujosos, nada más lejos de la realidad. Mis padres eran dos personas muy sencillas que disfrutaban de un buen bocadillo de calamares en la calle, por ejemplo, que comiendo en un restaurante de tres estrellas Michelín. El restaurante en el comimos era muy pequeñito y familiar en el que el matrimonio que lo llevaba servía comida casera, casi todo de cuchareo y que estaba exquisito.

Cuando terminamos de comer, mis padres se despidieron de nosotros y se marcharon a casa para darse una ducha y ponerse ropa más cómoda porque tenían planes para ir al cine con otro matrimonio para ver una película que acababan de estrenar. Diego y yo nos fuimos a casa y como todavía teníamos toda la tarde por delante antes de salir al dichoso club, cada uno se fue a su ático hasta que llegara la hora de irnos.

Nada más entrar por la puerta tiré de mi corbata y me la saqué por la cabeza de un tirón, el resto de la ropa fue cayendo por el suelo a medida que avanzaba hasta el baño de mi habitación, necesitaba una ducha caliente para que me ayudara a destensar todos los músculos. Media hora después más relajado y después de recoger la ropa que había dejado desperdigada por la casa, me tumbé en el sofá y puse una película para entretenerme con algo hasta que Diego viniera a buscarme.

A las diez en punto, puntual como un reloj suizo, Diego, llamó al timbre de mi casa. Era a la hora que habíamos quedado y eso me sorprendió porque normalmente siempre tenía que esperarlo yo a él. Eso me dio una pista de las ganas que tenía de salir. Le abrí la puerta y me dedicó una sonrisilla de suficiencia por estar preparado por una vez en la vida antes que yo. Negué con la cabeza, cogí las llaves del coche, la cazadora y lo empujé hasta el ascensor. Tardamos media hora en llegar hasta el club Palladium, no es que estuviera a las afueras de Madrid, pero casi. El aparcamiento estaba bastante lleno de coches, solo esperaba que no fuera uno de esos sitios ruidosos en los que no podías ni decir dos palabras a la persona que tenías al lado porque no podía oírte.

El portero que estaba en la puerta me sorprendió bastante, no era el típico mastodonte que solía custodiar las puertas de otros clubs a los que habíamos ido en otras ocasiones, era un tío alto sí, pero de lo más normal y lo que más me llamó la atención fue que iba vestido de traje, que le daba un aspecto muy elegante. Eso me dio una pista del nivel que tendría la gente que acudía a ese lugar.

# Capítulo 5



**Cristian**

Cuando pasamos la puerta y entramos al gran salón en el que estaban todos los clientes, la mayoría de ellos sentados en mesas bajas y algunos apoyados en la barra bebiendo o pidiendo copas. A los dos se nos desencajo la mandíbula, no era por la gente que había allí, sino por el espectáculo que había en ese momento en el escenario, una mujer desnuda se movía al ritmo de la música y por la sala había más chicas con ropa muy sugerente charlando con algunos clientes.

—¿Qué cojones es este sitio Diego? —le pregunté entre dientes muy tenso, mi amigo tardo unos segundos en contestarme porque estaba tan alucinado que no era capaz de articular palabra.

—El puto paraíso, eso es lo que es amigo —me contestó con los ojos brillantes de emoción por todo lo que estábamos viendo. Resoplé al oírlo decir eso porque no era el paraíso era un jodido club de striptease.

Seguimos recorriendo todo el local con la mirada al lado de la puerta de entrada sin decidirnos si ir a la barra, sentarnos en una mesa o en mi caso darme la media vuelta y salir corriendo de allí. Nunca me habían gustado esa clase de sitios en los que se solía tratar a las mujeres como trozos de carne, a los que cuatro babosos les metían billetes en sus tangas y tenían que aguantar toda clase de groserías que salían por sus bocas. Por el rabillo

del ojo vi que una mujer de unos cincuenta años caminaba hacia nosotros con una elegancia y una seguridad aplastante. Cuando se paró frente a nosotros nos dedicó una cálida sonrisa antes de presentarse.

—Buenas noches, sois Diego y Cristian, ¿verdad? —nos preguntó la mujer muy amablemente, extendiendo su mano hacia mí en primer lugar —Soy Rubí, os estaba esperando. Tú madre me llamó esta tarde para decirme que vendríais.

—¿Cómo Sabes…? —empecé a preguntarle, pero se adelantó y me contestó antes.

—¿Qué erais vosotros? —dijo riendo bajito —Eso es fácil, conozco a todos los hombres que hay en este local y vosotros nunca habíais venido, además, no puedes negar de quién eres hijo, me parece estar viendo a tu padre cuando tenía veinte años menos, sois como dos gotas de agua.

—Eso quiere decir que aquí no entra cualquiera, si conoces a todos los clientes —le preguntó Diego mientras le estrechaba la mano después de que lo hubiera hecho yo.

—Exactamente, este club es muy selecto igual que nuestra clientela, además, aquí prima el respeto por encima de todo y hay que cumplir ciertas normas.

—¿Normas? —le preguntamos Diego y yo a la vez, extrañados.

—Así es. ¿Os parece bien que me siente con vosotros en una mesa y os las cuente? No lo veáis como algo extraño, es lo que suelo hacer con todos los clientes que vienen por primera vez, mientras tomamos una copa.

—Por supuesto, elige la que quieras nosotros te seguimos —le dijo Diego y yo asentí, confirmándole que estaba de acuerdo con mi amigo.

Nos sentamos en una de las pocas mesas que estaban vacías justo pegando al escenario. Diego se quedó embobado con la chica que estaba bailando en ese momento y no me extraño nada, era espectacular. Le di un codazo para que prestara atención a lo que nos tenía que contar Rubí sobre las normas y él le pidió disculpas con la mirada, haciéndola sonreír.

—Bien, las normas son sencillas. Si las cumplís, seréis bienvenidos a mi club siempre que queráis, pero si las rompéis, aunque sea solo una vez tendréis vetada la entrada de por vida. ¿Esto os ha quedado claro? —los dos asentimos y ella continúo hablando.

—Las normas son sencillas, primero: nunca y cuando digo nunca es nunca, podréis tocar a las chicas a no ser que ellas quieran, pero ya os adelanto que eso pocas veces pasa. Segundo: esto es un club de striptease no un burdel, eso quiere decir que aquí nadie practica sexo. Y tercero: si solicitáis un privado con alguna de las chicas dentro de las habitaciones que tenemos habilitadas para ello, las normas son las mismas. Con esto no quiero decir que no podáis invitar a las chicas a hacer lo que ambos queráis fuera de aquí, eso ya queda fuera de mi radar y ahí no puedo meterme si ellas deciden tener algo con algún cliente.

Cuando terminó de explicarnos las normas solté el aire que estaba conteniendo. Que Rubí cuidara a las chicas y las protegiera de esa manera, decía mucho de su persona. No dejaba que ningún hombre las tratara como trozos de carne y pedía ante todo respeto para sus trabajadoras, eso me hizo admirarla como empresaria y como mujer.

—¿Os ha quedado claro todo? —nos preguntó y los dos asentimos.

—¿Eso de los privados cómo va? —le preguntó Diego, que se me adelantó porque yo iba a preguntarle lo mismo. No porque quisiera uno, sino por simple curiosidad.

—Podéis solicitar un baile privado a cualquiera de las chicas que no estén actuando en ese momento. Ella os acompañará a una de las habitaciones

que como os he dicho tenemos preparadas para eso y allí bailará solo para vosotros, sin que nadie más esté presente. El coste son cuatrocientos euros por una media hora en la que ella bailará de una manera parecida a como lo hace en el escenario, pero centrando la atención solo en vosotros para que disfrutéis del espectáculo. Podéis entrar solos o los dos a la vez si queréis.

—¿Todas las chicas hacen privados? —le pregunto Diego.

—Sí, esto que os voy a contar es algo que tiene que quedar entre nosotros por ser hijo de quién eres y tú por ser su amigo —dijo, señalándome a mí y luego a Diego—, no es algo que el resto de los clientes sepa. Pero como en breve serás mi abogado creo que tienes que saberlo. Las chicas tienen su sueldo mensual y de los cuatrocientos euros que se paga por los privados ellas se llevan el cincuenta por ciento. Así que como comprenderéis ninguna se niega a hacerlos, la mayoría de ellas tienen problemas de dinero por distintas circunstancias de la vida y esos extras les vienen muy bien. Solo Nix viene todas las noches de lunes a domingo descansando alguna noche muy de vez en cuando, las demás se turnan el resto los días para que siempre haya seis chicas todas las noches.

—¿Nix? ¿Qué nombre es ese? —le pregunté sorprendido, porque no había conocido nunca a ninguna mujer que se llamara así.

—Es el nombre que utiliza aquí, todas tienen un apodo o seudónimo, como queráis llamarlo, para preservar su anonimato. Aunque Nix es la más especial de todas —los dos levantamos las cejas queriendo saber más, pero Rubí se echó a reír y nos dijo—. Lo entenderéis cuando la veáis bailar.

Me quedé muy intrigado por sus palabras y estaba deseando ver bailar a la tal Nix. Quería saber la diferenciaba del resto y por qué Rubí la consideraba especial. Noté cuando habló de ella que le tenía cariño, no como una buena jefa, sino como una amiga o incluso como una madre.

—Chicos voy a dar una vuelta a ver si las chicas necesitan algo, tomad lo que queráis, esta noche estáis invitados como un acto de bienvenida. Si

tenéis dudas sobre algo no dudéis en preguntarme lo que queráis. Que disfrutéis de la noche —nos dijo antes de levantarse, nos guiño un ojo y se marchó hacia la barra.

Los dos nos quedamos unos minutos en silencio sin decir nada, pero no fue un silencio incomodo. Fue de esos en los que te sientes bien con la persona que tienes al lado, compartiendo un momento en que cada uno se pierde en sus propios pensamientos. Seguramente los dos estábamos analizando toda la información que nos había contado Rubí acerca del local, las normas y las chicas.

—Estoy deseando ver bailar a la chica que ha dicho que le llaman Nix, con lo curioso que soy me tiene intrigado —lo miré con una ceja alzada y me eché a reír.

—Curioso dice, tú lo que eres es un cotilla de primera categoría —se unió a mis risas porque sabía que tenía razón.

—Atención, para nuestra siguiente actuación tendremos a nuestra queridísima Nix, nuestra diosa de la noche particular. Disfruten del espectáculo caballeros —la voz de uno de los camareros interrumpió nuestra conversación y los dos centramos la mirada en la mujer que acababa de aparecer en el escenario.

—Hostia puta, sí que es una diosa —me dijo Diego en un susurro, yo ni pude contestarle, como para hacerlo si apenas podía pestañear.

La mujer que bailaba en el escenario se movía con unos pasos de baile elegantes, pero muy sugerentes a la vez. Tenía un magnetismo que te envolvía de tal manera, que ni yo ni nadie de los allí presentes éramos capaces de apartar la mirada. Llevaba un vestido rosa muy vaporoso que dejaba ver poco a poco sus piernas y parte de su trasero en varios de los movimientos que hacía. Lo que más me llamo la atención era que llevaba una máscara que cubría prácticamente su rostro. La música continuó varios minutos más hasta que con un movimiento enérgico se abrió el vestido por

delante dejándolo caer a sus pies y dejando sus pechos al descubierto. Unos pechos que eran los más bonitos y apetecibles que había visto en mi vida. Mi cuerpo reaccionó al ver el suyo y me puse duro como una piedra en decimas de segundos. Cuando empezó a descender del escenario para acabar su baile entre los clientes y nuestras miradas se cruzaron sentí como si un rayo me traspasara poniendo todo mi cuerpo en tensión.

# Capítulo 6



**Celeste**

Terminé mi baile como siempre hacía, subiendo al escenario para hacer mi última pirueta. Me despedí de todos saludando y lanzando un beso como hacía en cada actuación y enseguida llegaron hasta mí los silbidos y aplausos que me dedicaron todos los clientes.

Podría mentir y deciros que había sido un baile más como todos los que hacía cada noche, pero estaría mintiendo. Después de tantos años haciendo lo mismo, por primera vez me retiré del escenario con una sensación de agitación en mi pecho y un cosquilleo en el estómago que no había sentido nunca. El motivo, el cruce de miradas que tuve con ese hombre que estaba sentado en una de las mesas más cercanas al escenario ¿Qué me había pasado? ¿Qué era eso tan extraño que le ocurría a mi cuerpo? Me pregunté una y otra vez mientras caminaba hasta los vestuarios.

Entré en el vestuario y me quité la máscara de un tirón tirándola encima de uno de los tocadores, inspiré y expiré aire unas cuantas veces intentado que mi respiración y los latidos de mi corazón que estaban totalmente descontrolados volvieras a su ritmo. En ese estado me encontró Rubí cuando entró en el vestuario, que menos mal que en ese momento estaba vacío, si no el interrogatorio que me hubieran hecho las chicas al verme de esa manera seria digno del mejor agente de policía.

—Celeste, ¿qué te ha ocurrido ahí fuera? En la última parte del baile, no parecías tú —me preguntó preocupada.

—No lo sé Rubí, nunca me había pasado esto. La mirada de ese hombre me ha dejado tan descolocada que parezco lela, joder —le contesté, enfadada conmigo misma, por sentirme así por la mirada de un hombre que ni conocía.

—¿El moreno de ojos grises que se ha quedado igual de lelo que tú cuando os habéis mirado? —Joder con la jefa, no se le escapa una.

—¿Cómo sabes de quién hablo?

—Porque sabe más el diablo por viejo que por diablo niña —me contestó con una sonrisilla traviesa.

—No te sigo Rubí. ¿Qué me quieres decir con eso? Y no creo que él me haya mirado de una forma distinta a como puede mirar al resto de chicas.

—Te aseguro que sí que lo ha hecho, he estado sentada con ellos en su mesa explicándoles las normas y sí ha mirado a las chicas, pero te aseguro que no de la manera que lo ha hecho contigo.

—Supongo que para él habrá sido el impacto de su primera vez en el Palladium o porque mi rostro esta tapado y la curiosidad le puede, como les pasa a algunos de los clientes cuando me ven por primera vez. Y lo mío, pues yo qué sé, será que estoy cansada o algo.

—Si quieres creer eso, no seré yo quien te saque de tu error de eso se encargará el tiempo, querida.

—¿Y qué otra cosa podría creer? —le pregunté, alzando una ceja confusa.

—Que existe la posibilidad de que hayáis tenido un flechazo, cosa poco habitual, pero no imposible.

—¡Qué dices! Como va a ser un flechazo, que no mujer, que eso no es posible. Yo creo que ha sido la sorpresa del momento y nada más. Estoy segura de que, si nos volvemos a ver, será como mirar a cualquier otro cliente —le contesté, no sé si para convencerla a ella o a mí misma.

—Está bien, como quieras, lo dejaremos todo en manos del destino que es muy sabio —me contestó, encogiéndose de hombros.

—Además, lo mismo han venido hoy por la curiosidad de saber que era este sitio por recomendación de alguien y no vuelven más —no había terminado de hablar y Rubí soltó una carcajada.

—Estoy tan segura como que mañana va a salir el sol, que esos dos a partir de hoy van a ser clientes habituales —solté un resoplido y Rubí se echó a reír más fuerte todavía.

—Me alegro de que te lo estés pasando tan bien a mi costa —le dije, dándole un pequeño empujoncito—. Mira, creo que lo mejor es que esto lo dejemos en el cajón de las anécdotas que vivimos aquí y sigamos como si nada.

—Está bien, lo dejaremos pasar. Por cierto, cuando acabes el último baile ven a mi despacho. Tengo algo que contarte que te va a encantar —me dijo misteriosa.

—Dímelo ahora…—no pude terminar la frase porque Soraya abrió la puerta y nos interrumpió.

—Por fin te encuentro Celeste, hay dos tíos buenísimos ahí afuera que te buscan para pedirte un privado, les he dicho que saldrás en unos momentos,

no tardes por favor —después de decir eso cerró la puerta y se marchó con la misma prisa que había venido.

—No me jodas… ¿Será posible que sean ellos? —me pregunté a mí misma.

—Estoy casi segura de que sí —dijo Rubí, con una sonrisa que me hizo resoplar y llevarme las manos a la cara.

—Niña, si de verdad no quieres que te afecte ese hombre, haz lo mismo que haces siempre en el escenario. No entres allí como Celeste, sino como Nix, con la máscara en la cara, pero también aquí— dijo, poniéndome la mano en el pecho a la altura del corazón—. Puede que sea la única manera de protegerte, pero no te garantizo que vaya a funcionar. Te he visto como le has mirado, he notado como tu cuerpo a reaccionado a él. Lo vas a tener muy difícil para poder resistirte a él. Lo mismo ha llegado la hora de que te dejes llevar por una vez en la vida y dejes que un hombre entre en tu corazón.

—Rubí… sabes que no puedo hacer eso, mi vida es complicada y eso sería añadir una complicación más. Además, esta Violeta y ella va un el pack conmigo. El hombre que me quiera a mí, tiene que hacer lo mismo con ella. Y sinceramente no creo que haya muchos que acepten, ni que tengo una hija, y mucho menos el trabajo que llevo haciendo los últimos cinco años.

—El hombre que se enamore de ti aceptara todo lo que hay y ha habido en tu vida Celeste, así es el amor, sin límites. No te cierres al amor, es unas de las mejores cosas que te pueden pasar en la vida.

—Nunca me he cerrado al amor y lo sabes, pero desde que nació Violeta, me centre en ella y en estudiar para cumplir mi sueño de ser abogada. Espero que en algún momento de mi vida aparezca un hombre que me haga perder la cabeza, pero hasta entonces no quiero saltar de cama en cama, eso no va conmigo.

—Lo mismo ese momento está más cerca de lo que crees cariño —me dijo, pasando su brazo por mi hombro y abrazándome—. Te mereces todo lo bueno que te pase en la vida, Celeste, eres una luchadora y una madre maravillosa.

—Gracias Rubí, por estar siempre ahí, por tus consejos y por ser una segunda madre para mí —le contesté emocionada, devolviéndole el abrazo y un beso en la mejilla.

—Bueno, se acabó el tiempo de los sentimentalismos, ahora toca dejar a dos tíos con la boca abierta, que se enteren bien quien es la estrella que más brilla de Palladium. Vamos a elegir uno de tus mejores trajes —me dijo guiñándome un ojo.

Le devolví el guiño y decidí que seguiría su consejo, pondría mi corazón a buen recaudo poniéndole una máscara encima para que ese hombre no pudiera llegar a él.

Entre las dos revisamos todo mi vestuario, todas teníamos dos tipos de ropa la que usábamos en el escenario que solían ser vestidos o disfraces y la que usábamos para los privados. Esa era muy sugerente y casi toda eran bodis con encaje acompañados con ligueros. Elegimos uno de color azul cobalto que era una autentica maravilla con las medias y los ligeros del mismo color, encima me puse una bata de raso negro para que nadie viera lo que llevaba antes de entrar en la habitación con ellos y, por supuesto, mi mascara.

Creo que no os lo he contado, pero los bailes que hacíamos en los privados eran diferentes a los que hacíamos en el escenario. La mayoría de las chicas entre las que me incluía, no hacíamos un striptease sin más, sino que era un baile erótico en el que destacaba la sensualidad y la expresión corporal tocando nuestro cuerpo con caricias. La otra diferencia era que allí dentro nos acercábamos más a los clientes sentándonos encima de ellos si el

baile que estábamos haciendo en esos momentos invitaba a ello. Añadiendo como sorpresa final que el desnudo era integral.

Una vez preparada salí con Rubí de los vestuarios y allí estaban los dos esperándome con las manos en los bolsillos y se les notaba impacientes.

—Cristian, Diego, ella es Nix —les dijo Rubí, presentándome —Portaos bien y sobre todo disfrutad de la experiencia —les guiñó un ojo y se marchó a la sala, dejándome allí con ellos, que me miraban fascinados.

—Bien caballeros, acompáñenme por favor —les pedí sonriendo.

# Capítulo 7



**Celeste**

Avancé por el pasillo en penumbras que llevaba hasta las habitaciones privadas, ellos iban detrás de mí con pasos lentos, pero seguros. Podía notar sus miradas en mi cuerpo mientras avanzaba, no me hacía falta verles las caras para saber que era así.

Cuando Rubí me los presentó, aunque solo estuvimos cara a cara un par de minutos en la mirada de Diego pude ver deseo y fascinación, pero en la de Cristian además de eso había algo más que no supe descifrar. Durante todos los años que llevaba trabajando allí había visto a muchos hombres mirarme de muchas maneras, pero ni una sola vez como él lo acababa de hacer. Eso me tenía en un estado de alerta y nerviosismo que hacía que mi mente no dejara de gritarme que guardara las distancias con ese hombre.

Cuando llegamos a la habitación abrí la puerta, encendí las luces y me aparté a un lado para que pasaran ellos primero. Una vez dentro cerré la puerta con pestillo y les invité con la mano a que se sentaran en el enorme sofá que teníamos allí.

Las posturas que adoptaron en el sofá me decían mucho del estado en el que se encontraban en ese momento. Dicen que la experiencia es un grado y después de tantos años viendo el comportamiento de los hombres en mi presencia había aprendido a leerlos bien.

La postura de Diego era totalmente relajada, pero también denotaba impaciencia por querer ver lo que pasaría allí dentro. En cambio, Cristian, estaba tenso y por la excitación que recorría su cuerpo.

—Está bien caballeros ¿Quieren una copa mientras les explicó como son las cosas aquí dentro? —les pregunté, poniéndome de pie delante de ellos.

—Por favor no nos trates de usted, eso nos hace sentirnos más viejos —me pidió Diego, con una sonrisilla traviesa.

—Está bien, Diego y Cristian entonces. ¿Así mejor? —los dos asintieron —¿Y de la copa que me decís, os apetece algo? ¿Champán tal vez?

—Una copa de champán estaría bien, gracias —me contestó Cristian, clavando su mirada en mis ojos, cosa que no había hecho desde que me miró en la sala y el mismo escalofrío de la vez anterior volvió a mi cuerpo con más intensidad esta segunda vez.

Sacudí la cabeza para intentar deshacerme de esa sensación y caminé lentamente hacia la barra de bar que estaba en un lateral de la habitación. Saqué de la nevera una de las botellas de champán que teníamos allí preparas y la descorché. Serví dos copas y dejé la botella en una esquina de la barra, ya que tenía en mente lo que haría con ella después. Se las llevé donde estaban sentados y cuando Cristian cogió su copa y rozó mis dedos esa jodida sensación extraña volvió a mí. “Dios, Celeste, cálmate, es solo un hombre más”, me dije a mí misma.

Cogí una silla que había en un lateral y a puse frente a ellos para sentarme y poder hablar con tranquilidad.

—Bien, ahora os voy a contar las normas que se aplican aquí dentro.

—Ya nos ha explicado Rubí las normas del club cuando hemos llegado —me contestó Cristian.

—Lo sé, pero aquí dentro digamos que las cosas son un poco distintas y a mí me gusta añadir las mías propias si os parece bien —los asintieron extrañados, pero expectantes por saber que quería decirles.

—Mientras dure el baile yo os tocare a vosotros si estáis de acuerdo con ello, si en algún momento os molesta o no queréis que lo haga solo tenéis que decírmelo, pero vosotros no podréis tocarme, a no ser que yo guíe vuestras manos por mi cuerpo —cuando les dije eso los ojos de Diego brillaron y en los de Cristian vi como sus pupilas se dilataron —¿Estáis de acuerdo?

—Sí —contestaron los dos a la vez con tanta rapidez que tuve que contener una carcajada.

—Pues vamos a empezar —dije, mientras me levantaba— espero que disfrutéis chicos y recordad, si algo no os gusta solo decídmelo.

Me levanté de la silla dejándola allí porque la usaría después, era una de las cosas que más solía usar en los privados, la barra casi nunca la usaba, a no ser que algún cliente lo pidiera específicamente. Bajé la intensidad de las luces y fui al equipo de música a poner el cd que ya tenía en mente desde hacía rato, era música totalmente sensual que me ayudaba mucho a realizar todos los movimientos coordinados.

Me moví lentamente cuando empezaron a sonar los primaros acordes y con movimientos sexys, pero elegantes desaté la bata que llevaba encima y dejé que se deslizara por mi cuerpo, los miré a reojo para ver las expresiones que tenían en la cara al ver el conjunto de lencería que llevaba puesto y tuve que morderme el labio para no echarme a reír. Los dos se habían sentado al borde del sofá y me miraban con la boca abierta.

El baile fue avanzando, me senté en la silla, también me acerqué a ellos sin tocarles para dejarlos expectantes antes de llegar al final. Seguí con el baile y cuando lo creí oportuno me acerqué andando de rodillas hasta el sofá y apoyando mis manos en el pecho de Diego, lo empujé hacia atrás para que se recostara en el respaldo. Me senté encima de él, dándole la espalda y agarré sus manos para llevarlas hasta mi parte delantera y que desabrochara los lazos que tenía el bodi, me entendió enseguida y tiró de ellos despacio, pero con movimientos torpes, la prenda se deslizo por mi cuerpo y la aparté a un lado. Al estar sentada encima de él, pude notar lo duro que estaba y apreté un poco mi culo contra su miembro, eso hizo que soltara un jadeo en mi oído. Volví a agarrar sus manos y con las mías por encima lo dejé recorrer mis costados de arriba abajo unas cuantas veces, mientras yo seguía moviéndome encima de él de forma sensual.

Después de un par de minutos más, me levanté de su regazo y volví a la silla sentándome de cara a ellos para que me vieran como me acariciaba los pechos. Sabía que no era justo solo haberme centrado en Diego y haber dejado a Cristian al margen de todo, así que decidí que los últimos movimientos que eran los más íntimos serian para él.

Me acerqué de nuevo hasta ellos y me senté en su regazo, pero esta vez mirándolo de frente. Empecé a moverme lentamente encima de él y noté como su respiración se aceleraba. Cogí sus manos como había hecho con su amigo y las llevé junto a las mías hasta mis nalgas para que me apretara más fuerte contra él. Cogí dos de sus dedos y los puse en la tira del tanga que, aparte de las medias y los zapatos era lo único que me quedaba puesto. Me acerqué lentamente hasta su cuello y recorriéndolo lentamente con mis labios sin llegar a besarlo llegué hasta su oído y le susurré.

—Tira fuerte y quítamelo —se lo pensó un par de segundos y después de tragar saliva, me obedeció y me arrancó el tanga de un tirón.

Desnuda del todo, me dejé caer hacia atrás para que pudieran verme completamente desnuda mientras volvía a acariciar mis pechos y mis costados. Antes de terminar y levantarme le di un golpe de cadera contra su

miembro que le hizo soltar un gruñido y apretar más fuerte sus manos en mi trasero.

Cuando me levanté fijé mi vista en sus pantalones y pude apreciar como estaban manchados de mi humedad. Llevaba bailando cinco putos años y jamás me había pasado algo parecido. Cuando hacia los pases privados siempre dejaba la mente en blanco y nunca me había excitado encima de ningún hombre. ¿Por qué con él había sido diferente? Avergonzada me di la vuelta para coger la bata y ponérmela mientras caminaba hacia el equipo de música para apagarlo.

Cuando me giré para despedirme, ellos ya estaban de pie mirándome fijamente sin saber que hacer o decir.

—Espero que os haya gustado la experiencia chicos —les dije sonriendo, aunque por dentro todavía estaba temblando por lo que había pasado.

—Ha sido espectacular, seguro que repetimos pronto —contestó Diego, antes de empezar a caminar hacia la salida con una sonrisa pícara en los labios.

—¿Puedes esperar un momento? —le pregunté a Cristian, que me miró extrañado, pero asintió.

—Te espero fuera tomándome la última copa —le dijo Diego y él volvió a asentir.

Cuando Diego salió por la puerta nos quedamos los dos mirándonos a los ojos sin apenas parpadear, quedándonos enganchados en la mirada del otro como nos había pasado en la sala la primera vez que nos vimos. “Espabila Celeste”, me dije a mi misma, y con un carraspeo rompí nuestro contacto visual. Me di la vuelta y de debajo de la barra saqué un paquete de toallitas y unos pañuelos y volví a acercarme a él, con los carrillos rojos como un tomate por la vergüenza.

—Quería pedirte disculpas por haberte ensuciado la ropa, si te soy sincera es la primera vez que me pasa y estoy muy avergonzada por ello ¿Quieres que te ayude a limpiarlo? No puedes salir así ahí fuera.

Se acercó muy lentamente hacia mí y acerco su boca a mi oído, al notarlo tan cerca de mi cuerpo este se puso en tensión al momento, esperando su próximo movimiento o las palabras que me diría.

—Creo que los dos estamos en igualdad de condiciones en cuanto a estar avergonzados. Porque mis pantalones no solo están manchados por fuera. Te aseguro que por dentro están mucho peor, el último movimiento de cadera que me has dado ha hecho que me corriera como un adolescente — después de decir eso me dejó un suave beso en el cuello, bueno más que un beso fue un simple roce. Cogió las toallitas y los pañuelos y sin decirme nada más se giró y salió por la puerta dejándome allí alucinada por sus palabras.

Me senté en el sofá y apoyando la cabeza en el respaldo cerré los ojos para intentar calmarme antes de salir de allí. Aun me quedaban dos bailes más en el escenario y me sentía agotada más mental que físicamente, solo esperaba que el tiempo pasara rápido para poder irme a casa y dejar este día tan raro atrás.

Después de mi última actuación salí escopetada hacia los vestuarios y me di una larga ducha, por lo menos había conseguido tranquilizarme un poco cuando volví a salir al escenario y vi que Diego y Cristian se habían marchado.

Ya vestida y con la mochila y el casco en la mano fui al despacho de Rubí, no se me había olvidado que me pidió que me pasara por allí antes de irme a casa, solo esperaba que lo que tuviera que decirme fuera algo bueno que me alegrara la noche. Toqué en la puerta y cuando me dio paso me dejé caer a plomo en la silla que estaba frente a ella, me miró con la ceja alzada y le dije.

—No preguntes por favor ya te lo contaré mañana cuando yo lo haya asimilado todo —dije, soltando un resoplido.

—Bien, entonces no te entretendré mucho, veo que necesitas una cama con urgencia —asentí y le pedí con la mano que continuara hablando.

—¿Recuerdas a Antonio Serrano?, mi abogado, le has visto varias veces por aquí, cuando ha venido a traerme algunos papeles —asentí y ella siguió hablando—. Bien, pues he hablado con él y ya no tienes que seguir buscando sitio para tus prácticas, estará encantado de que las hagas en su bufete. El lunes te espera allí a las diez de la mañana para explicarte como será todo. ¿Qué te parece? —la miré alucinada y me levanté de la silla gritando.

Me puse a saltar de la alegría abrazándola y besándola por toda la cara mientras ella reía. Hacer mis prácticas en el bufete de Antonio era un sueño, era uno de los mejores de la cuidad y allí aprendería muchísimo.

# Capítulo 8



**Cristian**

Salí de la habitación de los bailes privados con un estado de excitación impresionante. Me había corrido unos minutos antes teniéndola encima como un puto adolescente y solo con tenerla cerca otra vez cuando hablamos ya estaba duro de nuevo ¿Qué coño me había pasado con esa mujer? Estaba totalmente desconcertado, por mi vida y mi cama habían pasado muchas mujeres, pero con ninguna me había pasado algo parecido.

Entré en el baño y me limpié como pude, lo rastros de la humedad de Nix en mis pantalones apenas se notaban, pero por dentro estaba hecho un desastre al igual que mis calzoncillos. Necesitaba irme a casa sin que nadie lo notara o quedaría como un pringado delante de todos los hombres que estaban en la sala. Aunque estaba seguro de que Diego se había dado cuenta de lo que me había pasado y tendría que aguantar sus bromas durante días.

—Yo me marcho a casa ya. ¿Vienes o te vas a quedar un rato más? —le pregunté a Diego, cuando me puse a su lado en la barra donde estaba tomándose una copa, como me había dicho que haría un rato antes.

—Me voy contigo, ya bastantes emociones hemos tenido los dos por esta noche —me contestó guiñándome un ojo, lo que hizo que soltara un resoplido.

Salimos a la calle y caminamos rápido hasta mi coche, Diego iba a mi lado aguantándose la risa el muy cabrón, estaba seguro de que iba a soltar la primera puya antes de montarnos en el coche, y no me equivoqué, antes de abrir siquiera las puertas, abrió su gran bocaza.

—Espero que te hayas limpiado un poco en el baño, porque si no vas a dejar el asiento del coche guapo.

—No te podías callar, ¿verdad? Tenías que tocarme los cojones.

—Tranquilo fiera, no te enfades, a tú favor diré que, si llega a tardar un minuto más en levantarse de mis piernas, ahora mismo estaría igual que tú. Me ha puesto cardiaco joder, en la vida había visto a una mujer moverse así, con esa sensualidad y ese toque de erotismo, el nombre le va como anillo al dedo, porque de verdad que sí es una diosa.

—Sí que lo es, pero no es solo como se mueve es todo ese magnetismo que desprende. Aparte de tener un cuerpo de escándalo que eso salta a la vista, tiene una mirada que te atrapa.

—Cristian, nos conocemos de toda la vida y te he visto con muchas mujeres, pero nunca te había visto mirar así a ninguna —me dijo, poniéndose serio.

—¿Qué coño dices? No la he mirado de diferente manera a como lo haría con cualquier otra que estuviera buena— “eso Cristian, tu miéntete a ti mismo, lo mismo te lo crees y todo”, pensé, mientras le decía eso a mi amigo, que por su expresión tampoco se creyó ni una palabra.

—Lo que tu digas machote, entonces no te importara que mañana vuelva y le pida un privado para mí solo, a ver si acabo como tú hoy —si las miradas matasen me lo habría cargado allí mismo y eso me delató. Claro que me importaba joder, no quería que mi amigo volviera a tocarla ni ningún otro hombre, dicho sea de paso.

—Tu mirada matadora me lo ha dicho todo, pero quédate tranquilo, que mientras te esperaba he visto una pelirroja que me ha encantado, el próximo día pediré un privado con ella. Además, no solo he visto como la mirabas tú, también he visto cómo te miraba ella. Cuando se ha sentado encima de ti parecía que el mundo hubiera desaparecido a vuestro alrededor. Podría haberme puesto a saltar y a chillar y ni os habríais enterado.

Diego no podía tener más razón en sus palabras porque eran totalmente ciertas, nos habíamos quedado los dos enganchados como si fuéramos dos imanes que necesitan juntarse y nos atrajéramos con una fuerza brutal.

—¿Podemos dejar esta conversación por hoy por favor? Me estoy empezando a rayar muchísimo. Con todo el lio que tengo en el despacho solo me faltaría colgarme de una tía, de la que no se ni su nombre, ni a la que no le he visto la cara. La situación no puede ser más surrealista, creo que todo ha sido fruto del impacto por el sitio y la situación.

—Como quieras, lo dejaremos por ahora. Pero no te cierres en banda Cristian. Si ella es la elegida, por mucho que te empeñes en correr en dirección contraria no vas a conseguir escapar. Siempre he sabido que en ese sentido somos muy diferentes, habrás estado con muchas mujeres, pero en el fondo sabes que quieres algo como lo que tienen tus padres. Si no lo has hecho todavía es porque no había aparecido la mujer adecuada.

La conversación se zanjó con esas últimas palabras de mi amigo y el silencio se hizo dentro del coche hasta que llegamos a casa. Nos despedimos en la puerta de los áticos, quedando para comer al día siguiente.

Nada más entrar en mi casa me fui directo hacia la ducha, en cuanto el agua empezó a caerme por la cabeza la apoyé en los azulejos y cerré los ojos. Las imágenes de todo lo vivido en el Palladium vinieron a mi mente, en todas estaba ella, y solo con su recuerdo me puse duro de nuevo. Estaba seguro de que si no le ponía remedio no podría dormir en toda la noche, el calentón que tenía no parecía que se me fuera a pasar pronto. Agarré mi miembro con la mano y empecé a masturbarme pensando en ella, en su

cuerpo, sus pechos perfectos, sus labios, esos que tenía tan carnosos que en esos momentos me hubiera gustado que fueran los que estuvieran envolviendo mi polla y no mi propia mano. Unos segundos después de pensar eso, un orgasmo brutal me alcanzo mientras de mi boca salía entre jadeos su nombre, Nix.

Limpio y relajado salí del baño y totalmente desnudo que era como me gustaba dormir, me metí en la cama y ni dos minutos después me quedé dormido con la imagen en mí cabeza de esa mirada que me había cautivado.

El domingo cuando Diego vino a buscarme para comer, ninguno de los dos teníamos muchas ganas de salir a la calle. Así que pedimos comida china, la que acompañamos de un buen vino de los que yo siempre tenía en casa y disfrutamos en mi salón de una buena comida y una mejor charla, sin tocar el tema de lo acontecido el día anterior.

Por la tarde había futbol y eso para nosotros era sagrado, Diego era igual de forofo que yo y tampoco se perdía ningún partido. Preparamos unos aperitivos y una cubitera llena de hielos en la que metimos unas cuantas cervezas para no tener que levantarnos y arriesgarnos a perdernos algún gol y nos sentamos en mi sofá a disfrutar viendo a nuestro equipo jugar.

Cuando terminó el partido Diego se fue a su casa y yo me puse a repasar alguno de los casos pendientes, menos mal que mi padre me había llamado a mediodía para decirme que al día siguiente vendría una chica al bufete para empezar sus prácticas. Solo esperaba que la muchacha fuera espabilada y me ayudara con la carga de trabajo que tenía, además no era por tirarme flores a mí mismo, pero me considera una persona paciente y que sabia enseñar a los demás, estaría muy bien conmigo y los dos nos ayudaríamos el uno al otro.

# Capítulo 9



**Celeste**

—¿Violeta, estas preparada? No quiero llegar tarde a la entrevista y todavía tengo que dejarte en casa de Pili —le dije a mi hija, mientras terminaba de hacerme una trenza en el pelo.

—Sí mamá, solo me falta ponerme las deportivas y el abrigo —era un torbellino que nos traía locas con las perlas que solía soltar por la boca, pero la verdad es que no podía quejarme. Era una niña muy responsable que nunca me había dado ningún quebradero de cabeza y siempre obedecía a la primera, cuando le mandabas algo y en el cole le iba de maravilla, así que daba gracias al cielo por la hija que me había tocado, porque había cada crio por ahí que era para tirarse por un puente.

Me puse el abrigo y de camino a la puerta de la calle me calcé los zapatos de tacón. En mi día a día nunca me los ponía, pero para presentarme en el bufete no era plan de ir en deportivas al menos no el primer día, después de un tiempo ya veríamos si cambiaba de opinión. No es que quisiera impresionar a mi jefe, pero hay que saber estar en los sitios, por eso me había puesto unos pantalones de pitillo blancos y una blusa roja que era del mismo color que mis zapatos, nada excesivo. Iba sencilla, pero elegante.

—¿Pero que llevas puesto, alma de cántaro? —le pregunté a mi hija, cuando la vi en la puerta esperándome para salir. Se había puesto la

camiseta del Real Madrid encima del abrigo, la madre que la pario que fui yo.

—Pues creo que es evidente lo que llevo, a ver si vas a necesitar gafas mamá —me contestó, encogiéndose de hombros.

—Veo perfectamente lo que llevas, lo que quiero saber es, ¿por qué llevas la camiseta encima del abrigo? —le dije, poniendo los ojos en blanco.

—Si la llevo dentro nadie la ve, ayer ganaron y hay que mostrar el apoyo y la alegría que se siente de que así sea, ¿no? —Es que no podía con ella, os lo juro. Eah, pues con la camisetita encima del abrigo que se iba, buena gana de ponernos a discutir por esa tontería, total yendo así no hacía daño a nadie y si ella feliz, nadie tenía nada que decir al respecto.

—Vámonos anda, que Pili nos estará esperando. Justo hoy tenía que ser un día no lectivo en el cole, ya podían haber elegido otro —le dije resoplando.

—Cuando salgas del bufete, ¿podemos ir a comer al sitio ese de las hamburguesas que tanto me gusta? Seguro que Pili también se apunta —me pidió con ojitos y sonrisa de conquistador, con la que sabía que me tenía ganada en un minuto.

—Está bien, pero solo porque hoy es un día especial. Tú no tienes cole y yo puedo celebrar que voy a trabajar en un sitio maravilloso. Pero no te acostumbres, que eres una lianta de cuidado —con mi confirmación ya no me dijo nada más, solo sonrió de esa manera que podría iluminar cualquier día gris.

Menos mal que Pili vivía solo a dos calles de nosotras y no tenía que atravesar la ciudad. Mi madre ese día tenía que limpiar tres casas y no podía quedarse con Violeta, menos mal que mi amiga estaba de descanso y pudo quedarse con la niña, sino me la hubiera tenido que llevar al bufete y la verdad es que no era la mejor carta de presentación el primer día.

Dejé a Violeta con mi amiga diez minutos después, entre las tres nos pusimos de acuerdo y me irían a buscar al bufete a mediodía, la hamburguesería a la que quería ir estaba bastante cerca de allí y podríamos ir dando un paseo cuando yo saliera. Además, Pili me dijo susurrando para que no se entera la niña que lo había dejado con Arturo, que luego con tiempo ya me lo contaría todo. No la vi muy afectada, más bien estaba feliz, eso me dejó tranquila, no quería ver a mi amiga sufrir por ningún hombre.

Paré el primer taxi que vi libre y le di la dirección del bufete, hoy como algo excepcional lo haría así, porque había tenido que ir a dejar a la niña en casa de mi amiga, pero a partir del día siguiente vendría en mi moto. Eso me ahorraría tiempo y dinero.

Media hora después y harta de oír el parloteo incesante del taxista, que me había hecho un resumen completo de todos los entresijos que se traían los políticos en nuestro país, por fin llegué a mi destino.

El edificio no era muy grande, tenía tres plantas que supuse que todas pertenecían a la firma. Ya la entrada rezumaba elegancia, estaba todo decorado con mucho gusto. En la recepción, al teléfono, había una chica joven atendiendo que me inspiró confianza en cuanto la vi, su mirada limpia y su sonrisa así me lo dijeron. Me acerqué hasta ella y esperé a un lado a que terminara la llamada.

—Buenos días, mi nombre es Rosana ¿En qué puedo ayudarte? —me dijo, nada más colgar el teléfono.

—Buenos días, Rosana, mi nombre es Celeste Domínguez y he quedado con el señor Serrano, a las diez —le contesté, devolviéndole la sonrisa que ella me había dedicado al hablarme.

—¿El padre o el hijo? —cuando me preguntó eso me quedé desconcertada y fruncí el ceño sin saber que contestar—. Por tu gesto veo que no tienes ni idea, ¿no? —negué con la cabeza como respuesta a su

pregunta y ella soltó una risita antes de decirme —No te preocupes, ahora mismo lo averiguo, deja que haga una llamada y así salimos de dudas.

—La cita es con el padre, el señor Antonio Serrano —me dijo dos minutos después de hacer la llamada que me había dicho para enterarse con quien tenía que verme.

—Muchas gracias, la verdad es que no sabía que su hijo también trabajaba aquí.

—Hace tan solo una semana que él y su amigo regresaron a la ciudad para incorporarse al bufete. Estoy segura de que a partir de ahora lo mismo que nos ha pasado contigo, no será una excepción. Si solo dicen el apellido esto pasará a menudo.

—Pues sí que vas a estar entretenida como esto pase mucho, te veo con el teléfono colgado de la oreja todo el día.

—Espero que no, además, el señor Antonio se jubilará pronto así que después ya no habrá confusiones. Puedes subir cuando quieras, ya te está esperando. Es en la tercera planta, allí solo hay tres despachos y en las puertas pone los nombres, no tiene perdida. Ahí tienes los ascensores y las escaleras para subir —me dijo señalando donde estaban.

Me despedí de ella dándole las gracias por todo y cogí el ascensor. Mientras subía, las palabras de Rosana volvieron a mi cabeza, si Antonio se iba a jubilar, ¿con quién me tocaría trabajar a mí? Con el hijo tal vez. Salí del ascensor todavía dándole vueltas al asunto y cuando levanté la cabeza allí en una de las puertas estaba Antonio, esperándome apoyado en el marco de la puerta sonriendo. Tenía que reconocer que para los años que tenía, seguía siendo un hombre muy atractivo, en su juventud estaba segura de que se había llevado a las mujeres de calle.

Me acerqué a él y le extendí la mano para saludarlo, pero me quedé cortada, pues se acercó a mí para darme dos besos, que en cuanto reaccioné

se los devolví con gusto.

—Buenos días, Celeste, pasa y siéntate. Es un placer tenerte aquí— dijo, dándome paso a mí primera a su despacho.

—El placer es mío, señor Serrano, le agradezco muchísimo esta oportunidad —le contesté con una sonrisa sincera en mi rostro, porque era verdad que le estaba muy agradecida.

—Lo primero, no me llames señor Serrano, llámame, Antonio, por favor. Y lo segundo, no tienes que agradecerme nada, tus notas y tu tesón en acabar la carrera en tus circunstancias hablan por sí solas. Estaría loco si te dejara escapar y te fichara otro bufete. Además, Rubí te pone por las nubes por lo luchadora y trabajadora que eres y yo confió totalmente en ella y en su opinión —que supiera cual era mi otro trabajo me ponía un poco nerviosa la verdad, no todo el mundo llegaba a entender lo que una madre es capaz de hacer para sacar a su hija adelante y estudiar a la vez para intentar mejorar en la vida. Antonio debió notar mi incomodidad por sus palabras y así me lo hizo saber.

—Puedes quedarte tranquila, nadie en el bufete sabe que eres Nix ni lo sabrán nunca. Eso es algo de tu vida privada que a nadie le interesa —sus palabras me hicieron soltar el aire que estaba conteniendo—. Pero déjame decirte que tienes mi más absoluta admiración y mi respeto por haber sido tan valiente. Supongo que no ha sido fácil compaginar un trabajo así, estudiar y cuidar de tu hija. Ojalá hubiera más mujeres como tú.

—Muchas gracias por tus palabras, Antonio, no sabes el bien que me hace que haya gente que me entienda como tú lo estás haciendo —le dije emocionada.

—Supongo que no dejarás tu trabajo en el Palladium de momento, ¿no?

—No, mi idea es seguir por lo menos los meses que duren las practicas, el dinero me viene muy bien y ahora con los dos trabajos espero conseguir

que mi madre deje algunas de las casas que limpia y descanse más, que ya le toca.  Lo que sí haré es rebajar los días que voy, hasta ahora iba los siete días a la semana, ya lo he hablado con Rubí y solo iré de jueves a domingo. Puedes quedarte tranquilo, que mi otro trabajo no afectará a este, cumpliré mi horario y mis tareas —le dije expectante por saber su opinión, solo esperaba que no le pareciera mal, porque sería una putada para mi tener que dejar el Palladium.

—Me parece perfecto, mientras tú estés bien, por mi parte no hay ningún problema. Bien, aclarado todo esto voy a decirte como irán las cosas por aquí para ti.

—Estoy deseando empezar —le dije impaciente.

—Lo primero que tienes que saber es que me jubilo en breve, mi hijo y su mejor amigo se han mudado desde Barcelona donde vivían para hacerse cargo de este bufete. Sera con él con quien trabajaras, él te enseñara todo lo que sabe y no es porque sea mi hijo, pero déjame decirte que no lo hay mejor. Tú lo ayudarás con sus casos, serás su mano derecha para que me entiendas.

—¿Su hijo está de acuerdo con esto? No quisiera ser una molestia para él y que tenga que perder su tiempo enseñándome. Supongo que estará hasta arriba de trabajo y ahora mucho más si en breve va a ser el jefe.

—Mi hijo está encantado con la idea, está deseando que te incorpores para que le ayudes te lo aseguro. Es más, voy a llamarlo y a su amigo también para que te conozcan —me dijo antes de coger su móvil para mandarles un mensaje.

No pasaron ni cinco minutos cuando la puerta se abrió y por ella entraron el hijo de Antonio y su amigo. Cuando me levanté de la silla para saludarlos tuve que agarrarme al respaldo para no caerme al suelo de culo al suelo por la impresión. Me cagué en mi estampa, en el karma y en todos los astros del puto universo. Porque me tenía que pasar esto a mí joder.

—Celeste, te presento a mi hijo, Cristian y a su mejor amigo, Diego —me dijo Antonio, señalando primero a uno y después al otro.

# Capítulo 10



**Cristian**

Vaya día de locura que llevaba, la cantidad de expedientes que tenía encima de la mesa me hacían resoplar cada vez que los miraba. Y por si eso fuera poco desde que había entrado a las ocho de la mañana, Raquel no había dejado de perseguirme buscando cualquier excusa para estar un rato conmigo. Me había planteado echarle un polvo encima de mi mesa a ver si me dejaba en paz y de paso a mí se me quitaba un poco el calentón que tenía desde que había salido el sábado del Palladium. La imagen de Nix encima de mí no había salido de mi cabeza en ningún momento y eso me tenía con un dolor de huevos constante. Pero me había contenido porque estaba seguro de que, si ahora me perseguía, después de acostarme con ella sería mucho peor.

Estaba pensando en todo eso cuando mi teléfono vibró encima de la mesa anunciando un mensaje, le eché un vistazo rápido y di gracias al cielo por lo que ponía en él. Mi padre me decía que fuera a su despacho para presentarme a la chica que iba a ser mi ayudante a partir de ese día. Cerré el expediente con el que estaba trabajando y salí de mi despacho para ir al de mi padre, que estaba al lado del mío. En ese momento también salía Diego del suyo y me dijo que mi padre lo había llamado, así que entramos los dos juntos.

Cuando entramos y vimos a la preciosidad de mujer que estaba con mi padre, nos quedamos petrificados mirándola. Tenía un pelo negro que lo llevaba recogido en una trenza que le caía hacia un lado y le llegaba hasta el pecho, y vaya pecho, aunque llevaba una blusa se intuía que debajo había unas tetas bien generosas y firmes. El resto de su cuerpo tenía unas curvas perfectas que serían la envidia de cualquier modelo. Pero lo que más destacaba era su cara, la más bonita que yo había visto en mi vida. Con labios carnosos y unos ojos verde esmeralda que eran preciosos.

—Celeste, te presento a mi hijo, Cristian y a su mejor amigo, Diego —dijo mi padre, señalándonos a ambos.

—Chicos, ella es Celeste, empezará las practicas con nosotros y como ya lo hablamos, será tu ayudante y mano derecha —añadió, dirigiendo las últimas palabras hacia mí.

—Encantado —le dijo Diego, acercándose a ella para darle dos besos, yo aún seguía con los ojos fijos en ella incapaz de moverme, hasta que un carraspeo de mi padre me sacó del trance en el que estaba.

Me acerqué lentamente hacia ella y posé una de mis manos en su cintura a la vez que me inclinaba para darle dos besos. Cuando nuestras pieles entraron en contacto por el saludo, noté como su cuerpo reaccionaba al mío haciéndola temblar y el mío respondió de la misma manera. Cuando nos retiramos y fijamos la mirada el uno en el otro, sentí la misma sensación de embrujo que había tenido con Nix unos días antes. ¿Qué coño me pasaba últimamente? Dos mujeres distintas y la misma sensación, tendría que hacérmelo mirar porque esto ya no era normal.

—Cristian, ¿quieres enseñarle el bufete a Celeste y explicarle como va todo, o prefieres que lo haga yo? —dijo mi padre, rompiendo el momento de enganche que estábamos teniendo.

—Yo lo haré —dije demasiado rápido y por el rabillo del ojo vi como Diego se aguantaba la risa.

—Celeste, aunque estés trabajando con mi hijo, mi despacho tiene la puerta abierta para ti cuando quieras. No dudes en venir a hablar lo que quieras o necesites conmigo.

—Muchas gracias, Antonio. Por todo —le contestó ella, y no sé por qué, pero sus palabras me sonaron demasiado cercanas, como si superan algo que Diego y yo ignorábamos.

—Vamos a tomar un café y así nos conocemos un poco antes de empezar con el lio, ¿te parece? —le pregunté abriendo la puerta.

—Te lo agradezco, salí con prisa de casa y no tuve tiempo ni de tomarme uno —me contestó sonriendo.

—Diego, ¿tu vienes? —le pregunté a mi amigo, rezando por dentro para que dijera que no y poder quedarme con ella a solas.

—Claro que voy, no me perdería ese café por nada —me contestó el muy cabrón, riéndose de medio lado.

En el bufete teníamos una sala de descanso, donde había una cafetera con capsulas y varios dulces que la recepcionista se encargaba de traer a petición de mi padre. Le pregunté como le gustaba el café y preparé los de los tres mientras Diego la invitaba a sentarse y le ofrecía la bandeja de dulces que teníamos.

— Bien, cuéntanos algo de ti, Celeste, como sabrás vamos a pasar muchas horas juntos y me gustaría conocer algo de ti, no todo tiene que ser trabajo —las palabras salieron solas por mi boca y antes de acabar de decirlas ya me había arrepentido por como habían sonado, no quería que se lo tomara por donde no era, ¿o sí?

—¿Qué queréis saber? —nos preguntó con una sonrisa en la cara, pero sus ojos destilaban cautela.

—En el currículo que le presentaste a mi padre, he visto que tienes unas notas excelentes, pero también vi algo que me llamó la atención. Empezaste la carrera de forma presencial, luego hay un año en blanco y volviste a retomarlas a distancia. ¿A qué se debió eso? Si es que quieres contárnoslo claro —le pregunté, porque era algo que me tenía muy intrigado, algo importante tenía que haberle pasado en ese año para tener que dejar los estudios y yo quería saberlo y por la mirada de Diego, el también.

—No me importa contarlo, es una parte de mi vida de la que tengo un recuerdo amargo, pero también desde entonces en ella está la persona que más quiero en el mundo —cuando dijo eso, no sé por qué, pero pensar que esa persona de la que hablaba podría ser su pareja, hizo que se me retorcieran las tripas.

—¿Qué te paso? —le preguntó Diego.

—A los veinte años me quedé embarazada, el padre de mi hija aún sin ser mi pareja, pero si un buen amigo, se ofreció a ayudarme con todos los gastos para que yo pudiera seguir estudiando, pero desgraciadamente unos meses antes de nacer Violeta, falleció en un accidente de moto y ahí tuve que cambiar mis planes. El primer año trabajé en lo que pude mientras cuidaba a mi hija con la ayuda de mi madre, que es con la que vivimos. Más adelante encontré un trabajo de camarera con un mejor horario y decidí retomar los estudios, lo de ir a la facultad era inviable, así que retomé las clases a distancia —joder me quedé helado con su historia, siendo tan joven y por todo lo que había tenido que pasar ya en la vida, era una luchadora. Pensar eso hizo que me gustara más todavía de lo que ya lo hacía, era bonita por fuera y por dentro.

—Vaya, eres una luchadora —le dijo Diego con admiración y yo asentí confirmando sus palabras.

—Más que luchadora, me consideró una persona con dos dedos de frente que he sabido adaptarme a las circunstancias que la vida me ha puesto en el camino.

—¿Así que tienes una hija? Seguro que es preciosa como tú —le dije sonriendo, eso hizo que se ruborizara por mi piropo.

—Es una descarada adorable, que me tiene loca. Y físicamente somos tan parecidas que cuando estamos juntas es como tener una mini yo a mi lado.

Nos habló un poco más de su vida, contándonos que su padre también había fallecido, que no tenía pareja (eso nos los contó porque el cotilla de Diego se lo preguntó directamente) También nos dijo que llevaba una vida tranquila y que no salía de fiesta como hacia la mayoría de la gente de su edad, prefería compartir el tiempo libre que tenía con su hija.

Estábamos en plena conversación, cuando la puerta de la sala de descanso se abrió y entró Raquel, seguramente buscándome, eso me hizo resoplar, a Diego reírse entre dientes y a Celeste levantar sus cejar preguntándonos en silencio que pasaba.

—Vaya, al fin te encuentro, he recorrido todo el bufete buscándote para tomar un café y mira por donde ya estás aquí —me dijo Raquel, poniéndose demasiado cerca de mí.

—Ya he tomado el café lo siento, como sabes estoy muy liado así que si nos disculpas tenemos que volver al trabajo —le contesté con educación, pero con cansancio en mi voz. El acoso al que me tenía sometido empezaba a ser molesto.

—¿Y tú quién eres? ¿No estarás aquí entreteniendo al jefe con tonterías? Es un hombre muy ocupado, que no puede perder el tiempo aguantando niñerías— pero esta tía de que iba, quien coño se creía que era para hablar así a Celeste, ni a nadie, dicho sea de paso.

—Estoy aquí para aprender todo lo que pueda de jurisprudencia y acabar siendo una buena abogada, pero por lo visto, puedo enseñar lo que es la educación que por lo que veo escasea por aquí —ole, ole y ole, solo me faltó aplaudirla. Vaya manera elegante de lanzar un zasca. Dios, esta mujer me gustaba más cada minuto que pasaba.

# Capítulo 11



**Celeste**

Cuando Cristian se me acercó en el despacho de su padre y nos miramos, la misma atracción y estado de excitación que había tenido en el Palladium cuando nos vimos por primera vez volvió a mí. Este hombre iba a ser mi perdición, estaba completamente segura de ello. La pregunta más importante que me hacía a mí misma, es cuánto tiempo podría resistirme a él, porque por la manera que me miraba, estaba en el mismo estado que yo. Y antes o después esa tensión sexual que había entre nosotros tendría que explotar más pronto que tarde.

El susto inicial y los nervios que tenía cuando vi quien iba a ser mi jefe y mi compañero de trabajo, se fueron pasando poco a poco, mientras tomábamos un café y les hablaba de mi vida. Ellos me contaron un poco de la suya también. Que habían vivido en Barcelona los últimos diez años, las circunstancias que los llevaron hasta allí y el porqué de su regreso. También me quedó claro que no tenían pareja, eso me alivio bastante. Pensar en lo que había pasado en la habitación de los privados si hubieran tenido pareja me hubiera hecho sentir peor de lo que ya me sentía. Menos mal que ninguno de los dos me había reconocido, nunca me había alegrado tanto de la decisión que tomé años atrás de usar las lentillas y las máscaras. La verdad es que tenía que reconocer que me sentí muy a gusto hablando con ellos, eran simpáticos y me trataron con respeto y amabilidad en todo momento.

Pero las cosas se torcieron cuando una pija estirada entró en la sala de descanso como un elefante en una cacharrería. Parecía desesperada por tener la atención de Cristian. No me quedó claro si habían tenido algo en algún momento o aun lo tenían, pero desde luego el no parecía muy cómodo en su presencia, como si se sintiera perseguido o esa es la sensación que percibí. Lo peor de todo fue cuando se dirigió a mí usando un tono prepotente, acusándome de estar entreteniendo al jefe. Pues mira tú por donde, había ido a pinchar en hueso. Se pensaría que me iba a acojonar o que me haría salir corriendo. Pues no señora, después de todo lo que me había tocado pasar, a estas alturas de mi vida no aguantaba gilipolleces de nadie y mucho menos faltas de respeto. Así que muy elegantemente y con una sola frase la puse en su sitio. Supe que había hecho bien cuando vi las caras de los chicos en las que lucían unas sonrisas de satisfacción y admiración al oír mi contestación.

Salimos de la sala de descanso después de mi contestación, tampoco era cuestión de liarla el primer día. Pero desde luego supe por la mirada que me echó la tal Raquel, que las cosas no se quedarían así.

Nos despedimos de Diego en el pasillo de los despachos y Cristian abrió la puerta del suyo cediéndome el paso como todo un caballero.

—Madre mía, ¿todos estos casos los llevas tú? —le pregunté, viendo el montón de carpetas que tenía encima de la mesa.

—Nooo, ¿quieres que me dé un infarto? —me contestó, riéndose —Son copias de los casos que están activos ahora mismo en todo el bufete. Los tengo aquí para echarles un vistazo y ponerme un poco al día de lo que lleva cada uno de los abogados.

—Menos mal, ya me habían entrado hasta sudores al ver tanta carpeta —añadí, riéndome también.

—¿Quieres que empecemos definiendo tu horario y tus tareas? —me pregunto, sentándose en su sillón e invitándome a mí a hacer lo mismo en la silla que tenía frente a él.

—Sí, por favor.

—Tu horario como estas en prácticas es de media jornada por lo que tienes que hacer cuatro horas, he pensado que como tienes a la niña lo mismo prefieres entrar cuando la dejes en el cole y salir más tarde. En vez de venir a las ocho de la mañana, podrías hacer el horario de nueve y media a una y media, ¿te parece bien? —joder que hubiera pensado en eso, para facilitarme la vida me toco el corazón. La lucecita de peligro se volvió a encender en mi cabeza, si seguía siendo tan encantador acabaría enamorándome de él y eso solo significaba problemas. “Céntrate, Celeste”, me dije a mí misma.

—Te lo agradezco muchísimo Cristian, pero si eso va a suponer un problema con el resto de los compañeros o con la ayuda que necesitas de mí y que no podré hacerla bien si no entro a la misma hora que tú… prefiero venir a las ocho y en casa ya veré como me arreglo.

—Por mí no tienes que preocuparte, me ayudarás lo mismo entrando a la hora que entres y por el resto de los compañeros tampoco debes preocuparte, aquí el jefe soy yo y se hace lo que yo decido. Si hay alguno al que no le guste mis decisiones, ya sabe dónde tiene la puerta.

—Está bien, pues muchísimas gracias de verdad, un problema menos del que preocuparme. Ahora cuéntame que quieres que te haga— “joder, Celeste, bonita, a ver si mides tus palabras que vaya manera de preguntar las cosas tienes hija”, me dije, dándome una torta mental.

—Si te lo dijera lo mismo salías corriendo —lo dijo tan bajo y entre dientes que pensó que no le había oído, pero por suerte o por desgracia, todavía no lo tenía claro, lo entendí perfectamente.

—Perdona, ¿decías algo?

—Nada, nada cosas mías —se había puesto nervioso y todo, me retiró la mirada y empezó a pasar los expedientes uno a uno hasta que eligió uno.

—Toma, quiero que me ayudes a revisarlos y apuntes en los márgenes tus impresiones y cual crees que podría ser la mejor defensa. Si ves que puedes aportar algo más de lo que hay ahí, lo apuntas también. No tengas miedo a poner todo lo que piensas, aunque creas que a lo mejor es una chorrada o una idea nefasta, quiero leerla después, puede que lo que a ti te parezca malo a mí me parezca brillante. Es la mejor manera de ver cómo te desenvuelves y donde tengo que ayudarte más para que te sueltes.

—Genial, pues me sentaré en la sala de descanso o en el sofá que tenéis ahí fuera para no molestarte y cuando lo tenga terminado te lo traigo —le dije muy contenta y con ganas de empezar.

—Como podrás ver mi despacho es enorme, creo que en una media hora —dijo mirando el reloj —vendrán a traer un escritorio para ti, que pondremos en esa zona, al lado de la ventana, quiero que trabajemos juntos Celeste y para eso necesitamos estar en el mismo despacho. Espero que eso no sea un inconveniente para ti —me dijo, ¿conteniendo el aire? Como si esperase impaciente que mi respuesta fuera positiva y quisiera quédame allí con él.

—Vale, yo también creo que lo mejor es que estemos cerca, si tengo una duda o lo que sea, no tendré que venir a molestarte cada dos por tres, estando aquí todo será más fácil para los dos —le contesté y lo vi soltar el aire de golpe y sonreír.

—Pues de momento quédate dónde estás, hasta que vengan a montarte la mesa.

—Si no te importa, antes de empezar tengo que ir al baño —le dije, levantándome de la silla.

—Por supuesto lo que necesites ¿Sabes dónde está? —asentí antes de salir por la puerta y echar a correr hacia el baño, tenía que cantar las cuarenta a alguien, que me iba a oír, pero bien.

Entré en el baño, saqué el teléfono de mi bolso y empecé a teclear como una loca.

**Celeste**: *La madre que te pario, ya verás cuando te pille. Ya podías haberme avisado casi me da un puto infarto.*

La respuesta llegó casi al momento.

**Rubí**: *No se dé que me hablas.*

**Celeste**: *Sí claro, tu hazte la tonta, sabes de sobra de que te estoy hablando. Me he tenido que agarrar a una silla cuando Antonio me los ha presentado.*

**Rubí**: *A eso, pues no sé, se me pasaría.*

**Celeste**: *¿Se te pasaría? No me jodas Rubí, después de contarte ayer todo lo que paso dentro de la habitación de los privados. No crees que era mejor venir prevenida y saber a quién me iba a encontrar.*

**Rubí**: *Las dos sabemos que, si te lo hubiera dicho, habrías estado un en un estado de nervios brutal o incluso te habrías pensado hasta si ir o no. Sabes que tengo razón.*

**Celeste**: *Y me jode que la tengas.*

**Rubí**: *No lo pienses más, lo hecho, hecho está.*

**Celeste**: *Rubí…*

**Rubí**: *Lo sé cariño, lo sé. Estas empezando a sentir algo por él y tienes miedo.*

**Celeste**: *No quiero sentirme así…*

**Rubí**: *En el corazón no se manda cielo, deja que las cosas fluyan y si al final no salen bien, ya se verá que hacemos. Ya sabes cuál es mi lema.*

**Celeste**: "*Nunca te arrepientas de lo que hiciste, sino de lo que dejaste sin hacer".*

**Rubí**: *Exactamente. Si Cristian es el hombre que el destino tiene asignado para ti, no vas a poder escapar de él. Ahora la pregunta que te tienes que hacer es: ¿estás dispuesta a arriesgarte y comprobarlo? Tú nunca has sido una cobarde. ¿Vas a serlo ahora?*

Las palabras de Rubí me calaron hondo, estaría dispuesta a arriesgarme, mi cabeza me decía que frenara, que fuera cautelosa y me tomara las cosas con calma, pero mi corazón solo gritaba muy fuerte que no pensara en nada y que saltara al vacío. No todas las decisiones que se toman con el corazón son las más acertadas, pero si las que te hacen vivir una vida más intensa.

**Celeste**: *Rubí… voy a saltar.*

Sabía que ella solo con esas tres palabras me entendió a la perfección, eran muchos años de amistad y las dos nos conocíamos bien.

**Rubí**: *Pues salta y no mires atrás. Si en algún momento el golpe es muy fuerte sabes que estoy aquí para ti, para ayudarte a que duela menos.*

**Celeste**: *Gracias Rubí, te quiero.*

**Rubí**: *Yo también mi niña.*

Guardé el teléfono y después de hacer mis necesidades volví al despacho con Cristian, que al verme entrar me dedicó una sonrisa tan bonita que si quedaba alguna duda de querer saltar se desvaneció en ese momento.

La mañana se nos pasó volando, entre papeles, notas y miradas furtivas observando al otro.

Cuando dieron las dos, recogimos todo y nos dirigimos a la salida acompañados por Diego. Yo había terminado mi jornada, pero ellos saldrían a comer y volverían después para seguir. Cuando llegamos al hall, sin esperármelo ni verlo venir un pequeño torbellino se tiró a mis brazos.

—¡¡¡Mamá!!! — dijo mi hija, muy contenta al verme mientras me abrazaba por la cintura.

# Capítulo 12



**Cristian**

—¡¡¡Mamá!!! —cuando oí ese grito entusiasta de una niña que se acercó a nosotros corriendo y se tiró encima de Celeste, no tuve ninguna duda de quien era.

Cuando se separó de ella y pude verla bien, me quedé sorprendido por el parecido que había entre las dos. Es verdad que Celeste nos había dicho que su hija era su mini yo, pero joder no me esperaba que tanto. Era como ver dos fotocopias una con más tamaño que la otra. El mismo pelo, los mismos ojos verdes con ese brillo especial que desprendían una luz capaz de iluminar cualquier sitio.

—Cielo, ¿dónde está Pili? —le preguntó Celeste a la niña.

—Nos espera fuera para ir a comer, estaba hablando por teléfono con alguien del hospital, algo de un paciente que está chungo o algo así —le contestó mientras nos miraba de reojo a Diego y a mí.

—Vale. Mira, te voy a presentar a mi jefe y su amigo que también trabaja aquí. Ellos son, Cristian y Diego —dijo Celeste, señalándonos—. Chicos, ella es Violeta, mi hija —añadió mientras la acercaba a nosotros.

—Encantado, señorita —le dije, agachándome para ponerme a su altura y extendiendo mi mano para que me la estrechara. Lo hizo ruborizándose, pero me dedicó una sonrisa preciosa. Diego se acercó y se inclinó hacia ella para hacer lo mismo.

—Cristian no se a ti, pero a mí con lo que lleva puesto ya me tiene ganado —dijo mi amigo señalando la camiseta de nuestro equipo de futbol que Violeta llevaba puesta por encima del abrigo.

—A mí con esa sonrisa y esa camiseta me ha robado el corazón, amigo.

—¿Os gusta el futbol? A mí me chifla y a mamá también, no nos perdemos ningún partido. En casa nos ponemos hasta las bufandas para animar —nos dijo a ambos con los ojos brillantes por la emoción.

Vaya eso sí que no me lo esperaba de Celeste, nunca me habría imaginado que le gustara el futbol de esa manera. Que no digo que a las mujeres no pueda gustarle ese deporte. No me malinterpretéis que no soy ningún machista que piense que el futbol es cosa de hombres, simplemente estaba sorprendido porque nunca me había cruzado a ninguna mujer que compartiera esa pasión al mismo nivel que yo. Y eso era otra cosa más para añadir en la lista de cosas que me gustaban de ella, que hasta ahora todas las que había visto me encantaban. No solo era su físico lo que me atraía de ella de una manera incapaz de ignorar, sino también su carácter y su manera de ver la vida.

—Nos encanta pequeña, tampoco nos perdemos ningún partido y también tenemos esas camisetas. Ayer mismo lo vimos en casa de Cristian, se ha comprado una tele gigante en la que se ve de maravilla. Si tu madre quiere, un día podéis venir a verlo con nosotros, ¿verdad Cristian? —me preguntó mi amigo.

—Por supuesto, estaremos encantados de tener otras dos aficionadas a nuestro lado para disfrutar de los goles —le contesté a Diego, pero mirando a la pequeña que se emocionó por nuestra invitación.

—¡Mamá! ¿Los estás oyendo? ¿Podemos ir con ellos? Porfi, porfi —le pidió rogando, juntando sus manos y saltando a la vez.

—Buena la habéis hecho, ahora no dejará el tema hasta que no se salga con la suya y acabé en tu casa viendo el futbol —me susurro Celeste, para que solo la oyera yo, acercando su cara a la mía.

—Estaré encantado de que venga y más encantado todavía si su madre la acompaña —le devolví el susurro, rozando su cuello con mi boca sin que nadie lo viera.

—Cristian… —me dijo con voz ronca poniéndose nerviosa por mi toque.

—No digas nada, sé que te sientes igual que yo, pero ya lo resolveremos en otro momento —pasé la punta de mi lengua por su cuello lamiendo un poco de su piel antes de separarme para mirarla y guiñarle un ojo. Me devolvió la mirada y en ella vi como sus pupilas se habían dilatado por la excitación. Tuve que centrarme en otra cosa porque estaba empezando a ponerme duro y no era plan con su hija delante.

—Mamá, ¿pueden venir con nosotras a comer?  No todos los días puede una comer con dos hombres guapos que además son merengues —cuando le dijo eso a su madre, Diego y yo nos reímos a carcajadas. Coño con la pequeña, vaya peligro tenía y eso que solo tenía seis años.

—Violeta, seguro que ellos tienen sus planes —le contestó Celeste, apurada, seguramente pensando que no querríamos unirnos a ellas.

—No creo que haya mejor plan que comer con dos señoritas preciosas —me apresuré a contestar y Diego asintió dándome la razón.

—Tres —dijo Violeta. riéndose.

—¿Tres? —le preguntó Diego arqueando una ceja, confuso.

—Sí, Pili que es la amiga de mamá, esta fuera esperándonos y también viene. Que después de mi madre es la mujer más guapa que hay en el mundo. ¿Oye, tú tienes novia? Porque a Pili le gustan los rubios y lo mismo podemos emparejaros —Celeste y yo nos miramos y soltamos una carcajada por la cara que puso Diego de flipado al escucharla.

—Anda deja de hacer de celestina y vamos a buscar a Pili, que se estará preguntando porque tardamos tanto —le dijo Celeste, mientras la cogía de la mano para ir a la puerta de salida.

—No te creas que me he olvidado de ti mamá, que para ti me gusta Cristian, se le ve que es un buen tío. Lo mismo él es ese hombre que dice la abuela que necesitas que te quiera mucho y bien.

Cuando la oí decirle eso a su madre, un nudo se me instaló en el estómago. ¿Podría ser yo ese hombre? La respuesta llegó al instante a mi cabeza como un rayo, sí, por supuesto que podría serlo. Eso lejos de asustarme me gusto y mucho.

Salimos a la calle y allí apoyada en la pared había una pelirroja preciosa que al vernos a todos se acercó sonriente. Me reí para mis adentros porque si Violeta había dicho que a esa mujer le gustaban los rubios desde luego cuando mi amigo la viera se iba a quedar con la boca abierta. De siempre Diego había tenido debilidad por las pelirrojas y esta era su tipo cien por cien. Lo miré de reojo y vi que estaba atentó a algo en el móvil, pero cuando Pili se paró delante de nosotros, él subió la cabeza, sus ojos brillaron y yo sonreí complacido sabiendo que había tenido razón en mis suposiciones.

—Hola, chicas, que bien acompañadas venís —les dijo Pili, pero sin apartar la mirada de Diego, que la miraba haciéndole un escaneo completo igual que ella a él.

—Pili, te presento al jefe de mamá, Cristian y esperemos que pronto sea algo más —dijo, señalándome y haciendo a su madre poner los ojos en blanco—. Y él es Diego, tu futuro marido y compañero de trabajo de los dos —Pili abrió la boca de la impresión al oírla y Diego se echó a reír.

—¿Qué dices niña? Anda deja de decir tonterías, que a saber que pueden pensar estos hombres —le contestó Pili apurada, evitando la mirada de Diego.

Mi amigo que siempre había sido un hombre de acción se acercó a ella, la cogió de la cintura para darle dos besos y saludarla. Pero lo que nos quedó a todos alucinados fue lo que le dijo con una seriedad que asustaba.

—La niña no ha dicho ninguna tontería, no sé cómo ni de qué manera voy a hacerlo, pero te juro aquí y ahora que voy a poner todo de mi parte para que sus palabras acaben siendo verdad.

—Joder… —dijo Pili, hundiendo la cabeza en el pecho de Diego. Celeste y yo nos miramos y nos sonreímos cómplices, por el flechazo que acabamos de presenciar.

—Venga vamos a comer, que tengo tanta hambre que parece que tengo un león en la barriga —dijo Violeta, rompiendo el momento mágico que estábamos viviendo.

—¿Dónde vamos? Para que ese león deje de rugir —le pregunté yo cogiéndola en brazos mientras le hacía cosquillas en la barriga.

—Teníamos pensado ir a comer una hamburguesa que a Violeta le gusta mucho, pero lo mismo a vosotros… —no dejé que Celeste terminara la frase, me imaginé por donde iban sus pensamientos.

—Celeste somos tíos sencillos, que les encanta disfrutar de una buena hamburguesa con patatas bien pringadas de kétchup —ella asintió a mis

palabras pidiéndome disculpas con la mirada por haber supuesto otra cosa.

La comida fue una pasada, las hamburguesas estaban buenísimas. Pero la compañía fue lo mejor, Violeta era descarada y divertidísima, Diego y yo nos reímos con ella un montón mientras su madre. se echaba las manos a la cabeza por algunos comentarios de la pequeña. Cuando nos despedimos quedamos que la próxima reunión todos juntos seria para ver un partido en mi casa. Volví a la oficina con una sensación de felicidad en el pecho que no había tenido nunca y con la que estaba encantado.

# Capítulo 13



**Celeste**

Nos despedimos de los chicos en la puerta de la oficina. Antes de irnos Violeta les hizo prometer que el próximo partido lo veríamos juntos. Cristian y Diego aceptaron encantados, me gustó mucho que no lo hicieran por compromiso, sino que realmente vi que les hacia la misma ilusión que a mi hija.

Por el camino hasta casa, Violeta no dejaba de decir lo bien que le habían caído los chicos y lo bien que se lo había pasado con ellos. Lo cierto es que Pili y yo también lo pasamos fenomenal. Eran dos chicos sencillos, divertidos y a pesar del dinero que tenían, no eran de esas personas que miran por encima del hombro a los demás o te lo restriegan en todo momento.

Entramos por la puerta de casa y Violeta entro como un huracán para contarle todo a mi madre.

—¡Abuela! No te lo vas a creer, mi madre y Pili se van a echar unos novios guapísimos —dijo la muy lianta a mi madre, haciéndonos a Pili y a mi poner los ojos en blanco.

—¿Sí? Que alegría, ya era hora. Ven conmigo a la cocina que estoy haciendo galletas de canela y me lo cuentas todo —le contestó mi madre y

se fueron las dos chismorreando a la cocina.

—Voy a quitarme los tacones que me están matando, acompáñame a la habitación allí hablaremos más tranquilas.

Entramos en mi habitación y Pili se sentó en mi cama, saqué ropa cómoda del armario y mientras empecé a quitarme la ropa fui la primera en preguntar, porque la vi muy pensativa y eso me hizo preocuparme.

—¿Qué ha pasado con Arturo, Pili? Llevas un rato muy pensativa. ¿Estás bien? —Me senté a su lado en la cama y le acaricié el pelo.

—Lo dejamos hace tres días Celeste, estaba harta de aguantar. Después de achucharle un poco al final me acabó confesando que lleva meses tonteando con una compañera de trabajo. El muy cabrón no me había dejado porque tendría que irse a casa de su madre a vivir.

—Hijo de puta, le habrás dado un buen repaso porque hay que ser miserable para hacer algo así, eso es egoísmo puro y duro —le dije muy enfadada. Como se había atrevido el muy cabrón a tratar a mi amiga así, como lo pillara por la calle me iba a oír.

—Ni siquiera me enfadé, le dije muy tranquila que recogiera sus cosas y se marchara. La verdad es que me sentí liberada, como si me hubiera quitado un peso de encima. Hoy me he dado cuenta de que lo único que he hecho a su lado ha sido perder el tiempo con un tío que no merecía la pena.

—Te ha gustado Diego, ¿verdad? Por eso estás así —la conocía casi mejor que ella misma y eso era lo que la estaba reconcomiendo.

—Gustar es quedarse corta Celeste, creo que me he enamorado de él con su primera mirada. Me he sentido como si volara cuando me ha agarrado para saludarme. ¿Está mal que sienta esto por un hombre que acabo de conocer cuando no hace ni tres días que lo he dejado con mi novio con el

que llevaba un año? —Dios mío, pobrecilla, se la veía agobiada por sentirse así.

—Por supuesto que no está mal, como se suele decir, en el corazón no se manda y el no entiende de tiempos. Si Diego te gusta de verdad no lo dejes escapar por miedo. Además, te diré que a él le ha pasado lo mismo que a ti solo había que ver como te miraba. Te aseguro que a otras mujeres no las mira así.

—¿Qué quieres decir con a otras mujeres? —me preguntó confundida.

—No los he conocido hoy Pili, les conocí el sábado en el Palladium. Los dos me pidieron juntos un privado. Era la primera vez que iban —le dije tapándome la cara con las manos y resoplando.

—¿Saben que eres Nix? —me preguntó alucinada, porque aparte de ella, Rubí, mi madre y mis compañeras no lo sabía nadie.

—No lo saben y espero que no se enteren. Pero estoy muy rallada, pasó algo allí que me tiene muy preocupada. No con Diego, eso que te quede claro, es más, me apostaría lo que fuera a que después de conocerte hoy ese no pisa más el Palladium en la vida. Fue con Cristian.

—Cuéntamelo todo y después lo analizamos, ya sabes que entre las dos siempre hemos visto las cosas más claras.

Empecé a contarle todo desde el principio, la mirada que cruzamos cuando bajé del escenario y como me había hecho sentir, que era más o menos como ella había descrito su mirada con Diego. Le relaté con pelos y señales todo lo que pasó durante mi baile en la sala de los privados, primero encima de Diego el que me miro sí, pero como podría mirar a cualquier mujer bonita con el deseo del momento por la situación, pero que fue eso, cosa del momento. Estaba tan acostumbrada a ver las miradas de los hombres después de tantos años trabajando allí, que sabia distinguir lo que quería decir cada una de ellas. Le dije lo diferente que había sido para mí

cuando me senté encima de Cristian, como si el resto del mundo hubiera desaparecido y solo fuéramos él y yo. Lo que había pasado al final que me dejo totalmente descolocada, no voy a mentir no era la primera vez que un tío se corría por haberle bailado encima, pero si fue la primera en la que yo me excite por el contacto de uno. Terminé resumiéndole todo lo que había pasado desde que entré en la oficina, las sonrisas, las miradas y los roces que había habido entre ambos, que me tenían loca.

—¿Qué opinas? —le pregunté cuando terminé.

—Que estamos muy jodidas las dos, eso opino. Estas igual de colgada de Cristian, que yo con Diego —nos miramos y nos echamos a reír las dos, no sé si de nervios de felicidad o por la incertidumbre de la que se nos venía encima.

—Eso ya lo había deducido yo sola, pero Pili que pasa si él se entera que soy Nix, no creo que se lo tomé muy bien. Pensará que le he mentido o como mínimo que le he ocultado una información importante.

—Eso no es lo que a mi más me preocupa, si se enamora de ti lo pasará por alto. Lo jodido es como te vas a sentir si quiere algo con Celeste, pero quiere seguir viendo a Nix, por lo que has contado a mí me parece que el tío se ha quedado enganchado con las dos.

—Me cago en la puta, no había pensado en eso —le dije, mientras un regusto amargo me recorría por dentro.

—Lo mismo no vuelve al Palladium —me dijo para animarme, pero en el fondo las dos sabíamos que eso no iba a pasar. Cristian iba a volver y seguramente lo haría pronto y eso era algo que me tenía con el corazón en un puño.

—Dios estoy echa un lio Pili y tengo miedo, si empiezo algo con él, que por sus palabras de esta mañana sé que va a pasar y vuelve al club a ver a Nix, no sé cómo me sentaría eso. Yo sé que somos la misma, pero él no.

¿Eso es como si me engañara con otra mujer? —Los ojos se me llenaron de lágrimas con solo pensarlo.

—No lo pienses, ¿vale? Si llega ese momento ya veremos cómo lo afrontamos, de momento déjate llevar como Celeste. Al fin y al cabo, ella es una mujer real y Nix solo es una tía buena que lo mismo solo le ha puesto cachondo y ya.

—Tienes razón, no voy a empezar a desconfiar y preocuparme por algo que no ha pasado y que no sabemos si pasará.

—Bien, ahora vamos a la cocina, que a saber qué coño le habrá contado Violeta a tu madre. Lo mismo cuando lleguemos están mirando vestidos de novia, porque ya sabes que quiero a tu hija como si fuera la mía propia, pero tienes que reconocer que es una lianta de cuidado.

Las dos salimos de mi habitación riéndonos, porque Pili tenía toda la razón del mundo, tenía una hija de lo más lianta, que lo hacía todo de corazón, sí, pero esa bocaza sin filtro que tenía algún día nos traería problemas.

Allí estaban las dos en la cocina sentadas tomándose una taza de chocolate mientras se comían las galletas que había hecho mi madre.

Violeta seguía con el tema de los novios, mientras mi madre la escuchaba atentamente y sonreía con sus explicaciones y sus ideas descabelladas.

Nos sentamos con ellas y mi madre nos dio las dos tazas de chocolate que tenía preparadas para nosotras.

Esos momentos que solíamos compartir las cuatro eran de lo mejor que había en mi vida, eran especiales donde solo había risas, confidencias y cosas buenas. Las preocupaciones, los miedos y las cosas feas, las dejábamos fuera.

Cuando me metí en la cama esa noche, no pude evitar pensar en él, en Cristian. Ese hombre que había llegado a mi vida como un huracán. Estaba segura de que iba a vivir muchos momentos con él, solo esperaba que todos fueran buenos.

# Capítulo 14



**Cristian**

Nos despedimos de las chicas en la puerta de la oficina y subimos los dos muy contentos hacia mi despacho por el buen rato que habíamos pasado. Violeta me había ganado totalmente, con su carisma, su simpatía, pero sobre todo con su buen humor. Y su madre... esa sí que me tenía completamente embobado.

—¿Quieres un café antes de ponernos al lío? —me pregunto Diego.

—Sí, pero lo cogemos y nos lo tomamos en el despacho, no tengo ganas de encontrarme con cierta mujer que me tiene frito de tanto perseguirme —le contesté resoplando y el soltó una carcajada.

—Es insistente la Raquelita, ¿eh?

—Pesada más bien, joder ya no sé de qué manera esquivarla, que está buena, sí, pero no me interesa —cogimos los cafés de la sala de descanso y nos fuimos a mi despacho para hablar tranquilos fuera del radar de oídos indiscretos.

—A ti la que te interesa es otra o más bien otras, no lo niegues —me dijo, dándome una palmadita en la espalda.

—No lo niego, me gustan las dos. Tienen algo atrayente cada una a su manera —le dije con sinceridad.

—Sabes que no te puedes quedar con las dos —me dijo muy serio.

—Lo sé —le contesté, pasándome las manos por el pelo nervioso y agobiado.

—Solo te voy a decir una cosa, sí vas a seguir yendo al Palladium a ver a Nix. Deja a Celeste fuera de tu vida, creo que es una buena mujer que no se merece que la engañes y le hagas daño.

Sus palabras se me clavaron como un aguijonazo en el estómago. Sabía que tenía razón, pero joder, las dos se me habían metido bajo la piel y no sabía por cual decidirme. Necesitaba volver a ver a Nix, volver a acariciar su piel tenerla otra vez encima de mí, sintiendo como su respiración se aceleraba por mi cercanía. Quería verla bailar, pero que solo lo hiciera para mí y volvernos a sumergir en esa burbuja en la que el mundo desaparecía a nuestro alrededor. Pero también quería conocer más a Celeste, saber de su vida, besarla y hacerla estremecer como cuando había rozado su cuello con mis labios. Diego tenía razón, no podía tener a las dos, ni hacer daño a ninguna. Mi cabeza y mi sentido común estaban de acuerdo con él. Pero mi corazón y el deseo que me hacían sentir las dos me hacían querer estar con ambas.

—Sé que tienes razón, pero estoy muy confundido. Lo mismo la mejor manera de decidirme es conociéndolas un poco mejor a las dos.

—Solo espero que por tu indecisión no te quedes sin ninguna de las dos. Yo me declaro del team Celeste, me gusta mucho para ti, la otra creo que solo es una bailarina que te pone cachondo y eso hace que pienses con la cabeza de abajo, pero, tú mismo. Igual por cuatro bailes y tocarle un poco las tetas pierdes a la mujer de tú vida.

—¿Y a ti que te ha pasado con Pili? —le dije cambiando de tema, porque me estaba calentando mucho la cabeza con sus consejos, que yo se lo agradecía y sabía que lo hacía porque me quería, pero joder necesitaba un respiro.

—Es la mujer de mi vida, lo he sabido en cuanto la he mirado —dijo con una seguridad impresionante.

—Sí no lo veo no lo creo, el tío más mujeriego que conozco ha caído rendido ante una mujer con una sola mirada —me dio por reír porque eso no pensé que pasaría en la vida.

—Supongo que no había conocido a la adecuada, pero Pili lo es. Lo he sentido dentro de mí y no pienso dejarla escapar.

—Me alegro mucho por ti, hermano —le dije con sinceridad.

Diego había sido un mujeriego sí, pero nunca había engañado a ninguna mujer, siempre fue con la verdad por delante y nunca les prometió nada a ninguna. Lo que le había dicho era totalmente cierto y no solo por cumplir. Me alegraba por el de corazón, era un buen hombre que se merecía todo lo bueno que la vida le diera y si eso era al lado de Pili, pues que así fuera.

—Se acabó el descanso y la charla, vamos a currar un rato antes de irnos a casa —dijo dando una palmada en el aire mientras se levantaba para irse.

Trabajamos un par de horas más y dimos el día por finalizado. Nos fuimos juntos para casa, pero esa noche cada uno cenó solo en su casa. Supuse que ambos teníamos mucho en lo que pensar y nada como hacerlo en soledad.

Al día siguiente cuando llegué al despacho parecía que tenía las ideas un poco más claras, la conversación del día anterior con Diego me había hecho

pensar mucho durante la noche. Me centraría en Celeste e intentaría sacar a Nix de mi cabeza.

Entró por la puerta del despacho con una sonrisa que me desarmó, venía preciosa. Llevaba un vestido color verde que hacía que sus ojos resaltaran todavía más de lo que ya lo hacía. Parecía que se lo habían hecho a medida porque le quedaba como una segunda piel marcando todas sus curvas. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta que dejaba su cuello despejado, ese que me tentaba tanto, quería morderlo y lamerlo. Bueno no solo su cuello, quería comérmela a ella entera.

—Buenos días, jefe, ¿qué tal va la mañana? — preguntó, mientras dejaba su bolso y el abrigo en el perchero que teníamos en el despacho.

—Ahora que has llegado mucho mejor, estaba deseando que llegaras.

—¿Tanto trabajo hay? Venga dame uno de esos expedientes que me pongo enseguida con ello —me dijo poniéndose a mi lado, alargando la mano para que le diera alguno de ellos.

No sé qué se me pasó por la cabeza en esos momentos, pero no me pude contener, arrastre un poco la silla para atrás y agarrando su mano tiré de ella para sentarla en mi regazo —me miró con la boca y los ojos muy abiertos antes de decirme.

—Cristian, ¿qué haces?

—Lo que llevo deseando hacer desde el primer momento que te vi y creo que tú también lo deseas.

—Que… —no la dejé hablar más, me lancé a sus labios con ansias.

Al principio se quedó paralizada y muy tensa entre mis brazos esos que rodearon su cintura para pegarla más a mí, pero enseguida se rindió a mí y

me devolvió el beso con pasión. Los dos volcamos en ese beso las ganas que nos teníamos, subiendo la intensidad, envolviendo nuestras lenguas como si lo hubiéramos hecho toda la vida, como si se conocieran y se hubieran echado mucho de menos.

Me arriesgue a ir un poco más allá con miedo a que me retirara de un empujón, pero no lo hizo. Acaricie sus muslos lentamente subiendo la mano hasta llegar a su centro, el que aprete por encima de la braguita que llevaba. La noté húmeda y eso hizo que me pusiera aún más duro de lo que ya estaba. Retiré la tela a un lado, y acaricie su clítoris haciendo círculos y dándole pequeños toques que por los jadeos que dejó en mi boca le estaban gustando tanto como a mí hacérselo. Bajé la parte delantera de su vestido llevándome su sujetador a la misma vez y dejé de besarla en la boca para besar sus pechos esos con los que llevaba soñando desde el día anterior. A la vez que mordisqueé su pezón introduje dos dedos en su interior. Sus jadeos aumentaron a la vez que el movimiento de mis dedos.

—Córrete, Celeste, córrete para mi —al oírme decirle eso, se dejó ir en mis dedos.

Con ella lasa y jadeante en mis brazos, saqué los dedos de su interior y bajo su atenta mirada los lamí saboreando su esencia.

—Deliciosa, pero no me basta con esto, necesito probarlo de nuevo.

La levanté de mí regazo y la senté en la mesa con rapidez, subí su vestido hasta la cintura y de un solo tirón le arranqué las bragas. Puse sus piernas en mis hombros y acerqué mi boca a su vagina para lamerla de arriba abajo, di unas cuantas pasadas antes de introducir mi lengua en su interior y volviéndola a sacar para succionar su clítoris.

—Cristian… no puedo más —me dijo, jadeando sin parar.

Ayudé a mi lengua con mis dedos otra vez para aumentar su placer hasta que se corrió en mi boca, recogí con mis labios y mi lengua toda su esencia

antes de incorporarme.

—¿Estas bien? Cariño —le pregunté antes de besarla en el cuello.

—En la vida había estado mejor.

— A ver si puedo mejorarlo un poco más —le dije mientras me desabrochaba el pantalón y me lo bajaba junto a la ropa interior de un tirón.

—¿Preparada para llegar juntos al cielo? —le pregunté, mientras me introducía dentro de ella lentamente.

—Más fuerte, dame más fuerte —me pidió y eso me encendió todavía más.

No quería ser muy brusco con ella, al menos no la primera vez, pero por cómo me lo pidió vi que necesitaba que la intensidad de las envestidas subiese al igual que me pasaba a mí. Así que aceleré el ritmo y le di fuerte como me había pedido.

—No voy a aguantar mucho más, me aprietas la polla de una forma tan deliciosa que me estas matando de placer.

—Yo tampoco aguantó más voy a correrme otra vez Cris…

Dios ese Cris… acabó de rematarme, oírla llamarme así me pareció tan íntimo y excitante a la vez, que agarré sus caderas y con tres envestidas más los dos llegamos al clímax juntos.

Sin salir de su interior busque su boca para besarla lentamente, ese beso no tuvo nada que ver con el del principio que había sido todo pasión. En ese hubo ternura, cariño y calma.

Cuando nos empezó a faltar el aire nos separamos y juntamos nuestras frentes hasta que nuestras respiraciones y nuestro ritmo cardíaco volvieron a la normalidad.

—Esto ha sido… —empezó a decir, pero yo acabe la frase por ella.

—Una puta pasada, lo sé.

—Iba a decir maravilloso, pero tu descripción también me vale —me dijo, riéndose.

—Celeste sé que a lo mejor no es el mejor momento para decirte esto, cuando todavía estoy dentro de ti, pero necesito hacerlo —me miró con miedo cuando me oyó decir eso, seguramente pensaría que le iba a decir que esto había sido un buen polvo, pero que no quería nada más con ella. Antes de que me dijera nada seguí hablando para aclarar sus dudas.

—No quiero solo sexo, quiero empezar algo contigo, quiero ver hasta dónde podemos llegar juntos, quiero que seas mi pareja y quiero que sepas que estoy loco por ti.

# Capítulo 15



**Celeste**

Mis ojos se llenaron de lágrimas y hundí la cabeza en su pecho soltando un leve sollozo. Él, intentó separarme, pero me aferré más a su camisa. Nunca en la vida me había sentido así, cuando me dijo esas palabras proponiéndome que fuéramos pareja porque estaba loco por mí, sentí tanta felicidad dentro de mí, que no supe gestionarla.

—Celeste, ¿qué ocurre? ¿He dicho o echo algo que te haya molestado? Joder dime algo, estoy al borde del infarto al verte en este estado— dijo, abrazándome fuerte. Su voz denotaba tanta preocupación, qué lentamente alcé la cabeza y lo miré a los ojos para que viera la verdad de lo que sentía reflejada en ellos.

—Lloro de emoción Cristian, saber que quieres tener algo más conmigo y que esto —le dije señalándonos a ambos —no sea para ti solo sexo o un calentón momentáneo me ha hecho muy feliz, porque yo también quiero lo mismo. No soy una mujer que se entrega a cualquiera, aunque te haya podido parecer lo contrario por haberlo hecho contigo nada más conocernos. Es más, deberías saber que desde que me quedé embarazada no había vuelto a estar con nadie —cuando acabé de decirle todo eso me estaba mirando con la boca abierta tan asombrado que tuve que aguantarme la risa al ver su cara.

—¿Hace más de seis años que no tenías sexo con nadie? — asentí con la cabeza y me mordí el labio, un poco avergonzada.

—Así es, solo lo he tenido conmigo misma —cuando le dije eso, vi como sus ojos se oscurecían de deseo seguramente imaginándome, dándome placer a mí misma. Su miembro que aún estaba dentro de mí, volvió a endurecerse y al notarlo contraje mi suelo pélvico por instinto.

—Joder no hagas eso si no quieres que te folle de nuevo —me dijo, soltando un gruñido.

—¿Te has puesto duro, pensado en cómo me toco? Cuando quieras puedo mostrártelo, así no tendrás solo que imaginarlo —no sé de dónde saqué la valentía y el descaro para decirle esas palabras, pero por su siguiente movimiento supe que le había gustado mucho esa nueva faceta mía. Volví a apretarlo con mi interior sabiendo las consecuencias de lo que pasaría continuación.

—Te lo advertí —me dijo, saliendo para volver a hundirse en mi interior de una fuerte estocada.

—Mi turno —le dije, dándole un empujón, haciéndolo sentarse en la silla que estaba a su espalda—. Me toca cabalgar a mí.

Ya no hubo más palabras entre nosotros, solo besos desesperados y calientes en los que nuestras lenguas se buscaban con desesperación, jadeos compartidos y placer, mucho placer hasta que los dos volvimos a tocar el cielo compartiendo un nuevo orgasmo.

—Joder Celeste, en la vida me había sentido así con una mujer. No sé qué me has hecho, pero me tienes totalmente embrujado —dijo, dejando un suave beso en los labios.

—Entonces déjame decirte que los dos debemos ser brujos, porque tú a mí me tienes igual —le contesté, devolviéndole otro beso.

Me levanté de su regazo, y después de recomponernos un poco la ropa y salir por turnos al baño, fuimos a la sala de descanso para tomarnos un café. Allí nos encontramos con Diego, que nada más vernos entrar, nos observó unos segundos y después soltó una risita dejándonos a los dos confundidos.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Cristian, cruzándose de brazos.

—De saber lo bien que lo pasáis trabajando juntos. ¿Habéis mirado muchos expedientes entre beso y beso?, o más bien entre polvo y polvo me atrevería a decir —la carcajada que soltó debió de oírse en todo el edificio, al ver nuestras reacciones. Cristian se apretó el puente de la nariz con dos dedos a la vez que negaba con la cabeza y yo me puse roja hasta la raíz del pelo desviando la mirada sin saber ni donde mirar.

—Joder Diego, la discreción no es lo tuyo, ¿no? —le dijo Cristian, aparentando enfado.

—¿Discreción dices? Pues deberíais aplicaros el cuento, ella trae una cara de recién follada que parece que lleva un cartel luminoso en la frente y tú, joder súbete la bragueta anda. —le dijo sin parar de reír.

Cristian y yo nos miramos y nos sonreímos cómplices. Él disimuladamente se subió la cremallera del pantalón antes de venir hasta mí. Me agarró con un brazo por la cintura y después de guiñarme un ojo, me dio un suave beso en los labios delante de Diego, dejándole claro que tenía razón en todo lo que había dicho.

—¿Entonces estáis juntos? —nos preguntó, mientras se sentaba en la mesa con la taza de café que tenía en las manos.

—Lo estamos —dijo con rotundidad Cristian.

—Me alegro mucho por vosotros chicos, sé de cierta pequeñaja que sé va a poner muy contenta cuando se entere de que su madre se ha echado un novio madridista —sus últimas palabras refiriéndose a mi hija, me hicieron poner los ojos en blanco y soltar un resoplido, pero a Cristian le hicieron reír.

—¿Y qué hay de ti? ¿Vas a pedirle a Pili una cita? — le preguntó mi chico, ahí… mi chico que bien sonó eso en mi cabeza.

—Ya lo he hecho, hemos quedado esta noche para cenar —nos contestó muy contento.

—¿Cuándo se lo has pedido? Ayer estuvimos toda la tarde juntas y no me dijo nada —le pregunté intrigada.

—Ayer intercambiamos los teléfonos antes de que os fuerais y anoche estuvimos hablando casi hasta las dos de la madrugada. Tú amiga me tiene loco Celeste —me dijo sonriendo, pero detrás de esa sonrisa vi miedo en sus ojos como si pensara que yo no lo aprobaría.

—Ella también está loca por ti, nunca la había visto mirar a ningún hombre como lo hizo contigo, se la ve contenta y muy a gusto a tu lado. Y a mí, verla así me hace muy feliz. Me alegro mucho por vosotros Diego. Solo te voy a pedir una cosa, que no le hagas daño por favor.

—No pienso hacerle dañó, para mí no es un capricho o una mujer a la que quiera para echarle cuatro polvos. Quiero mucho más con ella, lo quiero todo para ser más concreto —cuando me contestó eso, me alegré tanto por Pili, que solo me faltó ponerme a bailar allí mismo. Mi amiga no había tenido mucha suerte con los hombres con los que se había cruzado, pero en ese momento y por las palabras que dijo Diego, supe que él era el adecuado y que los dos serían muy felices juntos.

—Vaya, últimamente siempre os encuentro en el mismo sitio. ¿Tú otra vez por aquí? ¿No tienes nada que hacer en tu vida que ahora te vas a pasar las horas muertas sin hacer nada, entreteniendo a los abogados de este bufete? —las palabras que Raquel pronunció nada más entrar en la sala de descanso, cortó el buen momento que estábamos pasando. Conté hasta diez antes de atreverme a contestarle, porque no estaba dispuesta a dejarla que me tratara así, pero cuando abrí la boca para hablar, Cristian levantó la mano parándome y habló el.

—No tengo por qué darte explicaciones de lo que pasa o deja de pasar en este bufete, pero por una vez lo voy a hacer y espero que te queden claras las cosas porque no pienso volver a repetírtelas. Celeste es abogada y mi nueva mano derecha y por si con eso no tienes suficiente información de por qué esta aquí, que sepas que también es mi pareja. Así que te pido, por favor, que la trates con el respeto que se merece. Eres una buena abogada, pero no me temblara el pulso en despedirte si vuelves a dirigirte a ella en esos términos. ¿He sido claro? —madre mía, pensé que le pararía un poco los pies, pero lo que le dijo me quedó con las patas colgando.

—¿Tu pareja? Pero si es una cría a tu lado, estoy segura de que en casa juega hasta con muñecas todavía —nada, que no se cansaba la tía esta, al final me iba a cabrear del todo y me iba a tocar soltarle cuatro frescas.

—Pues mira en eso tienes parte de razón, porque en casa sí que juego con muñecas alguna vez, pero no son mías son las de mi hija —le contesté sonriendo.

—¿Tienes una hija? Joder anda que no eres lista ni nada, te lo has montado bien para enredar a Cristian. Que pasa, que necesitabas un padre para tu hija porque no sabes ni quien es el suyo y te dijiste pues este mismo, que mejor que un abogado con dinero que pueda mantenernos a las dos —sus palabras me hicieron palidecer y apretar los puños al mismo tiempo. Ni me molesté en contestarle, me giré hacia la salida y salí de la sala dando un portazo. Desde fuera pude oír los gritos de Cristian.

—¿Tú de qué vas? Vete al despacho ahora mismo y recoge tus cosas. Te lo he advertido hace menos de cinco minutos y te atreves a insultarla en mi presencia. No tengo claro si eres tonta o estas mal de la cabeza —le dijo Cristian alzando la voz.

—¿No te das cuenta de que solo quiere tu dinero y conseguir un padre para su hija? Seguro que ni sabe quién la dejó preñada. Pudiendo estar conmigo, te enredas con una niña ambiciosa. Tiene que ser muy buena en la cama para que hayas caído en sus redes, pero ya abrirás los ojos y te darás cuenta de que era lo único que merecía la pena en ella. Y allí estaré yo esperándote para que sepas lo que es estar con una mujer de verdad.

—Estoy flipando, de verdad. ¿Pero esta tía de que psiquiátrico se ha escapado? —oí como decía Diego.

—Eso mismo me estaba preguntando yo en estos momentos —le contestó Cristian.

—No me toméis por loca, porque en el fondo los dos sabéis que tengo razón —añadió ella tan tranquila, pensé igual que los chicos, esta tía estaba fatal y seguramente ese día no se había tomado la medicación o algo, porque su comportamiento no era ni medio normal.

—¡Pero qué razón ni que hostias! El padre de su hija murió en un accidente, así que sí sabe quién era. Por otra parte, la edad solo es un número y te aseguro que Celeste es más madura y ha trabajado más en esta vida que algunas personas que le doblan la edad. Tú por ejemplo no le llegas ni a la suela del zapato, no estaría contigo ni, aunque fueras la última mujer de la tierra. No me toques más los cojones y haz el favor de ir a recoger tus cosas y lárgate de mí bufete. Y no se te ocurra volver a dirigirle la palabra a mi mujer, ni siquiera la mires y mucho menos te acerques a ella —su mujer… eso dijo y yo me quedé helada al oírlo llamarme así

—¿Me estas amenazando? —preguntó Raquel indignada.

—De momento es solo una advertencia, pero si no desapareces de nuestras vidas, no dudes que nos veremos las caras en los tribunales. Porque pienso denunciarte por acoso.

—¿Acoso? Pero que dices, yo solo quería estar contigo porque te quiero —me dijo Raquel con voz compungida al ver que no conseguía ablandarme.

—Cuando te insinúas a alguien a todas horas de la manera tan clara que tú lo has hecho y esa persona te dice desde el principio que no, es que no. Y si sigues insistiendo hasta el aburrimiento eso se considera acoso, deberías saberlo siendo abogada.

No quise seguir escuchando más, salí corriendo y me refugié en el baño para intentar calmarme. Solo esperaba que las palabras de Raquel no hubiesen hecho mella en Cristian y pensara que yo podía ser como ella dijo.

# Capítulo 16



**Cristian**

No quise seguir discutiendo con alguien que no merecía ni que le mirara a la cara. Como se había atrevido a hablar de esa manera tan despectiva a Celeste. Pensar que en algún momento me planteé acostarme con ella para quitarme el calentón que tenía encima, es que era para darme de hostias por tonto. Abrí la puerta del tirón y antes de salir de la sala de descanso me giré hacia ella y le dije echando chispas por los ojos por el enfado que tenía.

—Te quiero fuera del despacho en menos de una hora, sino atente a las consecuencias —salí de allí a toda leche, necesitaba encontrar a Celeste y ver cómo se encontraba, lo demás me daba todo igual.

—Cristian, espera joder —me dijo Diego, agarrándome del codo para pararme.

—¿Qué quieres Diego? Tengo que buscar a Celeste, necesito saber que está bien.

—Lo sé, voy contigo, yo también me he quedado preocupado al ver su reacción cuando la puta loca esa ha soltado toda esa mierda por la boca.

—Jefe, Celeste está en el baño —los dos nos volvimos al oír a Rosana dándonos la información que necesitábamos.

—Ha pasado algo con Raquel, ¿verdad? No es que yo sea una cotilla, pero estando en la recepción una ve y oye muchas cosas y esto ya me lo veía venir. Solo hacía falta ver cómo lo miraba y como usted miraba a Celeste, para saber que iba a armar un lio —Diego y yo nos miramos alucinados porque por sus palabras parecía que esto no era la primera vez que pasaba. Pero había algo más en como lo había dicho, ¿miedo?

—Voy a buscar a Celeste que es mi prioridad en estos momentos, pero después te quiero en mi despacho. Creo que tienes información importante que nos puede ser muy útil y lo de hoy se complica más. Y quiero que seas sincera porque veo en tu mirada que hay algo más que no te atreves a decir —Rosana no dijo nada más solo asintió y volvió a su puesto, pero en su mirada los dos vimos lo mismo, esperanza.

Llegamos a la puerta del baño y me importó una mierda si había alguien más adentro, abrí la puerta y la busqué con la mirada. Solté el aire que estaba conteniendo cuando la vi allí apoyada en el lavabo con los ojos cerrados intentando controlar su respiración. Había sentido un miedo atroz a que Rosana estuviera confundida y Celeste se hubiera ido del bufete, menos mal que no fue así. Me acerqué a ella en dos zancadas y la envolví entre mis brazos. Noté como se tensaba por mi toque, pero no me retiré. Acerqué mi boca a su oído y le susurré bajito.

—Amor estoy aquí. Me está matando verte así, háblame por favor —mis palabras y los besos que dejé en su cabeza hicieron que se relajara y la tensión de su cuerpo desapareció antes de abrir los ojos y mirarme.

—Cristian, yo nunca me acercaría a ti por tu dinero o por que quiera un padre para Violeta —que pensara que había podido creer alguna de las gilipolleces que dijo Raquel, me llevaron los demonios.

—Jamás pensaría una cosa así de ti, tú sola te bastas y te sobras para salir adelante sin la ayuda de nadie y creo que desde que nació Violeta, lo has demostrado con creces.

—Ella…—no la deje seguir hablando, solo quería que se quedara tranquila, así que hable yo antes.

—No la veremos nunca más, la he despedido. Tenía que haberle parado los pies mucho antes. Cuando salgamos de aquí, Rosana vendrá al despacho a contarnos algo que sabe. Tengo la ligera sospecha que el comportamiento de esa mujer con nosotros no es un hecho aislado.

—Vamos si quieres, ya estoy más tranquila —me dijo, acariciándome la cara.

—Antes de salir necesito hacer algo para que te quede claro, que nunca pensaré mal de ti. Se que eres una persona sincera que no esconde nada —que me retirara la mirada, aunque fuera por un segundo, me hizo pensar si pasaba algo raro. Pero deseché ese pensamiento enseguida y me lancé a sus labios.

El beso empezó lento, pero enseguida subió de intensidad, tuve que detenerme antes de volver a hacerla mía allí mismo. Diego estaba fuera esperando para saber si ella estaba bien y no era plan que oyera nuestros gemidos.

—Vamos antes de que pierda el control y te empotre contra la pared, Diego esta fuera esperándonos y si nos oye va a estar cachondeándose de nosotros una semana —primero se ruborizo por mis palabras, pero después soltó una carcajada y me dio una palmada en el brazo.

Salimos del baño de la mano y cuando Diego nos vio así sonrió y me preguntó con la mirada si todo estaba bien. Yo asentí y no le hizo falta más para entenderme.

—Celeste, ¿estás bien? —le preguntó a mi chica, acercándola a él y dándole un beso en la frente, al hacerlo Diego frunció el ceño, pero muy seguido sacudió la cabeza como si algo le hubiera resultado raro y quisiera

deshacerse de ese pensamiento. Pero enseguida se recompuso y yo me encogí de hombros sin darle importancia.

—Estoy bien, gracias por preguntar Diego —le contestó, apretándole el brazo con un gesto cariñoso.

—¿Vamos a ver que nos cuenta Rosana? Estoy muy intrigado —nos preguntó Diego a ambos.

—No mientas, eso no es intriga es tú vena cotilla saliendo a la luz —le dije, poniendo los ojos en blanco y Celeste se echó a reír al verme.

—Pillado —añadió, riéndose también.

Nos fuimos los tres a mi despacho y una vez allí llamé a Rosana para que viniera en cuanto pudiera dejar la recepción. Seguramente avisaría a algún compañero para que la cubriera el rato que tuviera que estar en mi despacho. No tardó ni cinco minutos en aparecer y parecía bastante nerviosa, cuando entró se quedó de pie mirándonos a los tres y retorciendo sus manos una y otra vez y su vista clavada en el suelo.

—Rosana no estes nerviosa, lo que hables aquí quedará entre nosotros. Ni tú, ni tu trabajo corren peligro —noté enseguida como se relajaba por mis palabras y con mi mano la invité a que tomara asiento al lado de Celeste, que era donde habíamos puesto una silla para ella.

—Tranquila, tómatelo con calma —le dijo mi chica, agarrándola de la mano para infundirle ánimos.

—Bien, empezaré por el principio —dijo cogiendo aire y los tres asentimos.

—Hace unos meses, Raquel se encapricho de Marcos, es uno de los abogados que trabajan aquí —le aclaro a Celeste suponiendo que no sabría

quién era por el poco tiempo que llevaba en el bufete—. Lo persiguió hasta el aburrimiento como ha hecho contigo, hasta que al final el cayó en sus redes. Como sabéis él es casado, ella se aprovechó de eso para tenerlo a su disposición, le ha estado chantajeando desde entonces. Si no se acostaba con ella cuando a ella le apetecía lo amenazaba con enseñarle un video a su mujer en el que salen en su despacho … en fin, ya me entendéis. Un día que yo estaba en el baño los oí discutir porque él estaba harto de esa situación, está enamorado de su mujer y no quiere perderla por un error. Ella se dio cuenta de que yo los había escuchado porque la puerta estaba abierta. Desde entonces empezó mi calvario —tuvo que parar porque sus ojos se llenaron de lágrimas y segundos después empezaron a caer por sus mejillas.

Celeste la abrazó y le susurró palabras de ánimo y consuelo que Diego y yo no llegamos a entender, eso pareció funcionar y minutos después Rosana pudo seguir con su relato.

—Raquel me amenazó con hablar mal de mí a don Antonio para que me despidiera, ella sabía que yo no podía perder el trabajo. Mi madre está enferma y no puede trabajar, solo somos nosotras, así que mi sueldo es fundamental para poder mantenernos a las dos. Además de mi silencio, me hacía tener que ponerla al tanto de todos los movimientos de Marcos, horas que salía y entraba, con quien tomaba café, quien lo llama… ese tipo de cosas. Y desde que tú has llegado al bufete me ha obligado a vigilarte e informarla de la misma manera. No puedo más —dijo llevándose las manos a la cara. Llevo días buscando otro trabajo y en cuanto lo encuentre me marcharé.

—Valiente hija de puta, esa tía esta de psiquiátrico, si teníamos alguna duda acaba de disiparse —dijo Diego muy enfadado.

—Rosana, no hace falta que busques otro trabajo, sé por mi padre que aquí haces muy bien el tuyo y yo también estoy de acuerdo con él. Por Raquel no tienes que preocuparte más, hace un rato que la he despedido, no volverá a molestarte más. Y con Marcos hablaré cuando acabemos aquí, le ofreceré mi ayuda a ver cómo podemos solucionar su problema.

—¿Puedo quedarme? Sé que lo que he hecho no está bien y si tienes que despedirme lo entenderé perfectamente —me dijo avergonzada.

—Por supuesto que no voy a despedirte, cualquiera en tu situación habría hecho lo mismo. Tus circunstancias te obligaron a ceder ante ella ¿Tú quieres quedarte?

—Sí, sí quiero quedarme, estoy muy contenta trabajando aquí.

—Pues asunto zanjado y muchas gracias por contarnos todo. Para ti ha sido una liberación, pero para nosotros también. Gente toxica como esa mujer no la queremos en el bufete.

Rosana me dio las gracias unas cuantas veces más y mientras Celeste se la llevaba a la sala de descanso para que tomara una infusión y acabara de tranquilizarse. Diego yo fuimos al despacho de Marcos.

Cuando nos vio entrar no se imaginaba cuál era el motivo por el que habíamos ido, pero cuando le dije que sabía lo que le estaba haciendo Raquel, se derrumbó.

Nos contó lo que más o menos nos había dicho Rosana, pero en versión extendida, el pobre hombre estaba desesperado y no sabía cómo salir del lio en el que se había metido por un calentón sin perder a su mujer.

Cuando le dije que la había despedido, respiro tranquilo. Después de hablar largo y tendido. Quedamos en que si seguía acosándolo tomaríamos medidas legales, aunque teníamos la esperanza de que como ya no se verían a diario, Raquel se olvidara de él y lo dejara en paz.

Por fin llegó la hora de salir y todos suspiramos al cruzar la puerta de la calle. Había sido un día intenso y todos teníamos ganas de llegar a casa y

descansar. Bueno, Diego no pues se marcharía a su cita con Pili, por la que estaba emocionado y nervioso casi al mismo nivel.

Celeste y yo nos despedimos en la puerta del bufete con un beso en los labios y la promesa de hablar por teléfono antes de acostarnos.

Antes de dormirme aquella noche, la imagen de lo vivido en mi despacho con Celeste gimiendo encima de mí, volvió a mi mente y me hizo sonreír, pero antes de caer en un profundo sueño la última imagen en mi cabeza fue la de Nix, y eso me hizo darme cuenta de que no iba a ser tan fácil sacarla de mi cabeza como yo había creído.

# Capítulo 17



**Celeste**

Habían pasado dos semanas desde que Cristian y yo empezamos juntos. Me sentía plena y feliz. Todo marchaba sobre ruedas en el trabajo y fuera de él.

Las horas compartidas en el despacho fueron mágicas, trabajamos no os penséis, porque la montaña de expedientes que tenía en su mesa bajó bastante. Pero también hubo besos, confidencias, risas y sexo, de eso también hubo mucho.

Cuando se lo conté a mi madre y a mi hija, sobre todo esta última, se pusieron contentísimas. Mi madre solo me dijo que si el me hacía feliz que no pensara en nada más y que dejara que las cosas siguieran su curso. Y mi hija, puf… mi hija, esa sí que estaba encantada. Me preguntaba a todas horas por él y hasta hablaron por videollamada alguna noche. Cristian le había recordado que teníamos que ver un partido juntos y como esa semana le habría el domingo, entre los dos planearon que iríamos a su casa a verlo. Diego y Pili también nos acompañarían, hasta quiso invitar a mi madre, pero esta tenía planes con una amiga y dándole las gracias le dijo que para otra ocasión. Violeta no dejaba de contar las horas que faltaban hasta el domingo, incluso preparó en una mochila todo lo que quería llevarse.

A Diego y Pili les fue de maravilla en su cita en la que acabaron en la casa de ella y desde entonces todos los días, Diego había dormido con ella.

Mi amiga estaba radiante, el brillo que tenía en sus ojos, ese que reflejaba lo enamorada que estaba le sentaba de maravilla.

Todo iba de maravilla menos una cosa, mi trabajo en el Palladium. Que no es que me fuera mal allí, nada más lejos de la realidad. Lo que me pasaba es que estar ocultando a Cristian que yo era Nix me estaba destrozando por dentro. Sabía que tenía que contárselo, pero no había encontrado el momento. O sí lo había hecho, pero mi cobardía y mi miedo a perderlo cuando se enterara de la verdad me echaba para atrás.

Como ya comenté reduje los días en los que seguiría trabajando allí, de jueves a domingo. Lo primero que hice el primer día que volví después de empezar con Cristian fue hablar con Rubí y contarle todo lo que estaba viviendo con él. Se alegró muchísimo por mí, ya sabía de antemano que lo haría, ella había sido la que me animó a lanzarme al vacío para que le diera una oportunidad a Cristian y a mí misma.

Rubí al igual que Pili, me habían aconsejado lo mismo, que le contara la verdad de mi otro trabajo cuanto antes. Sabía que tenían razón y les prometí que de esa semana no pasaría.

Hasta que me decidiera a hacerlo os preguntaréis que le decía a él para no vernos esas noches que yo trabajaba, eso fue sencillo él sabía que yo era camarera y que no había dejado de momento mi trabajo y ahí es donde se suponía que iba, cuando me preguntó en que bar era para pasarse a tomar una copa. Le dije que prefería que no lo hiciera porque mi jefa era una gruñona a la que no le gustaba que nadie de nuestro circulo nos visitara, porque lo único que hacían eran entretenernos y no nos dejaban hacer bien nuestro trabajo, se quedó conforme y no me volvió a preguntar.

Había algo dentro de mí que me tenía preocupada, no se lo había comentado a ninguna, pero la manera en la que Cristian me toco y me miró siendo Nix, no fue una mirada cualquiera. Era la misma que tenía cuando me tocaba o me besaba en el despacho y en esa mirada no había solo deseo había algo más profundo. Él no había vuelto por el Palladium, así me lo

había hecho saber Rubí y también lo había podido comprobar los días que yo había estado allí. Pero algo dentro de mí me decía que él iba a volver, por eso a lo mejor mi subconsciente no me había dejado tampoco contarle la verdad, porque quería comprobar si de verdad solo estaba yo como Celeste en su vida y era por la única por la que sentía algo, o también lo sentía por Nix. Si eso era así tenía claro que no quería estar con un hombre que quisiera estar con dos mujeres.

Aparté esos pensamientos de mi cabeza que tanto daño me hacían y me bajé de la moto. Sin quitarme el casco entre por la puerta de atrás como hacía siempre. Era sábado el día y como siempre estaría hasta los topes, cuando eche un vistazo a través de la cortina de separación que había entre el pasillo de los vestuarios y la sala resople, no me había equivocado, estaba hasta la bandera de hombres, ni una sola mesa libre y la barra llena también.

La noche fue avanzando con lentitud, solo me quedaba el tercer y último baile de la noche y podría irme a casa, estaba tan cansada que necesitaba pillar la cama con urgencia.

Por fin llegó mi turno y salí al escenario, para esa ocasión elegí de gata, que sabía que a los clientes les encantaba. Casi al final del número en uno de los giros cuando levanté la cabeza y centré la mirada al frente, el mundo se me vino encima. En la barra apoyado estaba Cristian sin despegar los ojos de mí, siguiendo mis movimientos como si estuviera hipnotizado. No sé cómo fui capaz de acabar de bailar sin caerme, porque el tembleque que me entró en las piernas me hizo desestabilizarme un par de veces. Cuando la música llegó a su fin saludé dando las gracias por los aplausos y eché a correr al vestuario. Abrí la puerta y allí estaba esperándome Rubí con cara de preocupación.

—Niña… —No la dejé seguir me lancé a sus brazos y me eché a llorar.

—Rubí ha venido, yo tenía razón, lo sabía —le dije entre sollozos.

Me apartó de sus brazos y después de quitarme la máscara que llevaba puesta, me limpió las lágrimas con los pulgares, volvió a abrazarme y dejó que me desahogara todo lo que me hizo falta. Cuando vio que mi llanto había cesado y mi respiración recobró su ritmo normal, volvió a separarme y me llevó al sofá que teníamos allí. Nos sentamos las dos y me pasó una botella de agua antes de hablar.

—Explícame eso de que tenías razón, ¿A qué te refieres? — cogí aire y lo solté de golpe antes de hablar.

Le conté lo que me estaba corroyendo por dentro, pensando de Cristian sentía algo por Nix, que era algo que había pensado desde el principio, por cómo me miró en el baile privado. Las dudas que tenia de si sentiría algo por las dos y a la conclusión que había llegado ese mismo día en el que me había dado cuenta de que mi miedo a decirle la verdad no era solo porque se enfadara por él engaño. Sino que no lo había hecho porque en el fondo estaba esperando saber si volvería por el Palladium a ver a Nix.

—No se puede estar enamorado de dos personas a la vez, Celeste, además lo mismo solo ha venido a ver los bailes de todas y no solo a ti. Con eso no quiere decir que no sienta nada por ti, sabes que muchos de los hombres que vienen aquí están felizmente casados, pero les gusta alegrarse la vista de vez en cuando —me dijo Rubí, mirándome con preocupación.

—Lo mismo no está enamorado de ninguna y lo que siente es deseo por ambas —le contesté pensativa.

—Eso no lo sabrás hasta que no le digas la verdad o hasta que lo compruebes por ti misma —no sabía que quería decir con eso, iba a preguntárselo, pero la puerta se abrió y ya no pude hacerlo.

—Celeste preguntan por ti, un hombre guapísimo quiere un privado —me dijo Gema, asomando la cabeza por la puerta.

—Dile que estoy en cinco minutos por favor —mi compañera asintió y cerró la puerta dejándonos solas de nuevo.

—Mira, ahora cobra sentido en mi cabeza lo que me has dicho de comprobarlo por mí misma —le dije a Rubí y ella me miró con lástima.

—No sabes si es él.

—Las dos sabemos que lo es Rubí, aunque me cueste el trabajo y mi amistad contigo necesito comprobar hasta donde es capaz de llegar. Te lo digo porque lo mismo tengo que saltarme tu norma más sagrada.

—Si necesitas hacerlo, no seré yo quien te lo impida, esto quedará entre nosotras. Sabes que te quiero como si fueras mi propia hija. Y si tengo que dejar que te saltes las normas para decidir tú futuro, que así sea.

—Yo también te quiero Rubí —le dije, abrazándola—. Solo espero estar equivocada en mis sospechas porque como no sea así, hoy me romperán el corazón por primera vez.

—Si caes, ahí estaré para ayudarte a levantarte de nuevo. De amor no se muere nadie cielo. Aunque los golpes duelen no te voy a mentir.

—Si esta noche se deja llevar con Nix, me quedará claro que a Celeste no la quiere como le ha hecho creer todos estos días atrás. Una cosa es que te engañen por un calentón o estando de alcohol hasta las cejas en un momento de debilidad y otra muy distinta es ir tu a buscarlo.

—Pues venga, sal a comprobarlo, lo que tenga que pasar que sea cuanto antes.

—Ayúdame a elegir que ponerme, no tengo la cabeza ni para eso.

—Tranquila, ve lavándote la cara y poniéndote la máscara que yo voy eligiendo la ropa.

Rubí eligió uno de los muchos vestidos vaporosos que tenía y para debajo un conjunto de lencería de los provocativos que tenía. Cuando estuve lista Rubí me dio un último abrazo y me deseó suerte. Pero esto ya no se trataba de suerte pensé para mí, sino de una elección. La de él y la mía.

# Capítulo 18



**Celeste**

Salí caminado lentamente hacía el pasillo de las habitaciones de los privados y allí estaba él, esperándome. Con las manos en los bolsillos del pantalón apoyado en la pared y el semblante serio, pero con la mirada llena de deseo y determinación.

Intenté tragar saliva, pero fue imposible. El nudo que tenía en la garganta apenas me dejaba pasar el aire los nervios y la incertidumbre que tenía dentro de mí, por lo que pudiera pasar en la habitación cuando estuviéramos a solas, hizo que mi cuerpo se tensara de tal manera que parecía un palo.

—Buenas noches, Cristian —le dije, sin mirarlo a los ojos cuando llegué a su lado.

—Buenas noches, Nix. Estas preciosa, como siempre —me contestó, recorriendo todo mi cuerpo con su mirada, esa que se oscureció por el deseo.

—¿Hoy vienes solo? —le pregunté, mientras con la mano le pedí que me siguiera.

—Sí, mi amigo no creo que vuelva por aquí —cuando dijo eso le salió una sonrisa de medio lado.

—¿Por qué? ¿No le gustó la experiencia? —a ver por dónde me salía con su explicación.

—No es eso, sí que le gustó, pero es que se ha echado novia y está enamorado. Para él, volver sería como faltarle el respeto.

—Es un buen hombre entonces. ¿Y tú, no tienes pareja? —primera prueba de fuego, me quedé con el corazón encogido y expectante por conocer su respuesta.

—No tengo pareja, hay una mujer con la que me he acostado alguna vez, pero nada reseñable, ni serio —sino hubiera habido música os juro que se habría escuchado en todo el local como mi corazón se rompía en esos momentos. “Aquí tienes tus dudas resueltas Celeste”, me dije a mí misma.

Haría el puñetero baile y todo lo que él quisiera, si era la última vez que íbamos a estar juntos lo disfrutaría tanto como él. Porque decidí que después de lo que me había dicho no iba a volver a tenerme de ninguna manera, ni como Nix, ni como Celeste. Las palabras bonitas, las promesas, los momentos compartidos y las miradas de cariño. Todo eso no había sido real por su parte, solo fue la manera de encandilarme para que me acostara con él mientras trabajábamos, quedo claro quién era la que ocupaba su mente.

—¿Quieres una copa antes de empezar? —le pregunté. cuando entramos en la habitación.

—No gracias ya he tomado una fuera y luego tengo que conducir —mira, por lo menos era responsable en ese sentido.

—Entonces vamos a empezar ya, siéntate en la silla por favor. Hoy vamos a empezar de diferente manera y quítate la chaqueta estarás más cómodo —le dije sonriendo.

Hizo lo que le dije sin apartar su mirada de mí, sé quitó la chaqueta y la dejó en un lateral del sofá. Caminó lentamente hasta la silla que había colocado en el centro de la habitación y se sentó mirándome expectante mientras yo ponía la música.

Me acerqué con movimientos sugerentes hasta él y lo vi tragar saliva y relamerse los labios. Sin dejar de bailar le acaricié el pelo, la cara y los hombros, di un paso más allá y me senté encima de él a horcajadas, todavía con toda mi ropa puesta. Comencé un balanceo lento encima de él, notando como su dureza se hacía más grande por momentos. Desabroché los botones de su camisa uno a uno dejando su pecho al descubierto, agaché la cabeza y lamí sus pectorales de arriba abajo deteniéndome en sus pezones para morderlos.

Como habréis supuesto esto solo lo hice porque era él, jamás a ningún cliente le había tocado de esa manera y mucho menos ni mi lengua ni ninguna otra parte de mi cuerpo les había rozado nunca.

Me puse de pie y agarrando sus manos las llevé hasta mi espalda pidiéndole que me bajara la cremallera del vestido. Cuando el vestido cayó a mis pies mis pechos cubiertos por un sujetador de encaje transparente de color negro quedaron a la altura de su cara. En su cara vi reflejadas las ansias que tenía por tocarme.

—Hazlo —le dije en un susurro.

—¿Estas segura? Me muero de ganas te lo aseguro, pero no quiero que tengas problemas por mi culpa —mira que, considerado, pensaba en mi trabajo y todo

—Por ti y solo por ti, por primera vez me voy a saltar las normas —le dije acercando mis pechos a su cara, rozándole la boca con ellos.

—Soy un privilegiado entonces y eso tiene que ser por algo. Se que me deseas igual que yo a ti, ha sido así desde que nuestras miradas se cruzaron por primera vez —no le contesté, que podía decirle si llevaba razón en todo, así que solo asentí y eso fue lo último que le hizo falta para empezar a tocarme.

Acarició mis pechos varias veces por encima del sujetador, eché mi mano a la espalda y lo desabroché para que pudiera tocar mi piel sin ningún obstáculo. Como yo había hecho minutos antes con él, acercó su boca y empezó a jugar y mordisquear mis pezones de una manera tan deliciosa que me hizo estremecer y jadear a la vez.

La música cambio el ritmo y decidí que también era el momento de cambiar el mío. Me separé lentamente y Cristian me miró anhelante como si le hubiera quitado el mejor manjar del mundo de la boca. Le agarré de las manos y tiré de él para llevarlo al sofá. Antes de que se sentara le quité la camisa. Con una de mis manos le acaricié todo el torso y con la otra empecé a tocar su miembro por encima del pantalón, los gruñidos que salían de su boca me dejaron claro lo mucho que le estaba gustando.

—Desnúdate quiero sentir todo tu cuerpo pegado al mío sin ninguna barrera —le dije, acercando mi cara a la suya, aprovechando de paso para morderle y chuparle el lóbulo de la oreja y su cuello.

Mientras yo seguía chupando y mordisqueando él se bajó los pantalones y la ropa interior de un tirón. Se le notaba ansioso por recibir mis atenciones. Quería atención pues la iba a tener. Apoye mis manos en su pecho y lo empujé hacia atrás para que sentara.

Me retiré un poco hacia atrás y empecé a acariciar mi cuerpo, tocándome los pechos a la vez que las prendas que me quedaban que no eran muchas iban cayendo al suelo. Cuando estuve desnuda, me arrodillé en el suelo y eché la espalda hacia atrás, bajé mi mano por mi cuerpo acariciándome hasta llegar a mi centro, pasé mis dedos por el varias veces hasta que los introduje dentro de mí y empecé a moverlos lentamente.

Levanté la cabeza para mirar a Cristian a la cara, quería saber si estaba disfrutando del espectáculo ese que había montado para él. Lo vi que estaba tocándose su miembro con pasadas lentas mientras su mirada seguía fija en mi mano.

Dejé de tocarme y fui gateando hacia él, cuando llegué a su altura acerqué mis dedos a su boca para que los lamiera. Agarró mi muñeca y lamió mis dedos uno a uno, saboreándolos.

—Mi turno de probarte —le dije, apartando la mano que tenía en su miembro.

Agaché la cabeza y pasé mi lengua por su glande a la vez que con mi mano acaricié sus testículos. Después de unas cuantas pasadas más de mi lengua me lo metí entero en la boca y empecé a mover la cabeza lentamente, sus jadeos se acompañaron con mis movimientos durante bastante rato.

—Nix para, para por favor. Me estás dando tanto placer que si no lo haces acabaré corriéndome en tu boca y necesito hacerlo dentro de ti, he soñado con ese momento tantas veces que necesito hacerlo realidad aquí y ahora.

Ni se podía llegar a imaginar el daño que me hicieron sus palabras, que dijera con tanta sinceridad que no había dejado de soñar con follarse a Nix, me hizo pensar que era en ella en quien pensaba cuando me lo hacía a mí en su despacho.

Lo peor de todo es que nos había tenido desnudas a las dos, nos había tocado a las dos y en ningún jodido momento noté ni la más pizca de confusión en su mirada porque pudiera haber relacionado que los dos cuerpos eran los mismos. Eso decía mucho de él, y que el cuerpo de Celeste solo lo había disfrutado pensando que era el de Nix.

Me levanté del suelo y me puse a cuatro patas en el sofá, prefería que me lo hiciera desde atrás, no quería mirarlo a los ojos, no quería ver su mirada de deseo, pero sobre todo no quería que me besara. Algo que no le había dejado hacer en ningún momento de la noche.

Cuando me vio en esa posición no tardó ni un segundo en ponerse detrás de mí y de una sola embestida me lleno entera con su miembro. Empecé a moverse lentamente, pero yo solo deseé que esa tortura acabara de una vez, ahora que ya era tarde me di cuenta de que había sido una idea terrible haber accedido a entrar en la habitación con él.

—Más rápido, más fuerte —le pedí entre jadeos y lágrimas. Esas que corrían por mis mejillas, pero él no vio.

—Voy a correrme Nix, venga córrete conmigo —me pidió acelerando el ritmo.

Un minuto después los dos alcanzábamos el clímax y con él también llegó el final de todo.

Me levanté del sofá viendo por el rabillo del ojo como él se desplomaba agotado intentando recuperar la respiración. Recogí mi ropa del suelo con rapidez y de un cajón saqué una bata de las muchas que guardábamos allí para esas ocasiones. Cristian ni se había movido mientras yo hacía todo eso solo me observaba en silencio.

—Adiós Cristian —le dije, agarrando el pomo de la puerta para abrirla sin mirarle.

—¿Cómo qué adiós? Espera joder, vamos a hablar, no te vayas así —dijo levantándose de un saltó para coger su ropa y ponérsela a toda prisa.

—No creo que haya que hablar nada, todo ha quedado bastante claro al menos para mí.

—Pero para mí no, estoy muy confundido. Quiero saber quién es la Nix que hay debajo de ese antifaz.

—Eso no va a pasar, la mujer que hay debajo de este antifaz está rota —esas fueron mis últimas palabras entes de salir por la puerta.

Corrí hasta el vestuario, me vestí con mi ropa rápidamente, ni siquiera me paré a ducharme. Metí la mascará que había usado esa noche en mi mochila, esa no volvería a usarla nunca más, no podría. Cogí el casco y me lo puse allí mismo. Mandé a Rubí un mensaje para avisarla de que me iba y que ya le contaría todo al día siguiente.

Me monté en mi moto y de un acelerón me marché de allí, sabía que en el estado de ansiedad que me encontraba no podía ir a casa, no quería preocupar a mi madre, así que fui donde la única persona que sabía que me ayudaría a calmarme, Pili.

# Capítulo 19



**Celeste**

Dejé la moto aparcada de cualquier manera en la calle donde vivía mi amiga, la puerta del portal estaba abierta. Ni me molesté en esperar al ascensor, subí corriendo las escaleras y todavía jadeante por el esfuerzo me apoyé en la puerta y llamé al timbre. Cuando Pili abrió la puerta se asustó mucho al verme allí, sobre todo, cuando me miró a los ojos y vio que había estado llorando.

—Celeste, ¿qué ocurre? ¿Tu madre y Violeta están bien? —me preguntó tirando de mi mano para meterme en su casa.

—Ellas están bien. Vengo del Palladium y…—no pude seguir, volví a echarme a llorar.

Pili me cogió el casco de la mano y lo dejó en el suelo antes de rodearme con sus brazos y llevarme al salón para que nos sentáramos en el sofá.

—Pili, ¿quién era? —preguntó Diego, saliendo de la habitación, poniéndose una camiseta, cuando me vio se acercó rápido hasta donde estábamos y nos miró a ambas con cara de preocupación.

Joder en eso no pensé cuando decidí venir a casa de mi amiga. No contaba con que Diego también estaría allí. Me tapé la cara con las manos

antes de hablar.

—Lo siento no pensé que Diego estaba aquí, no quiero molestaros. Será mejor que me vaya —hice amago de levantarme, pero Pili agarró mi mano para que no lo hiciera.

—No te vas a ir a ningún sitio en el estado en el que estás y mucho menos en la moto —me dijo Pili.

—Si queréis me marchó yo para que habléis tranquilas, aunque de corazón te digo que estoy igual de preocupado que Pili al verte así y me gustaría saber que te pasa, Celeste —la preocupación y la sinceridad que noté en sus palabras me dieron el valor para decirle mis siguientes palabras.

—Quédate por favor, confío en ti y espero que lo que os voy a contar se quede entre estas cuatro paredes. Bueno a ti todo porque Pili ya sabe una parte —le dije agarrando su mano para que se sentara con nosotras.

—¿Estas segura? —me preguntó Pili, sabiendo que para mí sería muy difícil revelar a Diego quien era después de lo que pasó el primer día que nos conocimos.

—Sí, después de lo de esta noche ya nada importa —le contesté con resignación.

—¿Ha estado allí? —Asentí —¿Y.…? —Pili no se atrevía a preguntármelo, pero solo con ver mis ojos llenarse de lágrimas de nuevo se imaginó lo que podía haber pasado.

—¿Quién ha estado dónde? Estoy totalmente perdido, podéis hablar claro por favor —dijo Diego, mirándonos a las dos muy serio.

—Voy al baño un momento y cuando vuelva te lo contaré todo, Pili mejor que esté sentado cuando vuelva, ver mi otro yo le va a impactar mucho —

les dije antes de levantarme en dirección al baño para prepararme.

—¿Qué es eso de su otro yo? —oí que le preguntó Diego a Pili.

—Ahora lo verás, solo te pido que seas comprensivo con ella y no la juzgues. También quiero que sepas que no te lo he contado por que no era mi secreto, eso le correspondía a ella hacerlo —le dijo Pili.

Cuando entré en el baño apoyé las manos en el lavabo y cogí aire. Cerré los ojos y conté hasta diez para tranquilizarme, sabía que lo que estaba a punto de hacer sería un impacto para Diego, pero ya no había vuelta atrás. Confiaba en él y sabía que no le revelaría a Cristian la verdad. Como le acababa de decir Pili, eso era algo que tendría que hacer yo. Saqué de mi bolso el neceser que llevaba siempre que iba a trabajar en Palladium el que llevaba varios pares de lentillas negras y me puse unas. Cogí el antifaz que me había llevado de recuerdo y me lo coloqué también. Una vez lista salí al salón y me puse delante de ellos que seguían sentados en el sofá hablando.

Cuando Diego levantó la cabeza y me miró a la cara, se quedó pálido, me miró de arriba abajo unas cuantas veces antes de llevarse las manos al pelo y pasárselas desesperado por él una y otra vez. Después de varios minutos haciendo eso y de que el silencio nos envolviera a los tres por fin estallo.

—¡Joder, joder, joder! ¿Qué cojones está pasando? Decidme que estoy alucinando por favor —nos pidió desesperado.

—Diego… cálmate por Dios —le pido Pili.

—¿Qué me calme? Como voy a calmarme coño, que es Nix. Bueno lo he sabido por las lentillas y la máscara, porque el pelo lo lleva muy diferente. Nunca lo hubiera adivinado, actuáis tan diferente que es alucinante.

—Nix es solo el nombre que usa en el trabajo. Ella es Celeste, la misma con la que has estado hablando hace unos minutos.

—La misma no, que a esta la he tenido en pelotas encima de mí —cuando esas palabras salieron de su boca y se dio cuenta de lo que podrían suponer en su relación con Pili, me miró horrorizado suplicándome con los ojos que lo ayudara.

—Lo sé —le dijo Pili tan tranquila.

—¿Lo sabes? ¿Sabes lo que paso en aquella habitación? —le preguntó él con miedo en la voz y cerrando los ojos como si no quisiera oír las siguientes palabras de mi amiga por miedo a perderla.

—Diego, se todo lo que pasó aquel día y no me importa, nosotros no estábamos juntos. Eras libre de hacer lo que quisieras, todos tenemos un pasado —se acercó a él mientras le decía esas palabras y le dio un suave beso en los labios.

—Dios… pensé que me dejarías después de saberlo —le contestó, abrazándola.

—Claro que no, te quiero Diego. Y ese día no hiciste nada malo, solo disfrutar viendo a una mujer bonita bailar. Que esa mujer sea mi mejor amiga es raro sí, pero nada con lo que no pueda vivir.

—Repítelo —le pidió él, ansioso y cogiéndola de las manos.

—Que no hiciste nada… —cuando la oí de nuevo sonreí porque eso no era lo que Diego quería que le repitiera, pero ella creo que ni fue consciente de lo primero que le había dicho o tal vez sí, pero por miedo no quería volver a decírselo por si el no sentía lo mismo.

—Eso no lo otro, lo primero que me has dicho, necesito oírlo de nuevo —le dijo él.

—Te quiero, puede que tu no sientas lo mismo, pero no pasa nada. Me enamoré de ti en el mismo momento que nos conocimos y no me da miedo reconocerlo —Pili se puso roja hasta la raíz del pelo por sus palabras y de la vergüenza que estaba pasando le apartó la mirada y se levantó para marchase cuando vio que Diego no decía nada, pero es que no podía se quedó totalmente en shock por su declaración.

Ver que Pili se iba a marchar cabizbaja fue lo que lo hizo reaccionar y la agarro rápido de la mano para que no lo hiciera.

—Ven aquí amor —le dijo Diego, tirando de ella para sentarla en su regazo—. Yo también estoy enamorado de ti, te amo más que a nadie en el mundo.

Los ojos de Pili se llenaron de lágrimas antes de lanzarse a sus labios para sellar su amor con un largo beso. Me di la media vuelta para coger mi bolso, pensé que se merecían celebrar su declaración a solas sin que mi propio drama personal les robara ese momento. Cuando me estaba quitando el antifaz para guardarlo en el bolso. Pili fue la primera en hablarme.

—¿Dónde vas Celeste?

—Me voy a casa, mañana ya seguiremos hablando, después de esa declaración creo que necesitáis estar a solas para celebrarlo —le contesté sonriendo.

—Ven aquí Celeste, nosotros tenemos toda la vida por delante para celebrar lo mucho que nos queremos, pero tu necesitas a tus amigos en este momento y no vamos a dejar que te vayas —dijo Diego y Pili asintió estando de acuerdo con él.

Rendida ante sus palabras, me senté en el suelo delante de ellos y con mis primeras palabras la boca de Diego se abrió tanto que era imposible que lo hiciera más.

—Esta noche Cristian ha vuelto al Palladium y ha pedido un privado a Nix.

—Este tío es tonto, me dijo que no volvería —dijo Diego enfadado.

—Eso no es todo, ¿verdad? No solo estás así porque te haya pedido un baile siendo Nix. ¿Qué ha pasado allí dentro Celeste? —me preguntó Pili.

—Cristian y yo nos hemos acostado, bueno yo sí lo he hecho con él. Pero él lo ha hecho con Nix. Porque no sabe que las dos somos la misma.

—¿Qué? —me preguntaron los dos a la vez llevándose las manos a la boca.

Una vez dicho lo peor, contarles el resto fue más fácil, les conté la conversación inicial que tuvimos en la que me dijo que Diego no volvería porque se había enamorado, eso les hizo sonreír a los dos. Que le había preguntado si él no tenía pareja y me aseguró que no, que había una mujer con la que se acostaba de vez en cuando, pero nada reseñable ni serio. La parte sexual me la salté, claro, ni a mí me apetecía recordarla ni a ellos escucharla. Lo que si les conté fue como nos despedimos, como Cristian quería volver porque quería conocer a la Nix que había debajo del antifaz.

Cuando terminé de hablar el silencio que vino después no fue incomodo sino un silencio necesario que cada uno necesitamos para procesar todo lo que acababa de contar.

—¿Qué vas a hacer ahora? Le vas a contar que eres Nix —me preguntó Diego

—¿Para qué?, está claro que a Celeste no la quiere, ya has oído lo que te he dicho, para él solo soy una tía que tiene a mano para echarle cuatro polvos. Y a Nix tampoco la quiere, solo siente un deseo incontrolable por ella.

—Pues fíjate que yo creo que a ti sí te quiere, he visto cómo te mira Celeste —añadió Pili.

—Si quieres a alguien no la engañas, Pili —le dije convencida.

—Creo que todavía no se ha dado cuenta de que te quiere y cuando lo haga se va a arrepentir de lo que ha hecho.

—Eso mismo pienso yo —añadió Diego

—Se que yo también lo he hecho muy mal no contándole la verdad sobre mi trabajo, pero es algo que llevó con mucha discreción desde el principio y que solo cuatro personas lo saben. Pili sabe que este tema me tenía de los nervios porque no sabía cómo abordarlo con él, pero le prometí que de esta semana no pasaría, tenía miedo de que al contárselo no lo entendiera y me echara de su vida. Pero ahora ya da igual, hoy me he dado cuenta de que yo no tenía cabida en esa vida.

—No te precipites Celeste, creo que deberías esperar y ver que hace él a continuación —me dijo Pili.

—Déjame hablar con él antes de acabar con todo, Celeste —me pido Diego rogando—, estoy seguro que Cristian te quiere.

—Mañana hemos quedado en su casa para ver el futbol, ¿vas a ir?

—Tengo que ir Pili, si le digo que no vamos a Violeta, querrá saber por qué y mi madre también y no quiero que sepa lo que está pasando, no quiero que se preocupe por mi más de lo que ya lo hace. Haré de tripas corazón e iremos.

—Nosotros estaremos allí y te ayudaremos —dijo Pili y Diego asintió, apoyándola en sus palabras.

—Gracias por todo chicos, sobre todo a ti Diego, sé que te he puesto en un compromiso desvelándote lo de Nix.

—No te preocupes por eso, bastante lio tienes encima —asentí y les sonreí a los dos.

—Me marchó ya chicos, necesito descansar y pensar en todo esto.

Me levanté del suelo y recogí mis cosas, les di un beso y un abrazo a cada uno y después me coloqué el casco antes de salir por la puerta.

Menos mal que cuando bajé la moto seguía en el mismo sitio, solo me hubiera faltado que se la llevara la grúa por haberla dejado aparcada de cualquier manera, hubiera sido la guinda del pastel para terminar una noche de mierda.

Entré en casa sin hacer ruido como hacia todas las noches, ni siquiera me quité la ropa, me lancé encima de la cama y acurrucada contra la almohada, lloré y lloré hasta que el sueño me venció.

# Capítulo 20



**Cristian**

Cuando salió de la habitación y me dejó allí solo, me senté en el sofá y hundí la cabeza entre mis manos, al cerrar los ojos la primera imagen que se me vino a la cabeza fue la de Celeste. Y fue como un mazazo en el estómago porque en ese momento mi mente se aclaró de golpe. Lo que había sentido por Nix había sido obsesión y deseo, pero lo que sentía por Celeste era muy distinto. Estaba enamorado de ella, había hecho falta que me comportara como un miserable para darme cuenta. ¿Cómo había podido engañarla? Joder iba a perderla por un revolcón con una mujer de la que no conocía ni su rostro.

Salí de allí abatido hacia mi coche, necesitaba hablar con Diego y contarle la cagada que había hecho, necesitaba su consejo y su ayuda. Pero eso tendría que esperar hasta el día siguiente, sabía que no estaba en casa porque me había dicho por la tarde que pasaría la noche con Pili.

Llegué a casa y los remordimientos que tenía dentro no me dejaban en paz, me metí en la ducha y me enjaboné todo el cuerpo con saña, necesitaba quitarme de encima el olor de Nix. Estuve bajo el agua por lo menos una hora. El olor se fue, pero no el dolor que sentía en el pecho pensando en Celeste y en como le había fallado.

Me tumbé en la cama mirando el techo sin dejar de dar vueltas a todo en mi cabeza hasta que al final me derrumbé y me eché a llorar como un crio pequeño. Así estuve ni sé el tiempo hasta que el sueño me venció.

Esa noche dormí poco y mal, toda la noche dándole vueltas a lo mismo. Cuando amaneció me levanté arrastrando los pies hasta la cocina y rebusqué en todos los cajones una pastilla para el dolor de cabeza, menos mal que siempre solía tener una caja para estos casos.

Con un café en la mano me senté en el sofá y puse la televisión, no porque tuviera ganas de ver nada, pero por lo menos me distrajo un rato. Dos horas después ya no podía parar quieto y decidí escribir a Diego a ver si ya estaba levantado y podíamos vernos.

**Cristian**: *Hola tío, ¿estás despierto?*

**Diego**: *Buenos días. Sí, hace rato que estamos levantados, estamos desayunando churritos.*

**Cristian**: *¿Podemos quedar dentro de un rato?, necesito hablar.*

**Diego**: *¿Estás bien?*

**Cristian**: *No, pero no quiero hablar por aquí. Pero si tienes planes con Pili puedo esperar, no te preocupes.*

**Diego**: *No teníamos planes, además, ella es mi chica, pero tú eres mi mejor amigo, si me necesitas sabes que siempre puedes contar conmigo. En media hora estaré allí, lo que tardo en terminar de desayunar y vestirme.*

**Cristian**: *Muchas gracias, Diego. Aquí te espero.*

**Diego**: *No me des las gracias joder, tú también estás siempre para mí. Venga, en nada nos vemos, tranquilo.*

Mientras llegaba Diego recogí un poco la casa y puse una lavadora, cuando fui a meter la de la noche anterior, me lo pensé mejor y la tiré a la basura. No quería tener en casa nada que me recordara lo desgraciado que había sido.

Diego llamó al timbre veinte minutos después de que habláramos, sí que se había dado prisa en venir. Seguro que estaría preocupado, siempre habíamos sido más que amigos, éramos hermanos no de sangre, pero sí de corazón.

—Vaya cara que tienes macho, ¿no has dormido? —me preguntó en cuanto le abrí la puerta.

—Casi nada, además me duele mucho la cabeza.

—¿Estás enfermo?

—No, lo que estoy es muy jodido. Ayer hice la mayor cagada de mi vida Diego.

—¿Qué hiciste? —me preguntó receloso.

—Fui al Palladium a ver a Nix —le contesté, tapándome la cara con las manos.

—Tío, yo pensé que el encaprichamiento con esa mujer se te había pasado. Se te veía muy bien con Celeste.

—Yo también pensé que se me había pasado, pero ayer no sé qué cojones me pasó, que fui a verla. Pero eso no es lo peor.

—Cristian…

—Me la tiré en la sala de los privados Diego, la he jodido bien por esto voy a perder a Celeste.

—Yo pensé que la querías, pero ya veo que no es así. Celeste es una buena mujer que no se merece que la engañes.

—¿Y crees qué no lo sé? No es solo una buena mujer, es la mejor para mí. La quiero Diego, estoy enamorado de ella. Me di cuenta ayer, al ver lo mal que me sentía por lo que había hecho.

—Tarde, te diste cuenta tarde. ¿Mereció la pena? —me dijo negando con la cabeza.

—No te voy a mentir, lo disfruté, pero la sensación que me quedó al terminar era de sentir asco de mí mismo. Yo pensé que lo de Nix era algo más que deseo, pero estaba totalmente equivocado. No había nada más.

—¿Qué piensas hacer? Porque sabes que las mentiras y más una de este calibre tienen las patitas muy cortas. Seguramente el Palladium estaba hasta los topes y muchos de los hombres que estaban allí te reconocieron. Sabes que la gente habla y en cualquier momento puede llegar a oídos de Celeste.

—Voy a contárselo, le explicaré como me sentía respecto a esa mujer y le pediré perdón de rodillas si hace falta. No quiero perderla Diego, es la mujer de mi vida —le dije con lágrimas en los ojos.

—Me parece muy valiente por tu parte, apenas habéis empezado la relación y hacerlo con mentiras es lo peor. Intentaré echarte un cable —me dijo, dedicándome una sonrisa que iba cargada de comprensión.

—Tengo que hablar con ella hoy mismo, voy a llamarla ahora a ver si puede quedar —le dije decidido.

—Cristian, esta tarde va a venir con su hija a ver el futbol. La niña lleva soñando con eso días. Si quedáis ahora y las cosas salen mal, fastidiarás el día a Violeta también. Déjalo para cuando acabe el partido, Pili y yo nos llevaremos a la niña y os dejaremos solos para que habléis tranquilos. Además, así tienes el resto del día para pensar que le vas a decir. Es mejor no hacer las cosas en caliente.

—Tienes razón, no quiero desilusionar a Violeta también, bastante la he cagado con su madre, como para añadir otra cagada más a mi lista.

—No te castigues tanto, todos cometemos errores —me dijo, dándome una palmada en la espalda.

—Es que solo de imaginar la cara que va a poner cuando se lo diga, me está matando.

—Lo mismo te sorprendes y te entiende mejor de lo que crees —me dijo, apartando la mirada.

Me dio la sensación de que se me escapaba algo. Como si Diego supiera algo que yo no, pero no quise preguntarle, estaba seguro de que llegado el momento me contaría lo que fuera.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué tal con Pili? —le pregunté cambiando de tema, a ver si con eso, me calmaba un poco.

—De maravilla, anoche nos declaramos los dos. Nos dijimos lo que sentíamos el uno por el otro. Y después lo celebramos por todo lo grande —como me alegraba por él, aunque también sentí una punzada de envidia. Ojalá se me arreglaran a mí las cosas y pudiera ser tan feliz como él.

—Me alegro muchos por ti. Bueno por los dos —le dije con sinceridad.

—Gracias, sé que de verdad te alegras.

Estuvimos charlando un rato más, del despacho de Pili y de mis padres. El Tema de Celeste no volvió a salir y yo se lo agradecí, estaba saturado y necesitaba pensar por un rato en otras cosas.

A la hora de comer Diego se marchó a buscar a Pili, iban a comer con unos compañeros del hospital donde ella trabajaba. Y yo me metí en la cocina a preparar varias cosas para cuando vinieran todos a ver el futbol. Por lo menos haría que Violeta se lo pasara bien y disfrutara de una buena merienda.

# Capítulo 21



**Celeste**

—Mami, mami hoy es el día que vamos todos a casa de Cristian a ver el futbol —me dijo mi hija saltando en mi cama.

Me giré para ver la hora que era en el reloj que tenía en la mesilla con los ojos entrecerrados, apenas podía abrirlos. Entre el sueño que tenía y lo que me dolían por todo lo que había llorado el día anterior.

—Violeta hija, no son ni las ocho de la mañana, ¿qué haces ya levantada? —le contesté cuando pude ver la hora que era.

—Estoy nerviosa mama, tengo muchas ganas de ir allí con vosotras y con los chicos. Lo vamos a pasar fenomenal —me dijo excitadísima, sin dejar de saltar en mi cama.

—Sí, pero hasta dentro de unas horas no iremos. ¿Quieres meterte aquí conmigo y dormimos un poco más? —le dije, abriendo el edredón para que se metiera conmigo en la cama. Era algo que le encantaba y hacíamos de vez en cuando. Solo esperaba que aceptara porque estaba agotada y necesitaba dormir un poco más.

—Sí, sí quiero, sabes que me gusta mucho dormir contigo. Además,

así se nos pasara más rápido el tiempo —me contestó y suspiré aliviada al ver que aceptaba.

Se acurrucó contra mí bajo las sábanas y la apreté contra mí. Mi hija era mi vida entera y en momentos como esos para mí no existía nada más. Era mi persona vitamina, esa por la que me levantaba cada mañana, la que siempre me sacaba una sonrisa, aunque por dentro solo quisiera llorar. Todo lo que había hecho y seguía haciendo lo hacía por ella, para que pudiera tener un buen futuro.

Dos horas estuvimos allí juntas, ella se quedó dormida enseguida en cuanto le estreché entre mis brazos. A mí me costó un poco volver a coger el sueño, pero sí que pude dormir algo, con eso me bastó para levantarme un poco menos cansada.

Después de desayunar le propuse a Violeta bajar al parque, seguramente estarían sus amigos y a ella le encantaba que fuéramos las dos con ellos a jugar un rato al balón, acepto encantada y allí estuvimos hasta la hora de comer.

Mi madre había quedado con su amiga para pasar el día fuera, así que comimos mi hija y yo solas. Mi madre antes de irse nos había dejado hechos unos macarrones con atún que sabía que nos encantaban a las dos, y se lo agradecí en el alma porque no tenía ninguna gana de meterme en la cocina ese día.

Durante la comida, me volvió a preguntar a qué hora saldríamos para casa de Cristian, le contesté que cuando termináramos de comer les preguntaría a Pili y Diego a qué hora iban a ir ellos, para ir todos juntos.

Terminamos de comer y Violeta se fue al salón y puso la película de Frozen (otra vez) mientras yo recogía la cocina.

Me senté a su lado en el sofá y saqué el móvil para mandar un mensaje a Pili.

**Celeste**: *Hola Pili. ¿Vais a ir a casa de Cristian desde tu casa? Si no es mucha molestia, ¿podemos ir con vosotros?*

**Pili**: *No estamos en casa, estamos comiendo fuera con unos compañeros de mi trabajo. Pero antes de ir para allá pasamos a buscaros.*

**Celeste**: *No mujer, si estáis por ahí, no vais a venir otra vez hasta aquí a por nosotras, cogeremos un taxi y nos vemos allí.*

**Pili**: *En un taxi os vais a ir estando nosotros, no seas tonta. Además, te iba a escribir dentro de un rato para decirte que pasaríamos a recogeros.*

**Celeste**: *Esta bien, pues muchas gracias a los dos.*

**Pili**: *Que gracias ni nada, sabes que lo hacemos encantados.*

**Celeste**: *¿A qué hora queréis que estemos preparadas?*

**Pili**: *El partido empieza a las seis, así que pasaremos a buscaros sobre la cinco y cuarto.*

**Celeste**: *Vale, cuando lleguéis dame un toque y bajamos.*

**Pili**: *Subiremos a tu casa antes de irnos, Diego quiere hablar contigo antes de ir a casa de Cristian, ha estado con él esta mañana.*

**Celeste**: *Pili…*

**Pili**: *Tranquila, te hará bien la charla con mi chico antes de enfrentarte a Cristian, confía en mí.*

**Celeste**: *Esta bien, aquí os esperamos entonces. Un beso.*

**Pili**: *Un beso.*

Acabé la conversación con mi amiga y me acurruqué con Violeta en el sofá para ver el resto de la peli con ella, pero no fui capaz de concentrarme. No dejaba de darle vueltas a lo que Pili me había dicho. ¿Qué querría decirme Diego? Y lo más importante, ¿qué le habría dicho Cristian de lo que había pasado el día anterior? Eso era algo que me tenía intrigadísima. Estaba dolida sí, pero eso no quitaba que lo siguiera queriendo.

Acabó la peli y Violeta y yo empezamos a prepararnos para que cuando llegaran Diego y Pili no tuvieran que esperar por nosotras. Mi hija quiso que nos vistiéramos iguales, cosa que me hizo mucha gracia, pero me encantó. Nos pusimos unos leggins de color negro y una camiseta de manga larga negra también y encima, por supuesto, la de nuestro equipo, esa que teníamos las dos personalizadas con nuestros nombres en la parte de atrás.

A las cinco menos veinte sonó el timbré y Violeta salió corriendo como una loca a abrir la puerta, tenía tantas ganas de ir que llevaba media hora saltando y brincando por la casa sin parar.

—Vamos mamá, que ya están aquí. Daté prisa que al final nos pilla el toro —dijo, tirando de mi mano para que me levantara del sofá y a los tres nos hizo soltar una carcajada.

—Violeta, deja a tu madre que acabe de coger las cosas. Mientras lo hace, ¿quieres venir conmigo al kiosco de la esquina a coger chuches? Los partidos hay que verlos comiendo alguna, ¿no?

—Sí, claro que voy. Espera que me pongo el abrigo que es lo único que me falta —le contestó, antes de salir corriendo a su habitación.

—Os esperamos abajo, en el coche, ¿vale? —le dijo Pili a Diego. Le dio un suave beso en los labios y agarró a Violeta que ya estaba a su lado preparada para irse.

—No tardéis en bajar mamá —nos dijo la pequeña antes de cerrar la puerta y dejarnos a Diego y a mí solos.

—Siéntate por favor —le pedí a Diego con la mano, indicándole el sofá —.Tú dirás, Pili me ha dicho que has hablado con Cristian esta mañana.

—Así es, me llamó porque está hecho polvo —lo miré con una ceja levantada porque eso sí que no me lo esperaba.

—¿Hecho polvo por qué?

—Por qué te quiere Celeste, se ha dado cuenta tarde, pero lo ha hecho. Los remordimientos por lo que hizo ayer le están matando. Sí hubieras visto su cara esta mañana… estaba desquiciado. No quiere perderte.

—Pues ayer en el privado no parecía que eso fuera así —no es que no creyera lo que me estaba contando, sabía que Diego no me mentiría, pero tenía muchas dudas respecto a los sentimientos de Cristian.

—Cuando te marchaste y lo déjate solo en esa habitación fue cuando se dio cuenta de todo. Por Nix solo sentía deseo, pero de ti está enamorado. No te voy a pedir que lo perdones, eso es algo que solo tú puedes decidir. Pero sí que me gustaría que por lo menos lo escuches cuando te explique todo.

—Por supuesto que lo voy a escuchar Diego. Todo el mundo tiene derecho a explicarse.

—Creo que os merecéis una conversación sincera por parte de los dos. Los dos lo habéis hecho mal y creo que ya va siendo hora de que pongáis las cartas sobre la mesa y os sinceréis el uno con el otro. Si después no queréis seguir juntos, eso ya es otro tema.

—Tienes razón, he tenido mucho tiempo para pensar esta noche y sé que toda la culpa es mía por no decirle que soy Nix desde el primer momento.

Si lo hubiese hecho, ahora no estaríamos en esta situación.

—Bueno, tampoco te eches tú toda la culpa, él tampoco ha hecho las cosas bien. Entonces, ¿le vas a decir que eres Nix? —me preguntó, agarrando mi mano y apretándola para darme ánimos porque sabía que era algo que me costaría mucho hacer.

—Sí, se lo contaré hoy mismo cuando acabe el partido. Si no te importa le pediré a Pili que se traiga a Violeta a casa. Mi madre ya estará aquí para entonces.

—Me parece perfecto, además esa era mi idea también, que Pili y yo nos lleváramos a la niña para que os quedarais solos y pudierais hablar tranquilos.

—Solo espero que me perdone Diego, porque lo amo y no quiero perderlo —le dije mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Yo también lo espero, creo que estáis hechos el uno para el otro. Eso si se va a caer de culo cuando se entere de lo de Nix, pagaría por ver su cara te lo juro —dijo el cabrito, riéndose.

—Lo mismo piensa que le estoy tomando el pelo —añadí sonriendo.

—Lleva la máscara y las lentillas y haz lo mismo que ayer conmigo, creo que es la mejor manera de mostrárselo —me dijo poniéndose serio.

—Si tú crees que es la mejor forma de contárselo lo haré, voy a cogerlo todo y lo meteré en el bolso —y así lo hice, cogí las dos cosas de mi habitación y las metí en mi bolso dentro de otra bolsa oscura para que, si se me caía por cualquier circunstancia, nadie supiera lo que era.

—Si estás preparada creo que es hora de irnos, si no, creo que en menos de cinco minutos tu hija subirá a por nosotros y nos bajará de las orejas.

—Ya lo creo que es capaz, esta super ilusionada por compartir este momento con todos, solo espero que no sea el último —le contesté soltando un suspiro. Mi hija se había encariñado con ellos muy rápido y si las cosas no salían bien con Cristian, sabía que no lo pasaría bien si no podía volver a verlo y eso me dolía casi más que lo mío. No quería ver a mi hija sufrir.

Cerré con llave la puerta tras nosotros y bajamos rápido a la calle, allí nos estaban ya esperando en el coche Pili y Violeta, que nos pidió con las manos que aligeráramos para irnos cuanto antes. Una vez en el coche intenté controlar los nervios que sentía, sin conseguirlo claro. Lo que pasó fue justo lo contrario. Cuando Diego aparcó el coche en la plaza de garaje y me bajé, tuve que hacer varias respiraciones para calmarme.

# Capítulo 22



**Cristian**

Solo faltaba media hora para que llegaran todos y estaba que me subía por las paredes. Decidí concentrarme en hacer algo para ver si así dejaba descansar mi cabeza, porque la tenía desde el día anterior dando vueltas como una lavadora.

Saqué un mantel con motivos futboleros que tenía, fue un capricho que me compré tiempo atrás y que no había tenido tiempo de estrenar, estaba seguro de que a Violeta le iba a encantar. Lo puse en la mesa del salón y empecé a traer todas las cosas que había preparado.

Había hecho una tortilla de patatas que tenía una pinta estupenda, una bandeja de canapés de diferentes tipos. En otro plato puse jamón, queso y un poco de lomo. No podían faltar un par de bol con patatas chip y aceitunas. Y en todo el centro coloqué una empanada de atún que hacía poco que había sacado en el horno.

Las bebidas las sacaría del frigorífico cuando todos llegaran, había hecho una buena compra durante le semana y había cogido bastantes refrescos y cervezas. Aunque para Violeta compré zumo de tres clases distintas porque no estaba seguro cuál era su favorito. Como punto final también tenía dos platitos llenos de gominolas, que estaba seguro que le encantarían cuando

las viera, las había comprado por internet y tenían forma de balones de futbol de varios colores.

Cuando terminé de colocar todo, miré el reloj y justo en ese momento llamaron al timbre, se habían adelantado un poco, pero no me importó, estaba deseando que llegaran, sobre todo, Celeste.

Abrí la puerta y a la primera a la que vi fue a Violeta que se lanzó a mis piernas para abrazarme, me agaché y la cogí en brazos para besar sus mejillas.

—¿Qué tal esta la princesa futbolera más guapa del mundo? —le pregunté, riéndome por su entusiasmo.

—Muy bien, estaba deseando venir —me dijo, besando mi mejilla como había hecho yo con ella.

—Yo también estaba deseando que vinierais, estoy seguro de que lo vamos a pasar muy bien —le dije, bajándola al suelo pasa quitarnos de en medio y dejar que entraran los demás.

—Pasad —les dije a los demás apartándome a un lado.

Diego me saludó con una palmada en la espalda como solía ser habitual entre nosotros. A continuación, entro Pili, quien me saludó con dos besos y por último ahí estaba ella. La mujer de mis desvelos a la que quería con toda mi alma. Venía guapísima, debajo del abrigo que lo tenía abierto pude ver que llevaba una camiseta de nuestro equipo y unos leggins negros, que si no estaba confundido era lo mismo que llevaba su hija.

—Hola Celeste —le dije sonriendo.

—Hola Cristian —me contestó con una sonrisa también, pero la de ella no llegaba a sus ojos y eso me preocupó mucho. Era imposible que supiera

lo que había pasado el día anterior así que algo le pasaba, ¿pero el qué? Me pregunté.

Me acerqué lentamente a ella y le di un suave beso en los labios, no puedo decir que no me correspondió porque el beso fue un simple roce, pero la tristeza que reflejaron sus ojos ante mi gesto me dejó más que claro que el día no iba a acabar nada bien.

—Cuando acabe el partido, me gustaría que te quedaras un rato. Quiero contarte algo importante —le dije nervioso, esperando que su respuesta no fuera una negativa, porque no podía seguir sin contarle todo lo que tenía dentro.

—Me quedaré, yo también tengo algo que contarte —me contestó, apartando la mirada.

—Bien, ahora vamos, el partido empecerá dentro de un poco y seguro que Violeta está deseando que pongamos ya la televisión.

—Sí, lleva todo el día sin parar de hablar de lo mismo —añadió, mientras los dos empezamos a caminar por el pasillo para reunirnos con los demás.

Llegamos al salón y no nos quedó más remedio que sonreír a los dos por la estampa que nos encontramos. Pili y Diego estaban sentados en uno de los dos sofás que tenía, pero Violeta estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas delante de la televisión, esperando que la encendiera. Cuando nos oyó llegar se giró hacia nosotros y con una enorme sonrisa me dijo.

—Vaya pasada de tele que tienes Cristian, en esta se van a ver los goles de maravilla.

—Esperemos que metan muchos —añadió Diego.

—Tres, hoy van a meter por lo menos tres. Daté cuenta que les toca jugar con un equipo que va de los últimos en la liga, además, estarán desmotivados porque en el partido de ida les cascaron cuatro golazos.

—La leche con la niña, vaya como se explica. Si ya me dices que te sabes la alineación entera me quedo alucinado contigo.

Diego y yo vimos como Pili y Celeste se miraban entre ellas y soltaban una carcajada. Nosotros dos nos miramos confusos sin saber de qué iba la cosa.

—¿Qué es tan gracioso? Contárnoslo y así nos reímos todos —le dijo Diego a Pili, agarrándola de la cintura y tirando de ella para que dejara de reírse.

—Además de saberse la alineación entera, se sabes las estadísticas de cada jugador, el número que llevan, no solo los titulares sino de todos los suplentes. Sabe de qué nacionalidad son, los años que tienen y de que equipo ha venido cedido o donde estaba antes de que le ficharan. Podemos añadir todas las copas o premios que tiene el equipo y en qué año las ganaron. Puedo seguir, pero creo que con eso os hacéis una idea de lo forofa que es.

Cuando Pili terminó de hablar los dos teníamos la boca abierta y decir que estábamos alucinados era quedarse corto. Mira que nosotros éramos muy aficionados desde siempre, pero no nos sabíamos ni la mitad de las cosas que había dicho. ¿Como era posible que Violeta que tenía seis años, supiera todas esas cosas? Creo que esa pregunta que me estaba haciendo en esos momentos era la misma que se hizo Diego, por la manera en la que miró a la niña con una mezcla de admiración y orgullo.

—Sera broma, ¿no? —le pregunté a Celeste.

—No lo es —me contestó, negando con la cabeza riéndose.

—La leche, creo que nos va a tocar ponernos a estudiar al equipo y su trayectoria. Sino queremos que esta pequeñaja no nos deje en vergüenza —me dijo Diego entre dientes. Pero todas le habían oído y las risas aumentaron.

—Si queréis comer algo, en la mesa he preparado algo de merienda —le dije a todos señalándola—. Decidme que queréis de beber chicas. ¿Diego tu una cerveza supongo?

—Sí, pero no te preocupes que ya la cojo yo, venga te acompaño a la cocina y te ayudo a traer lo demás. —me dijo levantándose.

—Yo quiero otra cerveza cariño —dijo Pili, dirigiéndose a Diego.

—Yo un refresco si puede ser, me da igual el sabor me gustan todos —añadió Celeste.

—¿Y tú Violeta? Tengo zumo de piña, melocotón y de naranja ¿O prefieres un refresco? —le pregunté a la pequeña.

—Un zumo de piña que es mi favorito. Cristian, Pili y yo hemos comprado chuches, ¿puedo ponerlas en la mesa?

—Claro que sí, mientras estés aquí, esta es como si fuera tu casa. No necesitas pedirme permiso para hacer las cosas, Violeta —asintió muy contenta por mis palabras y se levantó de un salto para poner en la mesa lo que tenía en la bolsa que Pili tenía en las manos.

—¡Vaya pasada de mantel y las chuches que has puesto son futboleras! — dijo dando saltos de alegría. Sonreí para mis adentros porque no me había equivocado la pensar que eso le gustaría.

Diego me acompañó a la cocina y cuando entramos cerré la puerta detrás de nosotros y me acerqué a él para preguntarle por Celeste.

—¿Diego tú sabes lo que quiere contarme Celeste? Antes en la puerta le he propuesto que se quede luego para hablar y me ha dicho que ella también quería contarme algo —la mirada que puso cuando le pregunté no me gusto ni un pelo.

—Sí, lo sé desde ayer, pero no me corresponde a mi decírtelo. Lo hará ella después.

—Joder Diego, ahora sí que estoy cagado del todo. No bastaba con todo el lio que he formado yo, que ahora pasa algo más —le dije, pasándome las manos por el pelo nervioso.

—Solo te voy a dar un consejo, déjala explicarse igual que ella te dejara hacerlo a ti —pues con esas palabras no es que me quedara muy tranquilo la verdad, pero intentaría seguir el consejo de mi amigo.

—Vamos, después del partido hablareis y será lo que tenga que ser.

—Pues espero que sea para bien —le contesté, no muy convencido de que las cosas salieran bien.

—Eso solo dependerá de vosotros dos —me dijo dando el tema por zanjado.

Salimos con las bebidas en las manos y las repartimos con los vasos que llevábamos, poniéndolas en la mesa baja del salón. Antes de sentarme encendí la tele porque estaba a punto de empezar el partido y seguramente los jugadores estaban a punto de saltar al campo.

Cuando Violeta vio que empezaban a salir y a la vez sonaba el himno hizo algo que nos quedó alucinados. Se puso en pie y empezó a cantarlo sin equivocarse ni en una sola palabra.

*— Historia que tu hiciste*
*Historia por hacer*
*Porque nadie resiste*
*Tus ganas de vencer…*

Diego y yo nos mirábamos entre nosotros y luego a Violeta y así todo el rato que duró el himno, cuando terminó empezó a aplaudir y no pudimos más, nos arrodillamos ante ella y la silbamos y la aplaudimos haciéndola reír a carcajadas.

—Sino lo veo no lo creo —me dijo Diego sin parar de reír

—Estoy alucinado de verdad —le contesté

Nos sentamos a ver el partido y en la vida había disfrutado viendo tanto uno. Los gritos, las quejas y la celebración de los tres goles que marcaron nos hicieron pasar un rato maravilloso, sobre todo a Violeta.

# Capítulo 23



**Celeste**

Ver a mi hija lo que disfrutó viendo el futbol con los chicos, me llenó el alma. Como discutió con ellos las jugadas, como les explicaba cosas de los jugadores y como la miraban ellos con cariño y orgullo, me hizo por un rato desconectar y no pensar en lo que vendría después.

En el descanso nos acercamos todos a la mesa a merendar, estaba todo buenísimo, tenía que reconocer que Cristian tenía muy buena mano en la cocina. La tortilla estaba en su punto y la empanada crujiente con un relleno delicioso que me hizo repetir varias veces.

Cuando el partido termino, mis nervios aumentaron, se acercaba el momento de la verdad y estaba muerta de miedo.

Pili y Diego le propusieron a Violeta pasar por un Burger de esos que te atienden desde una ventanilla y te dan el pedido para llevar. Le dijeron que cogerían algo para los tres y que lo comerían en su casa hasta que yo llegara a recogerla. Avisamos a mi madre de nuestros planes mandándole un mensaje y nos dijo que si hacíamos eso ella se quedaría un rato más con su amiga.

Nos despedimos de los tres en la puerta y le pedí a Violeta que se portara bien, no es que mi hija se portara mal ni mucho menos, pero supongo que es

algo que se dice por inercia cuando dejas a tu hija al cargo de otras personas.

—¿Te ayudo a recoger todo esto? —le pregunté, señalando la mesa cuando volvimos al salón.

—No te preocupes ya lo recogeré yo después —me contestó

—Como quieras —le dije, retorciéndome las manos por los nervios.

—¿Estas nerviosa? Ven vamos a sentarnos —me pregunto, cogiendo mi mano para llevarme hasta el sofá, en el que nos sentamos uno en cada uno de los que tenía mirándonos de frente.

—Celeste…

—Cristian…

Dijimos los dos a la vez nuestros nombres, se notaba que ninguno de los dos estaba a gusto en esa situación y que nos costaría empezar a hablar.

—Lo siento, empieza tú por favor —le pedí

—¿Segura? No me importa cederte la palabra —me contestó

—Segurísima, habla por favor.

—Está bien, creo que voy a empezar por el principio. Hace un tiempo al poco de llegar a Madrid mi padre nos habló a Diego y a mí, de un club del que la propietaria es clienta en el bufete. No nos dijo que clase de club era y Diego y yo fuimos allí a ciegas. Nos sorprendimos mucho al entrar porque es un club de striptease. Allí conocí a una mujer que me llamó mucho la atención.

—¿Una bailarina? —le pregunté para estar segura de que hablaba de mí.

—Así es. El caso es que esa noche bailó para nosotros en privado y yo me quedé colgado de ella, por decirlo de alguna manera. Desde que te conocí intenté no pensar en ella, pero de vez en cuando ella volvía a mis pensamientos.

—¿Estas enamorado de esa mujer?

—No —me contestó con seguridad—. Hasta ayer pensé que podía sentir por ella algo más que deseo, pero me di cuanta no que era así.

—¿Por qué?

—Porque cometí el mayor error de mi vida y me acosté con ella, cuando terminamos me di cuenta de que por ella sentía deseo, pero de ti estoy enamorado.

—¿Necesitaste acostarte con otra mujer para darte cuenta de ello? —le pregunté y mis ojos se empezaron a llenar de lágrimas.

—Dicho así sé que suena fatal, pero es la verdad, Celeste. Te quiero y te ruego que me perdones —cuando me dijo eso pude ver la sinceridad en sus ojos, era verdad que me quería. Veríamos a ver si cuando yo hablara seguía pensando lo mismo.

—No te pido que me perdones ni hoy ni mañana, porque lo que te he hecho sé que es de ser un mierda. Pero si te pido que, por favor, me des otra oportunidad para demostrarte que eres a la única mujer que quiero y que querré el resto de mi vida —madre mía… ¿Y qué le decía yo ahora a este hombre?, me pregunté.

—Yo también te quiero Cristian, muchísimo de hecho, pero…—me miró con los ojos muy abiertos por mi confesión, pero al oír la última palabra la tristeza se instaló en sus ojos

—Los peros nunca han sido buenos en una conversación —me dijo, tapándose la cara con las manos para que no viera que sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—Lo sé, pero es por mí no por ti, te dije antes que yo también tenía que contarte algo y a lo mejor cuando sepas de que se trata ya no quieres que te de esa oportunidad y no quieres volver a verme nunca más —le dije convencida, porque estaba segura de que sería lo que iba a pasar.

—No creo que sea tan grave como lo que yo he hecho, Celeste. Cuéntamelo por favor, me estoy muriendo de preocupación —me dijo ansioso por saber.

—Prefiero que lo veas con tus propios ojos, creo que es la mejor manera de que entiendas todo.

—No sé qué quieres que vea, no entiendo nada —me dijo confundido.

—Voy al baño cuando vuelva lo verás —le dije, levantándome y cogiendo mi bolso.

—Está bien, pero no tardes —añadió mientras me iba. Noté su mirada en la espalda en todo momento, pero no me giré, no pude.

Entré en el baño e hice lo mismo que había hecho el día anterior con Diego. Me puse las lentillas y la máscara que llevaba en el bolso e hice unas cuantas respiraciones antes de armarme de valor para salir.

Caminé lentamente por el pasillo, me temblaron tanto las piernas que tuve que agarrarme a la pared en un par de ocasiones.

Llegue al salón si apenas hacer ruido, Cristian no me oyó llegar ni tampoco me vio porque estaba sentado en el sofá con los codos apoyados en sus rodillas tapándose la cara con las manos. Me puse a una distancia prudencial y después de tragar salva por fin hablé.

—Cristian… —lo llamé bajito.

Al oírme, levantó la cabeza y cuando me vio se le desencajó la mandíbula. Sus ojos destilaban una total y absoluta incredulidad, pero también rabia y dolor.

— No me lo puedo creer, has sido Nix todo este tiempo. ¿Cómo te has podido callar una cosa así? ¡¿Cómo?! —la última pregunta me la dijo chillando y su voz estaba llena de rabia.

—No sabía cómo decírtelo —le contesté, mientras me quitaba la máscara.

—¿Qué no sabias cómo? Di la verdad joder, nunca has querido decírmelo. ¿Te lo has pasado bien? Seguro que has disfrutado mucho riéndote de mí.

—Nunca me he reído de ti, ¿cómo puedes pensar eso? —le dije dolida por sus palabras.

—¿Qué cómo puedo pensar eso? Porque es la verdad. Ayer te vino de perlas que fuera a verte. Yo pensando que era un cabrón por lo que te había hecho y aquí la única zorra que hay eres tú. Como no te ibas a dejar follar, total te habías dejado hacer lo mismo en el despacho. Ahora lo veo todo clarísimo, querías hacerme sentir mal haciéndome creer que te había engañado para que después fuera más fácil que aceptara esto —me dijo señalándome con asco en su mirada —¿A cuántos has intentado engañar antes que a mí?

—¿Qué dices? —le pregunté, porque no entendí que quería decir con esas palabras.

—Estoy seguro de que en aquella habitación te has tirado a muchos antes que, a mí, pero ninguno ha sido tan tonto de caer en tus redes. Y por si eso fuera poco te vino de lujo haber estudiado Derecho para hacer las prácticas en mi despacho. Sino no conseguías liarme en el Palladium lo harías en el trabajo. Pues la has jodido, pero bien, porque yo no voy a ser ese tonto que te saque de esa mierda de vida. Te va a tocar seguir follándote a unos y a otros como la puta que eres, hasta que haya alguno que caiga en tus redes y cargué contigo y con tu niñita. Me compadezco del pobre hombre al que enredes con tus artimañas.

Dios mío de mi vida, pensé que no iba a ser fácil que aceptara que yo era Nix, pero nunca en la vida me habría podido imaginar que me dijera todas esas cosas y lo que era peor, es que estaba totalmente convencido de ellas.

—Cristian por favor, déjame explicarte… —le rogué, intentando acercarme.

—Ni te me acerques, no sabes el asco que siento por ti en estos momentos —me dijo, alejándose unos pasos para atrás.

—No sabes el daño que me estás haciendo con tus palabras —cuando le dije eso soltó una carcajada que se oyó en toda la casa.

—Joder, si te cansas de lucir tus tetas puedes meterte a actriz. Estoy seguro de que vas a triunfar. Porque estás haciendo el papelón de tu vida. Ahí soltando lágrimas de cocodrilo que son igual de falsas que tú.

—¿Has terminado de insultarme? —le pregunté porque ya no podía más. Que no me iba a perdonar en la vida estaba claro, pero tampoco iba a dejar que me humillara más por mucho que le quisiera.

—De echo sí, no te mereces ni que gaste una gota más de mí saliva. Así que, lárgate de mi casa de una puta vez. Solo tenerte delante me están dando ganas de vomitar —dijo, dándose la vuelta para no tener que verme.

Se acabó me dije a mí misma, agarré mi bolso cogí mi abrigo y salí por la puerta. Cuando llegué a la calle tuve que apoyarme en la primera pared que encontré, me pegué contra ella y me deslicé hasta quedarme sentada en el suelo. Las lágrimas que salían de mis ojos ni siquiera me dejaban ver con claridad, si a eso le sumábamos el tembleque que tenía en todo el cuerpo, cualquiera que me viera pensaría que se me había muerto alguien. Y no, no se me había muerto alguien, pero sí que había perdido al hombre de mi vida, ese al que no recuperaría jamás porque me odiaba.

Ni supe el tiempo que pasé en esa posición, si fueron minutos u horas, pero cuando levanté la cabeza vi que había oscurecido. Con el refugió de la noche me levanté como pude del suelo y empecé a caminar hasta que conseguí encontrar un taxi. Le di la dirección de la casa de Pili y en quince minutos, el taxista me dejó en su puerta, vi como el hombre me miró llegar hasta el portal con cara de preocupación.

Cuando Pili me abrió la puerta no me dio tiempo a decir nada, noté como mi cuerpo y mi mente que no podían más, se rindieron dando paso a la oscuridad más absoluta.

# Capítulo 24



**Celeste**

Parpadeé cuando sentí que alguien me acariciaba la frente con algo húmedo, intenté incorporarme, pero una mano que no supe de quien era me lo impidió.

—No te muevas, espera un poco hasta que te recuperes un poco más —reconocí la voz de Pili y entonces recordé todo lo que había pasado, la conversación con Cristian, el rato que estuve sentada en la calle y que después había ido a casa de mi amiga, después de eso no había nada más.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hago aquí tumbada? —le pregunté, tocándome la frente que me dolía muchísimo y noté que tenía un apósito puesto.

—Abrí la puerta cuando llamaste, pero no te dio tiempo a decir nada ni a mí a cogerte, te desplomaste en el suelo. Menos mal que estaba aquí Diego y te cogió en brazos para traerte hasta mi cama —me dijo conteniendo un sollozo.

—No me acuerdo de nada, solo que subí corriendo hasta aquí. ¿Qué me pasa en la frente? Me duele mucho —le dije, volviendo a tocarme la cabeza.

—Te diste con el marco de la puerta al caer, tienes una brecha encima de la ceja. He tenido que cogerte doce puntos, menos mal que siempre tengo

en casa material de curas, si no nos habría tocado salir corriendo al hospital. Aunque ahora que te has despertado creo que deberíamos ir a que te hagan un escáner. Los golpes en la cabeza son peligrosos Celeste.

—Ya estoy mejor, tranquila, parece que le dolor va cediendo —le contesté para tranquilizarla, aunque no era cierto del todo. Me seguía doliendo, pero ni de coña iría al hospital.

—Nos has pegado un susto de muerte —dijo Diego, hablando por primera vez. Lo miré y vi que su cara reflejaba autentica preocupación.

—Siento haberos asustado —le dije conteniendo las lágrimas y en ese momento se me vino a la cabeza mi hija, dios mío solo esperaba que no me hubiera visto en ese estado —¿Violeta?

—Tranquila no está aquí, como veíamos que tardabas la llevamos a tu casa después de cenar. Os llamamos a los dos por teléfono, pero ninguno nos lo cogió, supusimos que estabais ocupados, ya sabes, reconciliándoos —cuando me dijo eso guiñándome un ojo, aparté la mirada y una lágrima resbaló por mi mejilla, la aparté de un manotazo y me incorporé para sentarme en la cama.

—Gracias por cuidarla y llevarla con mi madre chicos. Tengo que irme a casa debe ser muy tarde —menos mal que le había pedido la noche libre a Rubí porque si tenía que ir con esto en la frente y el estado de nervios en el que me encontraba, no habría podido bailar ni una canción.

—Tu cara me dice que no hubo reconciliación. ¿Qué paso? ¿Hablasteis? —me preguntó Pili.

—Él sí hablo, yo apenas nada —le contesté antes de ponerme de pie.

—Cuéntanos que te dijo, deduzco por tus palabras que cuando le mostraste que eras Nix no te dejó explicarle nada —me pidió Diego, que su

cara en esos momentos había pasado de la preocupación al desconcierto.

—Así es, apenas me dejo hablar, lo dijo él todo. Prefiero no repetir todo lo que salió por su boca. Lo único que os puedo decir es que se acabó para siempre. Nunca más volveremos a estar juntos —los dos me miraron con tristeza, pero en la mirada de Diego también había enfado.

—Este hombre es idiota, me va a oír cuando le pille —dijo Diego enfadado.

—Diego, te pido por favor, que lo dejes estar. No quiero que te enfrentes a él por mi culpa, es tu amigo —le dije agradeciéndole con la mirada su apoyo.

—Será mi amigo, pero si te ha faltado al respeto en eso no puedo apoyarlo. Tú también eres mi amiga y una persona maravillosa que lo único que ha hecho ha sido luchar por sacar a su hija adelante como has podido. No has dañado a nadie en el camino, solo has trabajado como una burra —sus palabras me reconfortaron mucho, no sabía cuánto bien me hicieron escucharlas. Saber que él no compartía las mismas ideas sobre mí que Cristian me dio mucha paz.

—Os voy a pedir algo a los dos y espero que no os parezca mal, pero quiero que os quedéis al margen de esto. Lo mío con Cristian estaba condenado al fracaso desde el principio, eso lo sabemos todos. Así que lo mejor es que cada uno sigua con su vida —mi decisión creo que fue la más acertada pidiéndoles eso, no quería que su propia relación se viera afectada por mis problemas.

—Respetaremos lo que nos has pedido hasta cierto punto, no voy a consentir que diga una mala palabra de ti en mi presencia —sentencio Diego.

—En la mía no se atreverá, pero desde aquí te digo que pienso igual que Diego. Que lo has hecho mal porque no le contaste tu secreto, lo acepto.

Pero él no lo ha hecho bien tampoco enredándose con dos mujeres, que eran la misma, sí, pero eso él no lo sabía —añadió Pili.

—¿Vas a ir mañana al bufete? —me preguntó Diego y al oírlo un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. No había pensado en eso, pero ahora que lo mencionaba me daba muchísimo miedo lo que pudiera pasar.

—Tengo que ir, necesito acabar las prácticas para poder terminar la carrera.

—Sí cuando llegues no quiere que estés con él en el despacho, le diré que te ponga conmigo. Puedes ayudarme igual y te enseñaré lo que haga falta —cuando Diego me dijo eso vi el cielo abierto, pues era una buena solución que nos evitaría muchos problemas a todos.

—Es una buena idea, mañana según lo que me diga cuando llegue, decidiremos que hacer. Muchas gracias, Diego.

—No me des las gracias mujer, eso es parte de tu trabajo para poder tener un futuro mejor y no creo que ponga impedimentos. Siempre ha sabido separar lo personal de lo profesional —esperaba que tuviera razón porque si no las cosas se iban a poner muy feas para mí.

—Chicos es hora de que me vaya a casa, no quiero preocupar a mi madre, aunque cuando me vea esto —dije señalando mi frente—, seguro que pone el grito en el cielo.

—¿Le vas a contar lo que ha pasado? —me preguntó Pili.

—No, le diré que Cristian y yo no nos hemos entendido como pareja y hemos decidido dejarlo. Y lo de la frente le diré que me he tropezado —los dos asintieron dando por buena mi decisión.

Me despedí de ellos con un abrazo y les di las gracias por haberse ocupado de Violeta y haber cuidado de mí tras mi caída.

Cuando llegué a casa, me metí en el baño después de coger un pijama y la ropa interior. Necesitaba darme una ducha, aunque solo fuera el cuerpo, ya que, por recomendación de Pili, no podría mojarme los puntos en unos días, pero el agua caliente en el cuerpo me sentó fenomenal.

La cara de mi madre cuando me vio al día siguiente fue de puro horror, me hizo un tercer grado queriendo saber que me había pasado. Le conté lo que les había dicho a Diego y Pili, al saber que mi amiga fue la que me había curado sé quedó mucho más tranquila, aunque hasta que me fui a trabajar no dejaba de mirarme de reojo y negar con la cabeza. Con Violeta fue mucho más fácil, con ella bromeé para que no lo viera tan grave, le dije que era una patosa que me había tragado la puerta y que tendría que jugar más al futbol con ella y sus amigos para aprender mejor a regatear las puertas.

Para ir al bufete me tocó coger un taxi porque cuando intenté ponerme el casco de la moto, vi las estrellas. El borde me rozaba en la herida y era super molesto. Tuve miedo de que se me saltaran los puntos por eso decidí dejarla de usar hasta que no estuvieran curados un poco más.

Cuando Rosana me vio entrar por la puerta salió enseguida de detrás del mostrador para preguntarme que me había pasado y si estaba bien. Le conté la misma versión que a mi madre y se quedó convencida.

Subí hasta la planta donde estaba el despacho de Cristian con el corazón en un puño y los nervios a flor de piel. Tuve que hacer varias respiraciones antes de abrir la puerta de la oficina, estaba segura de que la conversación que me esperaba allí dentro no iba a ser agradable, pero no me esperaba que tanto.

—¿Qué haces aquí? Creo que te dejé ayer bien claro que no quería volver a verte— dijo Cristian alzando la voz en cuanto entré por la puerta.

—Me quedó clarísimo, pero tengo un contrato en prácticas con el bufete que tengo que cumplir —le contesté muy seria.

—Ya no lo tienes, estás despedida. Es de lo primero que me he ocupado esta mañana nada más entrar. Aquí tengo los papeles de la disolución de tu contrató. Tenía pensado dárselos a Diego para que te los hiciera llegar, pero ya que has tenido la poca vergüenza de presentarte aquí, toma —me dijo, lanzándome el sobre de malas maneras, menos mal que tuve buenos reflejos y no me dio con él en la cara.

—Cristian, por favor no me hagas esto, a estas alturas no podré encontrar otro bufete que acepte mis prácticas. Los que están en la lista de la universidad ya han cogido al resto de mis compañeros y no tendrán hueco para mí —no me importó tener que rogarle, esas prácticas eran muy importantes para mí y mi futuro y las necesitaba.

—Me importa una mierda si no encuentras otro bufete, eso no es problema mío. Si no puedes acabar la carrera, sigue viviendo de tu cuerpo, parece que hasta ahora no te ha ido nada mal —mis ojos se llenaron de lágrimas cuando comprendí, que nada de lo que le dijera le haría cambiar de opinión.

—Nunca quise dañarte, lo único que he hecho ha sido quererte, aunque no te lo creas. No te preocupes, que no volveré a molestarte más ni tendrás que volver a verme. Te deseo todo lo mejor, la mujer con la que compartas tu vida será muy afortunada —con esas palabras y sin esperar ninguna respuesta me di la vuelta y me marché de allí.

Cuando llegue al vestíbulo Diego estaba hablando con Rosana en la recepción y en cuanto me vio se acercó a mí con rapidez.

—¿Qué tal ha ido? ¿Te deja que te quedes conmigo? —me preguntó nervioso y yo negué con la cabeza.

—Me ha despedido y si lo piensas bien puede que sea lo mejor, ninguno estaríamos a gusto trabajando.

—Pero Celeste, a estas alturas te costará encontrar un bufete que te admita ¿Qué vas a hacer sino encuentras ninguno? Sería otro año perdido —me preguntó con preocupación.

—Tranquilo, seguro que encuentro uno y si no es así pues ya veré lo que hago, si no me he rendido durante los seis últimos años no pienso hacerlo ahora —le contesté una sonrisa para que se quedara tranquilo, aunque por dentro me estuviera muriendo de pena por todo lo que había perdido en tan solo unas horas.

Diego pareció quedarse un poco más tranquilo por mis palabras y nos despedimos quedando en vernos en los próximos días. Salí a la calle y decidí irme a casa dando un paseo, me vendría bien para despejarme un rato.

# Capítulo 25



**Cristian**

La luz de los ventanales del salón me dio de llenó en la cara, allí mismo me había quedado dormido la noche anterior, bueno lo más acertado seria decir que caí inconsciente después de beber todo lo que mi cuerpo pudo tolerar.

Me llevé las manos a la cara y dejé salir un suspiro, no supe si me dolía más la cabeza o él corazón. Como me podía haber hecho eso con lo que yo la quería, se había reído de mí en mi cara y ni cuenta me había dado.

Me levanté tambaleándome del sofá y me fui directamente a la ducha, cuando el agua empezó a caer sobre mí, apoyé la cabeza en los azulejos y cerré los ojos. Las imágenes del día anterior vinieron a mi cabeza tan nítidas que parecía que seguía allí en el salón.

Cuando Celeste apareció con el antifaz puesto pensé que me moriría allí mismo, verla como Nix hizo que todo el amor que le tenía se convirtiera en rabia y odio. Puede que no pensara de verdad todo lo que le dije, pero lo engañado que me sentí en ese momento hizo que soltara todas esas barbaridades por la boca.

Salí de la ducha y me fui directo a la cocina, necesitaba un café y un ibuprofeno con urgencia. Me apoyé en la encimera de la cocina mientras me

lo tomaba pensando que haría a partir de ahora. Tenía claro que no quería volver a verla, ser el jefe del bufete me daba cierta ventaja sobre ella. Ni siquiera tenía que consultarlo con mi padre, la despediría ese mismo día. Con esa decisión tomada me vestí y me marché a bufete.

Estaba sentado en el despacho revisando uno de los expedientes cuando la puerta se abrió y me quedé helado. Era Celeste. ¿Cómo había tenido la desfachatez de presentarse a trabajar? Me pregunté. Me levanté arrastrando la silla para encararme con ella y ponerla de patitas en la calle.

Cuando le miré a la cara vi que tenía un apósito en la frente, algo le había pasado la noche anterior, ¿qué seria? Y a mí que más me daba, me contesté yo solo a mi pregunta. Poco me importaba ya lo que le pasara a partir de ahora y lo que estaba a punto de hacer lo demostraba.

—¿Qué haces aquí? Creo que te dejé ayer bien claro que no quería volver a verte —le dije alzando la voz.

—Me quedó clarísimo, pero tengo un contrato en prácticas con el bufete que tengo que cumplir— contestó muy seria.

—Ya no lo tienes, estás despedida. Es de lo primero que me he ocupado esta mañana nada más entrar. Aquí tengo los papeles de la disolución de tu contrató. Tenía pensado dárselos a Diego para que te los hiciera llegar. Pero ya que has tenido la poca vergüenza de presentarte aquí, toma —le dije lanzándoselos a la cara, estuve a punto de darle con ellos en la parte que tenía vendada, menos mal que no fue así, tampoco quería hacerle daño al menos físicamente.

—Cristian, por favor no me hagas esto, a estas alturas no podré encontrar otro bufete que acepte mis prácticas. Los que están en la lista de la universidad ya han cogido al resto de mis compañeros y no tendrán hueco para mí —me rogó. Algo en mi pecho se contrajo al verla así tan desesperada, pero la imagen de Nix apareció en mi cabeza y esa sensación desapareció igual de rápido como había venido.

—Me importa una mierda si no encuentras otro bufete, eso no es problema mío. Si no puedes acabar la carrera, sigue viviendo de tu cuerpo, parece que hasta ahora no te ha ido nada mal —sus ojos se llenaron de lágrimas al oír mi insinuación de que podía seguir siendo una puta.

—Nunca quise dañarte, lo único que he hecho ha sido quererte, aunque no te lo creas. No te preocupes, no volveré a molestarte más ni tendrás que volver a verme. Te deseo todo lo mejor, la mujer con la que compartas tu vida será muy afortunada —cuando acabó de decir esas palabras vi la derrota en sus ojos, pero también reflejaban dolor y tristeza. Ni siquiera me dio tiempo a replicar, antes de que me diera cuenta, se había girado para marcharse.

La observé como caminaba por el pasillo hasta que desapareció. La había sacado definitivamente de mi vida, pero la sensación que sentí en esos momentos no fue de alivio, sino de perdida. Y eso me hizo darme cuenta de que a pesar de lo que me había hecho, me costaría olvidarla porque en el fondo aun la seguía queriendo tanto como la odiaba.

Me senté en la silla mirando el expediente que tenía delante sin verlo, así me quedé largo rato. A mi cabeza solo venían imágenes de Celeste riéndose, besándome, acariciándome y mirándome con amor, esas imágenes se cruzaban con las de Nix haciendo las mismas cosas. ¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta en ningún momento de que eran la misma?

Seguía pensando en todas esas cosas cuando la puerta del despacho se abrió de golpe dando de lleno en la pared, levanté la cabeza de repente asustado por la intromisión y allí estaba Diego, con los brazos cruzados sobre su pecho mirándome con un cabreo monumental.

—¿Qué has hecho Cristian? —me preguntó y me di cuenta por su manera de preguntarme que lo sabía todo, seguramente Celeste se lo habría contado todo, la tarde anterior cuando fue a recoger a su hija.

—No sé a qué te refieres —le contesté haciéndome el tonto, de sobra sabía lo que me estaba preguntando, pero no tenía ganas ni tiempo para uno de sus sermones.

—No te hagas el tonto, acabo de ver a Celeste en el vestíbulo y por si te lo estás preguntando, sí, sé que es Nix, lo he sabido antes que tú. Yo la animé a que te lo contara, porque no se atrevía a hacerlo —sus palabras me sorprendieron y me cabrearon a partes iguales.

—Si te refieres a lo que tenía en la frente yo no he tenido nada que ver, sabes de sobra que yo jamás pondría una mano encima a una mujer. No tengo ni idea lo que le ha pasado y sinceramente tampoco me importa. No sé cómo tú puedes mirarla a la cara sin sentir asco. ¿Sabe tú novia que su amiguita se ha restregado en pelotas encima de ti? —le dije

—No me refiero a eso, lo que le ha pasado en la cara lo sé de sobra yo la recogí del suelo cuando su cabeza chorreaba sangre sin parar. Contestando a tu pregunta, sí, Pili lo sabe y no le importa sabe cómo es el trabajo de Celeste y entiende que tenga que hacer ciertas cosas. Lo que pasó conmigo fue antes de conocernos, así que se quedará en el pasado —cuando dijo eso un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. ¿Sangrando en el suelo, por qué? Me pregunté. Lo demás que me contó de Pili apenas lo escuché.

—¿Qué le paso para que tú tuvieras que cogerla? —le pregunté.

—Como me acabas de decir te importa una mierda lo que le pase, que la hayas despedido da veracidad a tus palabras. Sabes que lo va a tener muy difícil para encontrar otro bufete que la acepte. Podías haberla puesto conmigo o con otro abogado si tanto te molesta su presencia.

—No quiero volver a verla en mi vida, su sola presencia me hace recordar que he sido un títere en sus manos y me hierve la sangre. Si la hubiera dejado quedarse, aunque fuera con otro abogado, me la cruzaría por los pasillos en algún momento y no creo que pueda soportarlo —le dije

convencido de mis palabras, porque necesitaba olvidarme de todo lo que había pasado y tener que verla a diario no ayudaría a que eso pasara.

—¿Es tu última palabra? ¿No quieres ni siquiera pensarlo? Las decisiones que se toman en caliente no suelen ser las más acertadas, Cristian —me dijo intentando convencerme.

—Sí, es mi última palabra y no pienso cambiar de opinión. Ella que siga con su vida lejos de aquí y yo seguiré con la mía.

—Está bien, como ella me ha pedido no volveré a decirte nada más y me quedaré al margen por el bien de nuestra amistad. Solo voy a decirte una última cosa antes de irme y no volveré a nombrarla en tu presencia.

—¿Qué tienes que decir? Dilo de una vez y zanjemos este tema y de verdad te agradecería que no vuelvas a decir su nombre delante de mí nunca más.

—Cuando veas todo con claridad te vas a arrepentir muchísimo, hoy has echado de tu vida a una gran mujer que te ama con todo su corazón. Puede que encuentres a otra que te quiera, pero no lo hará tanto como Celeste. Solo espero que cuando te des cuenta no sea demasiado tarde para que intentes arreglar las cosas —me lo dijo tan convencido de sus palabras que por una décima de segundo me hizo hasta dudar en si estaría equivocado. Pero no, me dije a mi mismo que eso no podía ser así, Diego no podía tener razón.

—Una gran mujer dices —le dije, soltando una carcajada—. Estás más ciego de lo que creía si piensas eso. No sé qué cuentos te habrá contado, pero te aseguro que el que tiene que abrir los ojos respecto a ella eres tú.

—Tú mismo, yo ya he dicho todo lo que tenía que decir y él tiempo pondrá todo en su lugar. Pero no te preocupes, cuando llegué el momento me ahorraré decirte, “te lo dije”. Me voy al despacho que tengo trabajo que hacer —esas fueron sus últimas palabras antes de salir de mi despacho.

Sacudí la cabeza y resoplé, vaya dos días que llevaba. Decidí que lo mejor era centrarme en el trabajo y dejar todo lo demás fuera de mi vida.

# Capítulo 26



**Celeste**

Llegué a casa y me extrañó oír ruido, mi hija estaba en el colegio y mi madre me había dicho que tenía dos oficinas que limpiar esa mañana. Entré sin hacer ruido y en la cocina me encontré a mi madre sentada en la mesa tomando una infusión, tenía unos papeles en la mano y estaba llorando. Fui rápidamente hacia ella y me agaché a su lado, cuando me vio su llanto se intensifico. Nunca había visto a mi madre en ese estado y me asusté muchísimo.

—Mama, por Dios, ¿qué ocurre? Me estas asustando muchísimo —no pudo ni contestarme el llanto no la dejaba pronunciar palabra alguna, me dio los papeles que tenía y se tapó la cara con las manos.

Los cogí rápidamente y empecé a leer con atención, a medida que avanzaba mis lagrimas empezaron a caer sin control igual que le pasaba a mi madre. Eran un informe de su oncólogo al que yo no tenía ni idea de que hubiera visitado nunca, ni siquiera sabía que estaba enferma. Se había encargado de ocultarme bien todo. Resumiendo, para que entendáis el alcance de lo que pasaba. En ellos decía que las pruebas que la habían realizado habían salido todas positivas, el cáncer que tenía estaba tan extendido que no había tratamiento posible que pudiera ayudarla. Lo único que podían hacer por ella era derivarla a paliativos para que el tiempo que le quedaba, que por lo que ahí decía era poco, sufriera lo menos posible.

—Mama… —le dije, abrazándola —como te has podido callar una cosa así, deberías habérmelo dicho. Habría ido contigo, habríamos buscado una segunda opinión. Bueno esa la vamos a buscar iremos donde haga falta —me agarró la cara y limpió mis lagrimas con sus manos, antes de hablar.

—Celeste, esta ya es una segunda opinión. No hay nada que hacer. Solo quiero estar tranquila el poco tiempo que me queda y estar con vosotras. No quiero estar buscando una solución que no hay. Me has pillado en un momento de bajón, pero ya tengo asumido que mi final se acerca. No quiero que estés triste me reuniré con tu padre y los dos velaremos por vosotras desde donde estemos.

—Mama, no puedes dejarnos, me haces mucha falta. ¿Cómo voy a poder vivir sin ti? —le dije con un llanto desgarrador.

—Claro que podrás, la vida sigue y tú eres la mujer más fuerte que he conocido en mi vida. Tienes que seguir adelante, Violeta te necesita. Estoy tan orgullosa de ti —me dijo acariciándome el pelo—. Eres una gran mujer que conseguirás todo lo que te propongas. Ahora quiero que dejes de llorar y me cuentes que está pasando, porque soy vieja, pero no tonta. Sé que algo gordo ha pasado entre Cristian y tú. Que estés aquí a estas horas cuando deberías estar en el bufete me da todavía más la razón.

—Da igual mamá, eso no importa ahora. Lo importante eres tú y lo que te está pasando.

—Celeste, no quiero que el tiempo que me quede hablemos de esto, no voy a poder trabajar más porque cada día estaré peor, pero por lo demás necesito normalidad. Así que ya estás empezando a hablar, necesito saber que está pasando.

Sabía que no cesaría en su empeño hasta que no se lo contara, si algo destacaba en mi madre era su cabezonería. Así que empecé a contarle lo que había pasado sin entrar en detalles. No le dije ninguna de las barbaridades

que Cristian me dijo en su casa, solo que no había aceptado de buena gana que le hubiera ocultado que era Nix. Le conté también lo del despido diciéndole que yo estaba de acuerdo con ello porque para mí también sería muy incómodo vernos todos los días. Sé que se quedó con las ganas de preguntarme varias cosas porque me conocía bien y sabía que me había callado datos importantes, pero no lo hizo.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Buscaras otro despacho? Si no haces las practicas este año, perderás el curso y te tocara hacerlas el año que viene —me preguntó preocupada.

—Esta misma tarde, me pondré a llamar a todos los bufetes de Madrid que aceptan estudiantes en prácticas, si alguno me acepta será un milagro. Si no tengo suerte pues llamaré a mi tutor y las aplazaré para el año que viene. No pienso rendirme mamá, si no es este año será el siguiente, pero que voy a ser abogada eso te lo juro por lo más sagrado.

Nos quedamos charlando en la cocina el resto de la mañana mientras cocinábamos. Mi madre me pidió normalidad y yo le daría lo que ella quisiera. Aunque de mi cabeza no salía en ningún momento el pensamiento de que en poco tiempo la perdería. Pensé que en otra vida debía haber sido una persona horrible y que lo estaba pagando en esta, porque joder, los palos venían uno detrás de otro sin descanso.

Fui a buscar a Violeta al colegio, se puso contentísima cuando me vio allí porque no me esperaba. Me convenció para entrar en una pastelería que nos pillaba de camino a casa, donde hacían unos pasteles deliciosos. Cuando mi madre nos vio con la bandeja que habíamos comprado con doce pasteles de sabores diferentes, se echó las manos a la cabeza y nos prohibió comer más de dos. Si en algo coincidíamos las tres mujeres de esa casa es en que a todas nos perdía el dulce.

Tres horas estuve después de comer intentado que en alguno de los despachos a los que llamé me dieran las practicas. Pero en todos, las respuestas fueron las mismas. El puesto estaba cubierto y no podían aceptar

a nadie más. Tan solo en uno me dijeron que podrían aceptarme, pero que las practicas serian no remuneradas, cosa que no me podía permitir en esos momentos, así que se lo agradecí, pero tuve que rechazarlo.

Mi madre entró a media tarde en mi habitación justo cuando colgué la última llamada para traerme un café. Cuando vio mi cara negó con la cabeza y me abrazó.

—¿No ha habido suerte? —me preguntó con pesar.

—No, era algo con lo que ya contaba. Esa última llamada era con mi tutor, le he dicho que por problemas personales he tenido que dejar el bufete en el que estaba, y que no me han aceptado en ningún otro. Me ha dicho que no me preocupe, que sabe que soy una persona responsable que me apuntará en la lista de las siguientes prácticas para que pueda elegir el despacho que quiera.

—¿Qué vas a hacer ahora? Yo puedo seguir limpiando los días que esté bien.

—Ni de broma, vas a ir a limpiar a ningún sitio.

—Pero Celeste, nos hará falta el dinero y sin tu sueldo de las practicas no vamos a llegar —me dijo lamentándose. Que estando como estaba y quisiera trabajar para que a mí y a mi hija no nos faltaba de nada, era algo que no pensaba consentir. Aunque tuviera que hacer veinte horas al día donde hiciera falta, ni mi madre iba a trabajar ni a mi hija le faltaría de nada.

—Voy a volver al Palladium los siete días por la noche como hacía antes y me quedaré con las casas y las oficinas que tu hacías. Con los dos sueldos nos apañaremos bien.

—Pero hija, eso es mucho trabajo para ti sola —dijo preocupada.

—Nada con lo que no pueda, en el Palladium tampoco es que me mate y lo de limpiar ya lo he hecho antes. No te preocupes, estaré bien —le dije sonriendo para que se quedara tranquila.

—Está bien sé ve que la única cabezota de esta familia no soy yo, así que no me quedará más remedio que aceptar tu decisión. Eso sí, de la casa y de llevar y traer a la niña al colegio me encargo yo mientras pueda y en eso no voy a entrar en discusión. Me vendrá bien estar ocupada para no pensar en lo que no quiero.

—Pues decidido, ya tenemos el plan hecho —nos levantamos las dos de mi cama que era donde estábamos sentadas y salimos al salón donde Violeta estaba pintando en la mesa un dibujo precioso de unos niños jugando al balón.

—Te está quedando fenomenal —le dije, sentándome a su lado.

—¿Te gusta? —asentí con la cabeza sonriendo—, es para Cristian, ayer vi que la puerta de su frigorífico estaba vacía y le prometí que le haría un dibujo chulo para que lo pusiera en ella.

Mi madre y yo nos miramos de reojo, hablándonos con la mirada. Estaba claro que Violeta se había encariñado con él. Tendríamos que explicarle con mucho tacto que ya no volveríamos a verle. Estaba pensando cómo hacerlo cuando mi madre me susurró.

—Vete a dar una vuelta, yo me encargo de esto. No quiero que te pongas a llorar al contárselo —mi madre me conocía mejor que nadie y sabía que eso sería lo que acabaría pasando en cuanto Violeta empezara a hacerme mil preguntas a las que no podría responderle.

—Gracias, mamá —le dije, dándole un abrazo—. Me acercaré a casa de Pili un momento no le he contado todavía nada de lo que ha pasado esta mañana y estará preocupada.

—Ve, necesitas hablar con ella de todo —me dijo, apretando mi mano para darme ánimos—. Y dile a esa loquilla que venga contigo después a cenar, hace mucho que no la veo y que se traiga a su novio y me lo presente de una vez, tengo yo que darle el visto bueno —me hizo reír con sus palabras y le dije que se lo diría que los traería más tarde a rastras si hacía falta.

Me puse el abrigo y me despedí de las dos. Mi madre como siempre tenía razón, necesitaba hablar o más bien desahogarme con mi amiga. Era y siempre había sido mi paño de lágrimas al igual que yo el de ella.

Pili me abrió la puerta de su casa y lo primero que hizo al verme la cara que llevaba fue agarrarme por la cintura, seguramente tenía miedo de que me pasara lo mismo que el día anterior y acabara de nuevo tirada en el rellano de su puerta. Me llevó al sofá donde estaba Diego sentado tomándose un refresco y cuando me vio se levantó de inmediato para ayudar a Pili, entre los dos me ayudaron a sentarme. Ninguno dijo nada, solo me miraron esperando expectantes para que fuera yo la que lo hiciera, pero de mi boca no salieron palabras, al ver con el cariño que me trataban y lo preocupados que estaban por mí no pude más y me derrumbe. Un llanto desgarrador salió de mi garganta mientras cuatro brazos me rodearon dándome el consuelo que necesitaba en esos momentos. No hablaron solo estuvieron ahí todo el tiempo que necesité. Mucho rato después cuando apenas me quedaban lágrimas y de mi boca solo salieron pequeños quejidos fui capaz de moverme. Saqué del bolso de mi abrigo los papeles del informe médico de mi madre y se los di a Pili. Ella como enfermera que era los entendería incluso mejor que yo. Cinco minutos después, cuando terminó de leerlos se abrazó fuertemente a mí y se echó a llorar como había hecho yo minutos antes.

—Pili, ¿qué ocurre? Me estoy muriendo de la preocupación viéndoos así a las dos —le dijo Diego a su chica, ella sin dejar de llorar le pasó los papeles para que los leyera.

—Joder… lo siento muchísimo Celeste —me dijo volviendo a abrazarme —Cariño, ¿no se puede hacer nada? —le preguntó a Pili confiando ciegamente en su palabra como personal sanitario que era.

—Me temo que no, solo estar ahí y que el tiempo que le queda sea lo menos doloroso posible.

—No quiere que hablemos del tema, ya la conoces, se hará la fuerte hasta el final. Quiere que las cosas sean lo más normales posibles, sobre todo, por Violeta, lo único que ha aceptado es no trabajar. Pero mientras yo lo hago se ha empeñado en ocuparse de la casa y de la niña.

—Diego me ha contado que Cristian te ha despedido —asentí a sus palabras—. Necesitarás buscar otro bufete rápido.
—Ya lo he hecho, esta tarde he llamado a todos los bufetes de Madrid que aceptan prácticas. Ninguno tenía una vacante, tan solo uno me ofrecía las practicas, pero sin remuneración y he tenido que rechazarlo. Mi tutor ya me ha apuntado para las del año que viene.

—Vas a perder un año entero por culpa del gilipollas de mi amigo —dijo Diego enfadado.

—Déjalo, Diego, lo que ha pasado ha sido más culpa mía que suya. Si hubiera sido sincera desde el principio ahora no me vería en esta situación. Así que tengo que aceptar como son las cosas —le dije resignada, que remedio, que otra cosa podría hacer si no, ¿hundirme? Eso sí que no.

—¿Que vas a hacer entonces? ¿Vas a buscar trabajo? —me preguntó Pili, preocupada por mi situación —sabía de sobra que ella si pudiera me ayudaría económicamente, pero todavía estaba pagando el préstamo estudiantil que pidió para cursar sus estudios y no andaba sobrada de dinero.

—Ya lo tengo, de camino hacia aquí he llamado a Rubí y le he pedido volver las siete noches, me ha dicho que, sin problema, además, me voy a

quedar con las casas y las oficinas que limpia mi madre.

—Eso es una paliza Celeste, vas a acabar agotada —me dijo Pili, negando con la cabeza.

—Sabes que soy una tía dura, en peores plazas he toreado. Además, solo serán unos meses hasta que empiece las prácticas en otro sitio.

—Sabes que si yo pudiera ayudarte…—no la dejé terminar de hablar.

—Lo sé, pero no te preocupes, ¿vale? Todo estará bien.

—Nos tienes aquí para lo que necesites, Celeste, si necesitas ayuda con la niña o con tu madre quiero que sepas que puedes contar conmigo también —me dijo Diego y sé que lo dijo de verdad no para quedar bien, se había convertido en poco tiempo en un gran apoyo y un buen amigo para mí.

—Gracias a los dos. Por cierto, mi madre me ha pedido que vengáis a cenar, me ha dicho que hace días que no te ve y que hagas el favor de llevarle a tu novio, a dicho algo así como que tiene que darle el visto bueno — los dos al oírme soltaron una carcajada y aceptaron encantados.

# Capítulo 27



**Celeste**

Tres meses habían pasado desde aquel día en el que mi vida cambió. Tres meses en los que la vida no me había dado tregua. No todo había sido malo, pero lo que lo había sido superaba con creces a lo bueno.

Lo bueno, que había pasado más tiempo el poco que tenía libre todo hay que decirlo, disfrutando con mi madre y con mi hija. Cocinamos las tres juntas entre risas y abrazos muchos días en nuestra cocina. Paseamos todo lo que pudimos, ya que el deterioro de mi madre fue a pasos agigantados. Pero, sobre todo, disfrutamos de esos momentos en los que las tres nos sentábamos con una taza de chocolate en el sofá a ver películas o simplemente disfrutar de una buena charla.

Lo malo, pues las muchísimas horas que tuve que trabajar para poder llegar a fin de mes. Todas las noches fui al Palladium sin cogerme ni un día libre y sin apenas dormir, a las seis de la mañana ya estaba limpiando oficinas, de ahí me iba a las casas a seguir limpiando. Por las tardes, aunque no todas era cuando podía descansar un poco y compartía momentos con ellas.

Pili y Diego se portaron con nosotras de maravilla, siempre pendientes de todo. Pili se encargó de administrar la medicación para los dolores que le habían recetado en casa, ahorrándole tener que acudir al hospital. Diego

muchos días nos hacia la compra incluso se llevaba con él a Violeta a ver algún partido de futbol o al parque los días en los que mi madre estaba peor para que mi hija no viera el sufrimiento de su abuela. No tendría vida para agradecerles toda la ayuda que me prestaron y que aún seguían haciéndolo.

Fue muy duro intentar explicar a Violeta lo que le pasaba a mi madre y hacerla entender que se marcharía pronto. Se negó en rotundo a aceptarlo y la entendía perfectamente, yo tampoco entendía porque la vida nos la tenía que arrebatar.

Las últimas dos semanas habían sido horribles, mi madre cayó en picado y fue imposible que se quedara en casa más tiempo, tuvieron que ingresarla en el hospital. Cuando leí aquel día en el informe que le quedaba poco tiempo nunca me imaginé que fuera tan poco, nos habían quedado tantas cosas por hacer y decir que maldecía a esa mierda de enfermedad una y otra vez por arrebatármela tan pronto. Como habréis supuesto del hospital ya no salió con vida y en estos momentos estábamos en el cementerio dándole su último adiós.

—Cariño, es hora de irnos —me dijo Pili, agarrándome por los hombros.

—Lo sé —le dije a los pies de la tumba de mi madre donde solo quedábamos las dos, el resto de gente que había venido se había marchado o estaban afuera esperándonos.

Violeta se había quedado con nuestras vecinas Mercedes y Susana, dos hermanas a las que conocíamos de toda la vida. Vivian solas en el piso al lado del nuestro, eran solteras y estaban jubiladas las dos. Lo últimos meses habían sido de gran ayuda y pasaban mucho rato en mi casa cuando yo no estaba, sobre todo por las noches, se turnaron entre ellas para quedarse acompañando a mi madre y a mi hija hasta que yo volvía de trabajar. Mi hija las adoraba y el cariño por su parte era el mismo hacia Violeta.

—Vamos, Diego está esperando fuera para llevarnos a casa —me dijo Pili tirando de mi mano.

Caminamos las dos agarradas del brazo hacia la salida, apenas quedaba ya nadie, solo Diego hablando con Rubí y un matrimonio al que al principio no reconocí, pero cuando me fijé bien mientras nos acercábamos me di cuenta de que al hombre si lo conocía era Antonio el padre de Cristian.

La primera que se acercó para darme un gran abrazó fue Rubí susurrándome al oído que contará con ella para cualquier cosa y rogándome que me cogiera unos días libres, cosa a la que me negué. No podía permitírmelo, solo descansaría ese día y al siguiente volvería a trabajar, así se lo hice saber, no me discutió sabia lo cabezota que era y que no me haría cambiar de opinión. Se despidió de los demás y se marchó quedando en llamarme más tarde.

—Hola Celeste, lo siento mucho —me dijo Antonio, dándome dos besos y un abrazo siendo el siguiente en acercarse a mi cuando Rubí se fue.

—Gracias Antonio —le dije devolviéndole el abrazo, ese hombre siempre me había tratado muy bien tanto en el Palladium cuando nos habíamos visto o en el despacho el poco tiempo que trabajé allí. Que hubiera venido a presentar sus respetos decía mucho del gran hombre que era.

—Ella es Lucia, mi mujer —me presentó a la mujer que iba con él, supuse cuando los vi juntos quien era y sus palabras lo corroboraron.

—Encantada, soy Celeste —le dije dándole dos besos, aunque ella se atrevió a más y me envolvió entre sus brazos.

—El placer el mío, siento mucho tú perdida —me dijo acariciándome la espalda mostrándome con sus palabras un cariño sincero.

Cuando se separó de mí miré de reojo a todos lados, no esperaba que viniera, pero estando allí sus padres lo mismo Cristian también había venido a darme el pésame.

—Tranquila, que no está aquí —me dijo Diego adivinando mis pensamientos—, ni siquiera lo sabe —eso me hizo soltar el aire que estaba conteniendo, no quería encontrarme con él y mucho menos en un día como este. Todavía seguía doliendo lo que había pasado y no tenía ni fuerzas ni ganas para escuchar ninguno de sus reproches o insultos. Aunque en un sitio como en el que estábamos si hubiera venido supuse que se habría comportado.

Sabia por boca de Diego que le había pedido que no volviera a pronunciar mi nombre en su presencia, dejándole bien claro que no quería saber nada de mí, ni de lo que me pasaba y él había respetado su petición. Cristian había querido seguir con su vida, una en la que yo ya no ocupaba ni uno solo de sus pensamientos, y vaya si lo había hecho. Mis amigos no sabían que los había escuchado hablar entre ellos una tarde de las que estuvieron en mi casa. Diego le contó a Pili que Cristian no dejaba de salir de fiesta incluso entresemana y de ir de cama en cama con una mujer distinta cada vez. Estaba bastante preocupado por él porque decía que su amigo estaba totalmente descontrolado. Yo pensándolo bien no compartía su opinión, era soltero y no tenía que dar cuentas a nadie y si él era feliz así, pasando de una mujer a otra pues que lo hiciera.

—Nosotros nos vamos ya, hemos quedado para comer —nos dijo Antonio—. Cualquier cosa que necesites cuenta con nosotros Celeste —añadió y por su forma de mirarme con cariño supe que me lo decía en serio y no solo por quedar bien.

—Muchas gracias por venir —les dije a los dos antes de despedirnos con dos besos.

—Vámonos a casa, tengo que recoger a Violeta y hablar con ella —les dije a mis amigos suspirando, porque sabía de sobra lo que me esperaba al llegar a casa. La conversación con Violeta iba a ser dura, muy dura.

# Capítulo 28



**Cristian**

Mierda otra vez con resaca, me lamenté masajeándome las sienes tumbado en la cama, intenté incorporarme, pero una pierna que estaba sobre la mía y un brazo en mi cintura me lo impidieron. Abrí los ojos e inspeccioné el lugar, no era mi casa eso estaba claro. Era una habitación de hotel una de tantas de las que visitaba desde hacía tres meses.

Giré la cabeza hacia la derecha a ver con quien había acabado aquella noche allí, tampoco es que me importara mucho la verdad, mientras me dieran lo que necesitaba me daba igual una mujer que otra. El problema es que nunca conseguían satisfacerme del todo, claro porque no son ella, me dijo mi cabeza, solté un bufido porque sabía que tenía razón. Por muchas mujeres que me llevara a la cama ninguna era Celeste. No sabía por qué narices después de todo lo que había pasado, allí seguía anclada en mi cabeza y lo que era peor, en mi corazón.

Había intentado con todas mis fuerzas olvidarla, pasando de los brazos de una mujer a otra, bebiendo, cosa que hacía mucho últimamente. Y no queriendo saber nada ni de ella ni de su vida. Diego había respetado mis deseos y no la había vuelto a mentar en mi presencia. Había veces que había estado a punto de preguntarle por ella, pero no lo había hecho. Solo de pensar que ella había seguido adelante sin mí, que no había dedicado uno

solo de sus pensamientos hacia mi persona hacía que se me retorciera el estómago.

Diego había tenío razón en muchas cosas, sobre todo en lo que me dijo de que cuando pensara las cosas en frio las vería de otra manera y así había sido. Ahora que ya era tarde y después de darle muchas vueltas sabía que no había sido justo con ella, que debí dejarla explicarse. Pensé que me había engañado en todo incluso cuando me dijo que me amaba, pero me había dado cuenta de que en esta vida se pueden fingir muchas cosas. Pero la manera en la que ella me miraba cuando estábamos juntos con tanto amor eso no lo podría fingir ni la mejor actriz del mundo.

La había perdido por mi estupidez y tendría que aprender a vivir con ello. Por mucho que me amara en su momento era imposible que siguiera haciéndolo, después de como la había tratado y de todos los insultos lanzados con tanto desprecio que salieron por mi boca, estaba seguro de que no me querría de nuevo en su vida.

El movimiento de la mano de la mujer que estaba a mi lado me devolvió a la realidad. La bajó despacio hasta mi miembro y empezó a acariciarme a la vez que dejaba suaves besos en mi hombro. Ni de coña pensaba acostarme con ella otra vez, para hacer eso tenía que estar borracho, ese era el estado en el que solía estar cuando me acostaba con todas esas mujeres a las que ni les preguntaba sus nombres. Estando lucido habría sido incapaz de hacerlo porque esos ojos verdes que siempre acompañaban mis pensamientos me lo impedían queriendo que fueran ellos a los que mirara.

La aparté la mano y retiré la sábana para levantarme, ella gruño y se sentó en la cama de golpe al ver que no iba a conseguir lo que quería.

—¿Dónde vas? —me preguntó la rubia de la que no sabía ni su nombre.

—A darme una ducha, solo —le contesté, recalcando lo de “solo”—, tengo que irme a trabajar.

—¿No quieres un buen desayuno antes de irte? —me preguntó melosa abriéndose de piernas para mostrarme su sexo

—No —le contesté antes de cerrar la puerta del baño con pestillo.

No tardé ni diez minutos en ducharme y vestirme con la ropa del día anterior. Salí del baño y la rubia allí seguía tumbada en la cama esperándome.

—¿Quieres que quedemos esta noche para repetir? —me preguntó y yo alcé una ceja, joder es que había que hacerle un dibujo para que se enterara de que iba aquello, ¿o qué?

—Anoche te deje bien claro, que nunca repito con la misma mujer y que esto era lo que había, un polvo y nada más.

—Tú te lo pierdes gilipollas —me gritó enfadada mientras se levantaba para entrar en el baño y cerrando de un portazo.

Ni me molesté en contestarle, me di la vuelta y salí por la puerta. Bajé hasta la calle y llamé un taxi para poder irme a casa, necesitaba cambiarme de ropa antes de ir al despacho.

Ese día seguramente Diego se lo pasaría echándome miraditas y resoplando a mi lado cuando se diera cuenta que otra vez aparecía por el despacho con resaca, y lo entendía. Si hubiese sido él, el que aparecía día sí y día también en esas condiciones yo también estaría preocupado.

Diego entró por la puerta de mi despacho casi a la hora de comer, si no lo había hecho antes es porque había estado en un juicio toda la mañana. Se sentó en la silla en frente de mí con los brazos cruzados, me miró fijamente y resopló antes de decirme.

—¿Hasta cuándo piensas seguir así?

—¿Así como? —le contesté, poniendo los ojos en blanco.

—Echando tu vida a perder, bebiendo demasiado y tirándote a tías a las que estoy seguro de que ni les preguntas su nombre.

—Diego…—mi contestación quedo interrumpida por el sonido de su teléfono móvil, lo sacó de la chaqueta del traje y frunció el ceño al ver en la pantalla el nombre de la persona que lo llamaba.

—Discúlpame un momento, pero tengo que contestar. Es Pili, esta de turno en el hospital, se supone que no acaba hasta dentro de una hora y es raro que me llamé antes de salir —asentí con la cabeza y él contestó sin moverse de la silla.

—Dime amor, ¿cómo me llamas a estas horas? —le dijo a Pili.

—Para, para, no llores que no te entiendo, respira por favor.

—¿Un accidente con la moto? ¿Cuándo? —le preguntó, levantándose de la silla de golpe.

—Vale tranquila, salgo ahora mismo para allá, no tardo, ¿vale? —eso fue lo último que le dijo a Pili en su corta conversación. Una sensación de malestar se instaló en mi pecho y tuve que preguntarle que estaba pasando.

—Tengo que irme, ya hablaremos en otro momento —me dijo, dando grandes zancadas hacia la puerta.

—Diego espera. ¿Quién ha tenido un accidente? —El giró la cabeza por encima de su hombro y negó con la cabeza.

—¡Dímelo joder! —le exigí.

—¿Tu conoces a alguien más que vaya en moto y por la que Pili estaría llorando con desesperación? —me preguntó.

—Celeste… —le contesté con el corazón encogido sabiendo que era ella la que estaba en el hospital.

—Que conste que su nombre lo has dicho tú y no yo, sigo respetando lo que me pediste, no nombrarla en tú presencia —añadió antes de seguir andando.

Me quedé petrificado unos segundos, pensando el ella, como estaría, que le habría pasado. Necesitaba saberlo y no me lo pensé más, eché a correr detrás de Diego y me puse a su lado.

—Voy contigo —le dije tajante.

—¿Para qué? —me preguntó con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—Lo necesito, necesito saber que está bien, Diego —le contesté y el notó la tristeza en mi voz.

—Ya te has dado cuenta —no fue una pregunta si no una afirmación. Los dos no necesitábamos poner en palabras a que se refería con eso, sabíamos que era porque me había dado cuenta de la cagada que había hecho perdiendo a la mujer que amaba por el camino.

—Hace tiempo que lo hice —le dije, negando con la cabeza—, demasiado tarde supongo, pero lo hice —añadí.

Diego no dijo nada más, di por hecho que estaría de acuerdo con mis palabras. Dicen que quien calla otorga y su silencio fue un claro ejemplo de ello.

No tardamos ni quince minutos en llegar al hospital, tuvimos suerte de encontrar aparcamiento en la primera vuelta, si no hubiese sido así estaba seguro de que Diego habría dejado el coche aparcado de cualquier manera, le daba todo igual con tal de llegar lo más rápido posible al lado de su chica para saber que le había ocurrido a Celeste y sinceramente a mí también.

Entramos en la sala de urgencias que gracias a Dios estaba prácticamente vacía. En una esquina estaba Pili sentada en una silla con la cabeza agachada y retorciéndose las manos sin parar. Diego prácticamente corrió hacia ella y yo hice lo mismo detrás de él.

—Pili, cariño, ya estoy aquí —le dijo, arrodillándose a su lado.

—Diego… —le contestó lanzándose a sus brazos echándose a llorar de nuevo, aunque por el estado de sus ojos parecía que no lo había dejado de hacer en ningún momento desde que llamó a mi amigo, los tenía rojos e hinchados.

Después de lo que me parecieron horas y no unos pocos minutos, Pili alzo la cabeza y centró su mirada en mí para después dirigirse a su novio.

—¿Qué hace él aquí? —le preguntó a Diego.

No sé qué se dijeron con la mirada, solo ellos dos lo sabrían, pero no hizo falta que Diego le contestará, ella simplemente asintió.

—Cuéntanos que ha pasado. ¿Dónde está Celeste? —le pidió Diego.

—Un poco antes de llamarte, una ambulancia ha traído a una mujer que había tenido un accidente de tráfico, me he acercado a atenderla con el resto de mis compañeros y cuando he visto que era Celeste casi me muero Diego —dijo llevándose las manos a la cara—. Venía en muy mal estado, había mucha sangre, su ropa estaba rasgada por todas partes y estaba inconsciente. Algunos de mis compañeros la conocen y cuando se han dado

cuenta de quien era, mi jefa no me ha dejado quedarme a ayudarla, la verdad es que estaba en tal estado de shock que estorbaba más que ayudaba en esos momentos. He ido a quitarme el uniforme que estaba manchado y me he venido aquí a esperarte, será donde salga alguno de mis compañeros a informarme de cómo van las cosas. Aunque antes de sentarme, uno de ellos me ha dicho que se la llevaban al quirófano.

Cuando terminó de contar lo que sabía, que no era mucho, pero si lo bastante impactante para saber que no pintaba bien la cosa, tuve que sentarme. Mi corazón bombeaba a toda velocidad y mis piernas temblaban a causa de la preocupación que sentía. Diego lo hizo a mi lado y quedó en medio de Pili y de mí.

—¿Quién va a recoger a Violeta en el colegio? Sí le tocaba a Celeste y no llega, se asustará —le dijo Diego a Pili.

—Hoy la recogían las vecinas, me lo dijo anoche cuando hablamos porque a ella no le iba a dar tiempo a llegar. He hablado con ellas después de llamarte, para decirles lo que pasaba. Me han dicho que me quedara tranquila, que la niña se quedaría con ellas todo el tiempo que hiciera falta. Ya sabes que Violeta las quiere mucho y está bien con ellas.

—¿Dónde está Rosa? ¿Por qué no se queda Violeta con ella? —cuando les hice esa pregunta los dos se miraron entré ellos y a Pili se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Diego, ¿qué pasa con Rosa? —insistí.

—Cristian, la madre de Celeste falleció hace una semana —me contestó mi amigo y la sangre se me heló en las venas. Dios mío, cuantas cosas más habrían pasado de las que yo no tenía ni idea.

—¿Por qué no me dijiste nada? —le pregunté, pasándome las manos por él pelo nervioso.

—Te recuerdo que tú me prohibiste pronunciar su nombre en tú presencia y no querías saber nada ni de ella ni de su vida —me contestó muy serio.

—Lo sé joder, pero creo que con una cosa tan grave podías haberte saltado mi petición —le dije desesperado por saber.

—¿Ahora quieres saber que pasa en la vida de Celeste? Un poco tarde, ¿no crees? —me dijo Pili con ironía—. No vengas aquí fingiendo que te preocupas por lo que le pasa, porque te ha importado una mierda saber estos últimos tres meses si ella y la niña tenían dinero para comer. Será mejor que te vayas Cristian —añadió con rabia.

—Pili… —le pidió Diego, agarrándola de la mano.

—Ni Pili ni nada, no pienso callarme más, ya me he callado bastante durante los últimos meses, pero no pienso hacerlo más. No cuando él —dijo señalándome—, es en parte el culpable del estado tan lamentable en el que se encuentra Celeste, sino la hubiera despedido las cosas serían muy distintas. Tú la has visto igual que yo Diego, está muerta en vida. No come, apenas duerme y ha estado trabajando doce horas al día, además de cuidar de la niña y de su madre hasta que ha muerto— dijo con dolor en su voz.

—Tienes razón, creo que ha llegado la hora de que sepa hasta donde han llegado las cosas por su decisión de despedirla —le contestó Diego.

# Capítulo 29



**Cristian**

Las palabras de Pili unidas a las de Diego me atravesaron el pecho como puñales. Mientras yo había estado los últimos tres meses ahogando mis penas en alcohol y mujeres, Celeste había pasado por un infierno y yo era en parte el responsable de ello por haberla despedido o eso era lo que entendí cuando Pili me lo recriminó.

—Contádmelo todo por favor —les pedí rogando mientras las lágrimas se agolpaban en mis ojos.

No sé si fue por pena o por ver en el estado de desesperación en el que me encontraba, pero Pili me miró y algo en su mirada cambió, de la más absoluta rabia que reflejaban sus ojos, cambiaron a la comprensión y el dolor.

—La quieres… —me dijo con los ojos y la boca abierta.

—Más que a mi propia vida, tardé en darme cuenta y cuando lo hice sabiendo que la había perdido, porque es imposible que me perdone después de todas las barbaridades que le dije, decidí no acercarme a ella. No la merezco Pili —le dije, a la vez que las primeras lágrimas. esas que habían estado acumuladas en mis ojos empezaron a caer.

—Cristian…—mi amigo me dio un abrazo y no sabéis como se lo agradecí, lo necesitaba desde hacía tiempo. No había sido sincero con él por miedo a sus recriminaciones o tal vez a que me dijera que Celeste estaba bien sin mí y que había rehecho su vida. Pero por lo visto otra vez había estado equivocado en mis suposiciones.

—Cuéntaselo, Diego. Mientras habláis, voy a la cafetería por unos cafés. Nos vendrán bien a los tres, la espera va a ser larga —mi amigo asintió y Pili se marchó dejándonos solos.

—El mismo día que la despediste cuando llegó a casa, se enteró que Rosa tenía un cáncer terminal y que no le quedaba mucho de vida. Todos teníamos la esperanza de que fuera más tiempo, pero no ha sido así —empezó contándome y a cada palabra que decía, peor me sentía conmigo mismo.

—Como te dije en su día, le sería muy difícil encontrar otro bufete que la aceptara y por más que lo intentó no encontró ninguno. Ha perdido su oportunidad de acabar este año, si todo va bien lo hará el próximo. Con Rosa enferma y sin poder contar con su sueldo era imposible que con las cuatro noches que Celeste iba al Palladium pudieran vivir, si a eso le añadimos que no ha vuelto a aceptar ningún privado que es donde más dinero ganaba pues la cosa se complicó más.

—¿Ya no hace privados? —le pregunté, porque eso sí que me sorprendió, era un dinero que le hubiera venido muy bien.

—No, el último que hizo fue el tuyo y no ha sido capaz de volver a entrar en aquella habitación. No sé qué motivos le daría a Rubí, pero se lo ha permitido—. Cristo Bendito, ¿hasta tal punto le había hecho daño que no era capaz ni de realizar su trabajo?

—¿Entonces tiene dos trabajos? —le pregunté, imaginándome ya su respuesta.

—Sí, a las siete noches de la semana al club, la única que ha faltado desde entonces ha sido la del día que murió Rosa y porque Rubí no la dejo ir. Cuando sale de allí va a casa, duerme lo que puede y a las seis ya está limpiando oficinas, cuando termina de ahí va a limpiar todas las casas que le salen —no daba crédito a lo que me estaba contando se estaba matando a trabajar y además cuidando de la niña y de su madre hasta hace una semana.

—¿Con quién se queda Violeta cuando ella no está?

—Si Pili no está de turno con ella o conmigo, si no con sus vecinas, que se pasan más tiempo en su casa que en la suya propia para ayudarla en lo que pueden. Violeta no está bien y todos estamos muy pendiente de ella.

—¿Qué le pasa a la niña? —le pregunté muy preocupado. Si quería a su madre con todo mi corazón a la pequeña no la quería menos y saber que no estaba bien me acabó de rematar.

—Lo pasó muy mal cuando le explicaron de forma que ella pudiera entenderlo que no estarías más en sus vidas y ahora que su abuela también se ha ido, esta triste y ya no parece la misma. Esa alegría que tenía siempre está apagada, el psicólogo del colegio le dijo a Celeste que había que darle tiempo, que tenía que pasar los dos duelos a su ritmo, pero se te encoge el corazón verla así, te lo aseguro —joder, joder y más joder. No solo había hecho daño a su madre con mi estupidez sino a la niña también. Es que era para matarme...

—Dios mío Diego, soy un miserable. ¿Como he podido hacer todo esto a la mujer que amo? —le dije, tirándome del pelo sin poder parar de llorar.

—Ella tampoco lo hizo bien y lo sabe. Es más, se echa la culpa de todo, piensa que si hubiera sido sincera desde el principio, las cosas podrían haber sido de otra manera —me dijo Pili, había llegado momentos antes y ni cuenta me había dado.

—¿Ella la culpable? Por supuesto que no, aquí solo hay un culpable de todo y ese soy yo —le contesté.

—Ahora voy a preguntarte algo importante y depende de lo que me contestes dejaré que te quedes aquí o no —añadió muy seria.

—Dime.

—¿Tienes intención de arreglar las cosas y quererla como se merece? —me preguntó y pude ver un amago de sonrisa en su boca y esperanza en sus ojos.

—Aunque me lleve la vida entera conseguir que me perdone, haré lo que haga falta para conseguirlo. No pienso dejarla sola nunca más, a ninguna de las dos. Una vez me quiso, lucharé hasta el final para que vuelva a quererme, aunque sea la mitad de lo que yo la quiero a ella.

Diego y Pili se miraron con una mirada cómplice y se sonrieron entre ellos al oír mis palabras. Se volvieron hacia mí y dijeron a la vez.

—Te ayudaremos.

—¿Qué? —pregunté asombrado, después de todo lo que había hecho, de verdad estaban dispuestos a ayudarme a recuperarla.

—Creo que después de todo lo que habéis pasado os merecéis un final feliz, dos personas que se quieren como lo hacíais vosotros tienen que estar juntas, así que Diego y yo os ayudaremos a conseguirlo —me dijo Pili, apretando mi mano para darme ánimos.

—Muchas gracias, no merezco vuestra ayuda, pero sería un tonto rechazándola porque sé que la voy a necesitar —le dije, abrazándola.

Seguimos hablando bastante rato, me contaron muchas cosas de Celeste y Violeta y de todo lo que había pasado en sus vidas desde que yo no estaba en ellas. Yo me sinceré con ellos y les conté como lo había pasado de mal desde que me di cuenta que la quería y que no me había engañado, solo me había ocultado una parte de su vida, pensando que yo no la entendería.

Una puerta lateral que había en la sala en la que estábamos se abrió y cuando Pili vio al hombre que entró por ella, nos dejó con la palabra en la boca y se levantó corriendo para acercarse a él. Diego y yo la seguimos de inmediato por si era un compañero que venía a traernos noticias de Celeste.

—Hugo, ¿cómo está mi amiga? Dime que está bien por favor —le dijo Pili a su compañero.

—Vamos a mi despacho y allí te lo contaré todo. Ellos pueden venir también si quieres —le dijo el médico señalándonos.

—Claro que vienen, vamos chicos —nos pidió Pili.

Los cuatro salimos a un pasillo por la misma puerta que el tal Hugo había entrado a buscar a Pili. Después de un par de minutos entramos con él en un despacho y nos ofreció sentarnos. Los cuatro lo hicimos y al verle coger aire antes de empezar a hablar trague saliva porque su mirada no auguraba nada bueno.

—No me voy a andar con rodeos, el estado de Celeste es grave, tiene varios traumatismos por el cuerpo, lo bueno es que al llevar el casco no tiene ninguno en la cabeza. Pero lo más preocupante y por lo que ha entrado en el quirófano ha sido por la hemorragia vaginal que tenía. Hemos hecho todo lo posible para detenerla, pero no puedo asegurar que se repita en las próximas horas y pierda él bebé —cuando dijo esa última palabra de la boca de Pili salió un jadeo, de la de Diego y la mía nada, pero se abrieron de par en par.

—¿Él bebé? ¿Celeste está embarazada? —le preguntó Pili alucinada.

—Sí, está embarazada de unos tres meses y medio. Por vuestra reacción veo que no lo sabíais. Y estoy por apostar que por los resultados de los análisis que le hemos hecho creo que ella tampoco era consciente de tal cosa. Si no se habría cuidado más.

—¿Qué dicen los análisis Hugo? —le preguntó Pili preocupada.

—Tiene una falta de vitaminas muy importante, los niveles de hierro y calcio sobre todo están por los suelos y estaba bastante deshidratada. Esperaremos a saber la causa del accidente, pero no me extrañaría nada que se hubiera desmayado mientras conducía, el estado de agotamiento que presenta su cuerpo es preocupante. Ahora mismo está sedada, hemos decidido mantenerla así, mientras le administramos todo lo necesario mediante una vía. Su cuerpo necesita mucho descanso para recuperarse si no él bebé no saldrá adelante y tenerle que hacer un legrado en estas circunstancias es peligroso. También hemos tenido que hacerle dos transfusiones para contrarrestar la perdida que ha tenido. Hemos estado a punto de perderlos a los dos en el quirófano.

—¿Podemos pasar a verla? —le preguntó Pili, a punto de echarse a llorar de nuevo al saber el estado de Celeste.

—Sí, pero solo unos minutos, ya sabes cómo va esto. Ahora mismo la están acomodando en la UCI, si todo va bien y no hay complicaciones estará ahí un par de días hasta que le quitemos la sedación. Entonces la pasaremos a una habitación y podréis estar con ella todo el tiempo. Repito, si todo va bien, que espero que sí. Él bebé se ve que es un luchador y está bien agarrado, esperemos que siga así. Ahora os dejo, voy a ver cómo va y en unos minutos volveré a buscaros. Podéis quedaros aquí si queréis.

—Gracias Hugo por todo —le dijo Pili y Diego yo le dijimos lo mismo dándole la mano.

Cuando el medico salió por la puerta, nos quedamos allí los tres solos mirándonos unos a otros.

—Todo esto es culpa mía —les dije pasándome las manos por el pelo con desesperación—, casi les pierdo a los dos por ser un cabrón.

—¿No tienes dudas de que ese niño es tuyo? —me preguntó Diego con una media sonrisa.

—Por supuesto que no y aunque no fuera mío, que no es el caso, me daría lo mismo, lo querría igualmente.

—Saldrán adelante los dos, estoy segura. Celeste es una luchadora y sé ve que él bebé también lo es —dijo Pili más animada.

Después de las palabras de Pili ninguno de los tres dijo nada más, nos quedamos allí cada uno sumido en sus propios pensamientos.

# Capítulo 30



**Cristian**

Entramos los tres en la sala aislada de la UCI donde tenían a Celeste. Cuando nos acercamos a la cama Pili se abrazó a Diego llorando al verla en el estado en el que estaba. A mí se me fue todo el color de la cara y tuve que apoyarme en la cama para no caerme. Virgen Santa, su estado era lamentable, tenía unas ojeras que le llegaban casi hasta las mejillas, sus pómulos estaban hundidos, estaba tan demacrada que no parecía mi Celeste. Había perdido tanto peso que allí tumbada y dormida parecía un cadáver.

Me acerqué a ella, le cogí la mano me la llevé a los labios y se la besé. Verla así me estaba matando, nunca había sido una persona creyente, pero en ese momento les pedí a todos los santos que existían que los salvara. No podía perderlos, eran mi vida entera. Una vida que sin ellos no tendría sentido.

Me acerqué hasta su cara y besé sus labios con suavidad y después su cabeza. Sin soltarle la mano le susurré cerca de su oído.

—Perdóname, amor, por favor perdóname. Vas a ponerte bien, lo sé, siempre has sido una guerrera y estoy seguro de que lo seguirás siendo. Violeta y nuestro hijo te necesitan y yo también. Sin ti no soy nada. Me da igual que me odies, no pienso separarme de vosotros. Voy a cuidar de ti y a quererte como te mereces.

Cuando levanté la cabeza y me separé de ella miré a mis amigos que estaban emocionados mirándome. Sus miradas reflejaban comprensión por mi dolor. Ese dolor tan grande que sentía y que me estaba desgarrando por dentro.

—Lo conseguirá —me dijo Pili muy segura y yo quise creerla, necesitaba creerla, para poder seguir viviendo. Porque si ellos me faltaban mi vida ya no tendría sentido.

—Chicos, lo siento, pero tenéis que salir ya. Mañana por la mañana podréis volver —nos dijo la enfermera que estaba al cuidado de Celeste.

—Cuídamela Paki, es mi hermana de corazón —le contestó Pili y la chica asintió con una sonrisa.

Salimos de la sala los tres bastante afectados, cuando salimos a la calle y el frio me dio de lleno en la cara fue como si una bofetada de realidad se tratara. Mi mente se puso en funcionamiento a toda velocidad, mientras Celeste estuviera en el hospital yo me ocuparía de todo y lo primero sería Violeta.

—¿Dónde vais vosotros? —les pregunté a mis amigos.

—Vamos a ver a Violeta, hay que contarle por que su madre no volverá en unos días —me contestó Diego.

—Voy con vosotros, tengo que empezar a arreglar todo el mal que he hecho y ahora mismo, Violeta es mi prioridad —Pili me miró con una sonrisa y asintió estando de acuerdo conmigo.

—Creo que es buena idea, Violeta te quiere mucho, seguro que se alegra de volver a verte. Además, tu presencia le ayudará a salir del pozo de tristeza en el que se ha metido —le devolví la sonrisa de vuelta y volví a

rezar para que las palabras de Pili fueran ciertas y Violeta me aceptara de nuevo en su vida.

Nos fuimos los tres en el coche de camino a casa de Celeste. Apoyé la cabeza en la ventanilla sin dejar de hacer planes en mi cabeza. Solo esperaba que, aunque Celeste no me perdonara o no volviera a amarme nunca más, por lo menos aceptara mi ayuda.

Decidimos antes de recoger a Violeta en el piso de las vecinas que yo la esperara dentro de su casa. Pili me abrió la puerta y pasé dentro para esperarlos. No pude sentarme de los nervios que tenía por saber la reacción que tendría la niña al verme. ¿Me rechazaría? Joder esperaba que no. Paseé arriba y abajo por el salón sin parar hasta que oí la voz de Violeta que en el pasillo hablaba con Pili.

—Pili, ¿dónde está mamá? Ya es tarde y debería haber vuelto —le preguntó con la voz apagada.

—Mamá está un poco malita, cielo Estará unos días en el hospital hasta que se ponga buena, pero no tienes que preocuparte. Sabes que allí tengo enchufe te llevaré a verla, ¿vale?

—¿Se va a morir como la abuela? —se me encogió el corazón al oírla preguntar eso, se notaba el miedo en su voz al decirlo.

—Por supuesto que no, mamá estará bien en unos días. No se perdería el partido del clásico por nada, les vamos a dar pal pelo —le contesto Diego, bromeando para quitarle hierro al asunto.

—Te hemos traído una sorpresa que esperamos que te guste —le dijo Pili cambiando de tema.

—¿Una sorpresa? ¿Dónde está? —le preguntó sin demostrar mucha ilusión y eso hizo que se me tensara el cuerpo más de lo que ya lo tenía.

—Está en el salón, esperamos que te guste. Ve a verlo —la animó Diego.

La vi entrar en el salón sin muchas ganas, pero cuando me vio se quedó paralizada mirándome como si no creyera posible que estuviera allí. Sus ojos se llenaron de lágrimas al igual que los míos. Me dejé caer al suelo de rodillas y abrí mis brazos para recibirla cuando echó a correr hacia mí. Los dos nos abrazamos llorando, demostrando sin palabras lo muchísimo que nos habíamos echado de menos.

—Ya estoy aquí cariño —le dije, acariciándole el pelo y besando su cabeza una y otra vez.

—¿Te vas a ir otra vez? —me preguntó muy compungida.

—No, no volveré a marcharme. No os volveré a dejar solas, os quiero mucho mi niña —le contesté con un nudo en la garganta.

—Mamá esta malita Cristian… —la preocupación en su voz era más que evidente y también el miedo a perder a su madre. Después de lo que le había pasado a su abuela era normal, pero haría lo que fuera para ayudarla a que ese miedo pasara.

—Lo sé, pero no debes preocuparte, vengo de verla del hospital y en unos días estará bien. Solo necesita descansar, esta malita porque ha trabajado mucho. Pero ahora que he vuelto, yo cuidaré de ella para que esto no vuelva a pasar.

—¿La has visto? ¿Y qué te ha dicho? Porque seguro que se ha puesto a llorar igual que yo. Mamá también te echaba mucho de menos, un día la oí como se lo decía a la abuela —una esperanza nació en mi pecho al saber que Celeste me había echado de menos. Tenía claro que iba a hacer todo lo posible por recuperarla y ahora que sabia esto lo haría con más ganas.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —le preguntó Pili sonriendo al vernos a los dos en el suelo abrazados y cortando la conversación, cosa que le agradecí con la mirada. Era mejor que la niña no supiera en el estado que estaba Celeste.

—Muchísimo Pili, le había echado mucho de menos. Dice que no se va a volver a machar, ¿sabes? Yo creo que es porque quiere a mamá —los tres sonreímos al oírla, porque era una niña, pero era lista, muy lista, más que ninguno de nosotros.

—Creo que en eso tengo que corregirte —Violeta me miró con el ceño fruncido y yo me eché a reír antes de seguir hablando—. Es cierto que no me voy a ir, pero no porque quiera a tu madre, es porque os quiero a las dos —al escucharme volvió a abrazarme y me susurró al oído.

—Yo también te quiero, Cristian —le emoción que me recorrió por el cuerpo al oírla decirme eso era imposible explicarla con palabras.

—Vamos a llenar una mochila con tus cosas, estarás unos días en nuestra casa hasta que mamá vuelva, ¿vale? —cuando Pili le dijo eso, ella primero me miró de reojo y luego volvió a mirar a Pili. Los dos entendimos enseguida lo que le pasaba, tenía miedo a separarse de mí por si volvía a desaparecer, Pili me hizo un gesto con la cabeza para que supiera que estaba de acuerdo con lo que le rogaron mis ojos que me dejara hacer.

—Violeta, ¿quieres venirte conmigo a mi casa? Nos haremos compañía hasta que vuelva mamá. Además, necesito tu ayuda con algo —le pregunté mientras la cogía en brazos para levantarnos del suelo. Sus ojos se iluminaron tanto que ya supe lo que me contestaria antes de que hablara.

—Sí, sí quiero irme contigo. ¿Puedo ir con él, Pili? —mi amiga asintió mientras reía al ver como el brillo de Violeta volvía poco a poco a sus ojos, ese que no debería haber desaparecido nunca.

—Decidido entonces, vamos a coger todo lo que quieras llevarte —le dije y todos caminamos hasta su habitación.

—Cristian antes has dicho que necesitas mi ayuda, ¿con qué?

—Cuando mamá salga del hospital necesitará que entre los dos la cuidemos para que se ponga buena del todo. Como ya te he dicho, no pienso separarme de vosotras nunca más, así que prepararemos una habitación en mi casa para ti, podrás elegir poner todo lo que quieras. También llevaremos las cosas de mamá a mi casa para que cuando llegue las tenga todas allí. ¿Qué te parece? ¿Me ayudarás? —todo lo que le estaba diciendo no era un impulso del momento era algo que llevaba pensando desde que había visto a Celeste postrada en la cama del hospital. Me la llevaría a mi casa para cuidarla, aunque me tocara rogarle de rodillas que aceptara.

—¿Una habitación para mí? Que pasada, sí, claro que te ayudaré —dijo saltando de alegría.

—Mañana por la mañana como es sábado y no tienes cole, iremos a comprar todo lo necesario, llamaremos a mi madre para que nos ayude. Estoy seguro de que te caerá bien y tú a ella le vas a encantar.

—¿Pili mañana podemos ir a ver a mamá para contarle que nos vamos a ir unos días a casa de Cristian? —si todo salía bien esperaba que no solo fueran unos días, sino que se quedaran para siempre. Diego y Pili me miraron cómplices adivinando mis intenciones y yo me encogí de hombros diciéndoles con mi gesto que no dejaría de luchar hasta que lo consiguiera.

—Mañana mamá dormirá todo el día y no podrás hablar con ella, pero si pasado esta despierta, yo mismo te llevaré a verla —le contesté, adelantándome a la respuesta de Pili.

Preparamos una mochila y dos bolsas grandes con bastante ropa de Violeta. También se llevó algún juguete, sus cuadernos para pintar junto con

un estuche grande que tenía de todo y la mochila del colegio, que necesitaría para cuando llegara el lunes.

Cargamos todas las cosas en el coche de Diego y nos montamos los cuatro. Por el camino hasta mi casa, Violeta no paro de hablar y contarme todo lo que había hecho durante esos tres meses en los que no nos habíamos visto. Yo no podía dejar de mirarla y sonreír como un tonto, aunque también lo hacía enfadado conmigo mismo, recriminándome todo el rato, como había sido tan idiota para apartarlas a las dos de mi lado, cuando estaba claro que las quería con toda mi alma.

Llegamos a mi casa y entre todos colocamos enseguida todas las cosas en la habitación de invitados y que Violeta eligió de las tres que estaban libres.

Pasamos la tarde charlando y viendo una peli de dibujos en la televisión, a la hora de la cena, Diego propuso pedir unas pizzas y los demás aceptamos encantados. Cuando llegó la hora de dormir Violeta me pidió dormir conmigo esa primera noche y no pude negarme, entendí que pudiera sentirse un poco rara en un espacio que no era el suyo.

# Capítulo 31



**Celeste**

Intenté abrir los ojos sin conseguirlo, esperé unos minutos y volví a intentarlo. Estaba tan cansada que incluso una cosa tan simple como esa me costó un mundo conseguirlo. Parpadeé varias veces para que la visión borrosa que tenía desapareciera, cuando lo conseguí, una sensación de ansiedad se apoderó de mí. No recordaba como había llegado allí, pero estaba claramente en una cama de hospital. Moví mis manos y en una de ellas noté un leve dolor al rozarla contra las sábanas, la subí lentamente para poder mirármela y vi que tenía una vía puesta, vale de ahí venían las molestias que sentía. Moví las piernas y al ver que me respondían solté un suspiro de alivio.

—Celeste, bienvenida —me dijo una enfermera, que apareció de repente en mi campo de visión.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué me ha pasado? —le dije empezando a alterarme por querer saber.

—Tranquila, ya he llamado a tu médico estará aquí en unos minutos y responderá a todas tus preguntas. Mientras llega, dime, ¿te duele algo? —me dijo rozando con cariño mi mano para tranquilizarme.

—Me duele todo, pero por cansancio, no por otro motivo —le contesté confundida por su pregunta. ¿Por qué debería dolerme algo? Estaba totalmente perdida, no entendía nada de lo que estaba pasando y eso hizo que mi angustia aumentara.

—Eso está bien, es muy buena señal. Voy a llamar a Pili para que venga, se pondrá muy contenta cuando te vea despierta.

—Pili… sí por favor llámala, necesito saber cómo está mi hija —le rogué desesperada.

La puerta se abrió y por ella entro un hombre vestido con ropa sanitaria, supuse que sería el médico que me había dicho la enfermera que vendría a hablar conmigo.

—Buenos días, Celeste, soy Hugo, el médico que te ha estado tratando desde que ingresaste hace tres días.

—¿Tres días? Eso no puede ser… —le contesté, abriendo los ojos como platos.

—Te hemos tenido sedada desde que ingresaste, ahora voy a contarte lo que te pasa, pero no quiero que te alteres, ¿de acuerdo? Puedes estar tranquila, no es nada malo, pero por el estado en el que llegaste creo que es algo que no sabes —asentí y le pedí con la mano que siguiera hablando.

—Tuviste un accidente cuando ibas conduciendo con tu moto, estamos casi seguros de que el motivo fue porque te desmayaste. Tu cuerpo estaba muy débil y los valores vitamínicos eran extremadamente bajos, también había una ligera deshidratación. No te has cuidado mucho últimamente, ¿verdad?

—He pasado una mala racha —le susurré avergonzada, porque sabía que tenía razón, había estado tan pendiente de mi madre y de mi hija, que me

había olvidado de mí. Comía y dormía cuando tenía tiempo y a veces ni eso.

—Eso me han dicho, pero eso se acabó, ahora no solo tienes que cuidar de ti —cuando dijo eso lo miré confundida—. Por tu cara, mi suposición era cierta. No sabias que estabas embarazada, ¿no? —Se me heló le sangre en las venas. ¿Embarazada? Dios mío… no, no, no, esto no estaba pasando. La imagen de Cristian apareció en mi mente en ese momento, un hijo, iba a tener un hijo suyo.

—¿Embarazada? —le pregunté con los ojos llenos de lágrimas llevándome las manos a la barriga.

—Así es, estás embarazada de unos tres meses y medio. Cuando ingresaste tenías una hemorragia vaginal bastante importante, tuvimos que meterte en quirófano para intentar detenerla y con mucho trabajo lo conseguimos, pero estuvimos a punto de perderos a los dos.

—¿Él bebé está bien? —le pregunté preocupada, una cosa era el impacto de saber que estaba embarazada y otra muy distinta que no quisiera a ese bebé. Ya lo amaba y solo hacía unos minutos que sabía que estaba dentro de mí.

—Está perfectamente, es un luchador como su madre —me contestó sonriendo—. Celeste, ahora me voy a poner serio y te voy a decir las cosas claras. Necesitas descansar para que tu cuerpo se recupere y los valores que necesita vuelvan a ser normales. No tienes que guardar reposo absoluto, pero si uno relativo hasta que estés recuperada del todo. Estarás aquí unos días más hasta que esté completamente seguro de que no hay riesgo de aborto. Después cuando te dé el alta te lo tomarás con calma, es primordial el descanso para que el embarazo llegué al final sin más incidentes, ¿me has entendido?

—Perfectamente doctor, gracias por salvarnos a los dos —le dije con una sonrisa que no llegó a mis ojos, por la preocupación que se instaló en mí, al ver todo lo que se me venía encima.

—Bien, ahora voy a seguir con mi ronda. Cualquier cosa que necesites preguntarme o si ves que algo no marcha bien no dudes en decírselo a las enfermeras para que me avisen. Ahora voy a dejar entrar a alguien que estaba impaciente por verte, pero le he pedido que se esperara fuera mientras hablábamos a solas.

Cuando abrió la puerta para salir, Pili entró como un vendaval y casi se lo lleva por delante por las prisas en llegar hasta mí. Se tiró a mis brazos llorando, contagiándome a mí. Así estuvimos varios minutos hasta que los llantos fueron cesando poco a poco.

—Joder Celeste, vaya susto nos has dado, casi me dio un infarto cuando te vi entrar inconsciente en la camilla —me dijo, secándose las lágrimas con las manos.

—Lo siento, no sé qué me pasó

—Yo sí, has querido abarcar más de lo que puedes, pero eso se acabó. A partir de ahora vas a cuidarte y descansar lo que haga falta, Violeta y este bebé —me dijo apoyando la mano en mi barriga—, necesitan una madre sana, no un cadáver andante.

—Lo sabes —le dije, poniendo la mano encima de ellas.

—Sí, lo sabemos todos menos Violeta, queríamos que fueras tú la que le diera la noticia de que va a tener un hermanito o hermanita. Se va a poner como loca cuando lo sepa, ya verás —me dijo con una sonrisilla.

—¿Has dicho todos? ¿Quién son todos? —cuando le pregunté eso se mordió el labio antes de contestar. Ese era un gesto que yo conocía muy bien de ella, lo hacía cuando estaba nerviosa. Que estuviera así me puso en alerta.

—Pili…

—Rubí, Diego, el padre de tu hijo y yo, claro. Esos son todos.

—¿Le habéis dicho a Cristian que estoy embarazada? ¡Estáis tontos o qué! Como se os a ocurrido decírselo. Dios mío, lo que estará pensando es que no me lo quiero ni imaginar.

—Tranquila, ¿vale? Nosotros no le hemos dicho nada, estaba delante cuando el médico nos informó de tu estado —fruncí el ceño y le pregunté.

—¿Qué hacia él aquí?

—Cuando llamé a Diego para avisarlo de lo que te había pasado, Cristian estaba con él. Vinieron los dos corriendo para saber cómo estabas.

—No entiendo nada Pili, él no quiere saber nada de mí. ¿Por qué se interesaría por mi estado?

—Porque te ama más que a nada Celeste. Si le hubieras visto como yo le vi en esta misma sala cuando te vio, estaba totalmente roto. Nunca en la vida había visto a nadie llorar con tanto dolor. Se culpa por todo lo que te ha pasado.

—¿Me ama? —Pili asintió sonriente —¿Y todo lo que me dijo y piensa de mí?

—No tardó nada en darse cuenta de que estaba equivocado. Los remordimientos que tiene por todo lo que te dijo, han hecho que no se acercara a ti. Cree que no merece tu perdón por haberte hecho tanto daño y mucho menos que le quieras. Pero está dispuesto a todo con tal de que, aunque sea toleres su presencia. Además, está loco de contento por ser padre.

—Estoy alucinando, oye no será que me han metido muchas drogas por la vía y esto lo estoy soñando, ¿no? —Pili al oírme soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—No, es verdad todo lo que te estoy contando —pues yo seguí alucinado de verdad que sí.

—¿Dónde está Violeta? —Pili volvió a morderse el labio y me temí lo peor.

—Ehh... viviendo en casa de Cristian —me contestó y yo me senté de golpe y jadeé llevándome la mano al pecho.

—¿Qué dices? ¿Qué hace mi hija viviendo allí? —Pili se echó a reír de nuevo, pero a mí no me hizo ninguna gracia.

—El día de tu accidente cuando salimos de aquí, Cristian fue a hablar con ella, ojalá los hubieras visto —vi cómo se le llenaban los ojos de lágrimas por la emoción al recordarlo y me dio un vuelco el corazón—. Los dos abrazados en el suelo llorando fue muy emocionante. Cuando le dijimos a Violeta que nos la llevábamos Diego y yo a mi casa quiso irse con él y nos pareció bien. La quiere tanto como a ti.

—¿Pili que voy a hacer ahora? Tengo que buscar otro trabajo rápidamente, no puedo bailar. Con una boca más que alimentar y todos los gastos que conlleva un bebé… Dios mío, ¿es que la vida no me va a dar un poco de tregua?

—No te preocupes por eso, todo va a estar bien —me dijo, con una sonrisa misteriosa.

—Nada va a estar bien. ¿No ves, la que se me viene encima?

—Confía en mí, si te lo digo es por algo. He oído decir a cierto hombre, que piensa cuidarte y amarte el resto de tu vida y que no volverá a separarse de ti, aunque no quieras ni mirarlo a la cara —me contestó, guiñándome un ojo.

—Pili… —le dije asustada por sus palabras.

—No te pido que le perdones a la primera de cambio, sé que te hizo mucho daño. Pero déjale al menos intentar redimirse, está muy arrepentido de todo lo que te dijo. Deberías darle una oportunidad, no me lo has dicho, pero sé que tú también lo amas.

—Sí que lo amo, pero…

—Nada de peros, deberíais hablar largo y tendido y dejar las cosas malas atrás. Daos una oportunidad, Celeste, más bien dátela a ti misma para ser feliz.

Las palabras de Pili me calaron hondo, mucho más de lo que ella podía imaginarse. ¿Podría darnos una oportunidad? Me pregunté, y la respuesta ni siquiera tuve que pensarla llegó muy rápida y fue un rotundo, sí.

# Capítulo 32



**Celeste**

Pili se quedó conmigo charlado sobre todo de Violeta media hora más, antes de volver a su puesto. Me dijo que volvería a la hora de la comida cuando acabara su turno. Le pedí que me subiera su móvil para poder llamar a Violeta, necesitaba hablar con mi hija. La conocía mejor que nadie y sabía que después de lo que le había pasado a mi madre, estaría preocupada por mí. Aunque Pili me tranquilizó mucho en ese aspecto cuando me dijo que Cristian le había explicado las cosas con mucho tacto haciéndole entender que necesitaba descanso y que por eso estaba en el hospital.

Estaba quedándome medio dormida cuando llamaron a la puerta con unos golpecitos suaves, dos segundos después se abrió y por ella apareció Cristian con mi hija cogida en sus brazos. Me llevé las manos a la cara y me eché a llorar de la emoción. Los oí acercarse a la cama y noté como él sentaba a mi hija a mi lado con mucho cuidado.

—¿Mamá estás peor y por eso lloras? —me preguntó preocupada, abrazándome.

—No cariño, ya estoy mejor. Lloró de felicidad por verte —le contesté devolviéndole el abrazo.

—¿Has hecho pellas? —le dije, sonriendo.

—Cristian me ha dado permiso, dice que era por una buena causa —asentí riendo y ella me acompaño con su risa.

Vi por encima del hombro de mi hija como Cristian no se atrevía ni a mirarme ni a hablar, se le notaba muy tenso. No dejaba de tocarse el pelo, un rasgo muy característico en él cuando estaba nervioso. Cogí aire y decidí ser yo la que rompiera el hielo.

—Hola, Cristian. Gracias por venir y traerme a mi hija —le dije, dedicándole además una sonrisa sincera. Al oírme levantó la cabeza de golpe y al ver mi sonrisa sus ojos se aguaron, pero carraspeó para contenerse y no echarse a llorar. Jo, se me ablandó el corazón al verlo así.

—Celeste, me alegro de que estes mejor. Violeta te ha echado mucho de menos, bueno no ha sido la única la verdad —las últimas palabras casi fueron un susurro, pero las oí igualmente.

—Mamá, ¿sabes que estoy viviendo en casa de Cristian? Tengo una habitación chulísima, te va a encantar cuando la veas —me dijo mi hija emocionada, a ella había vuelto parte de ese brillo que había perdido en las últimas semanas y eso me hizo muy feliz.

—Eso me han dicho, que a Cristian se le ha colado una ocupa madridista en casa, que se ha apoderado de su tele y pone partidos repetidos sin parar —le dije, revolviendo su pelo y la muy pillina se echó a reír.

—¿Cuándo vas a venir a casa con nosotros? —me preguntó mi hija ansiosa por que saliera de allí.

—Todavía tengo que estar unos días más aquí cielo. Estoy mejor, pero un poco débil y cansada. Además, hay otro motivo por el que quieren asegurarse de que todo está bien antes de irme. Uno que espero que te haga tan feliz como a mí —cuando dije lo último, miré a Cristian y él me sonrió estando de acuerdo conmigo.

—¿Qué motivo? Dímelo porfa —me pidió impaciente.

—Vamos a ser uno más, dentro de unos meses tendrás un hermanito o hermanita —cuando procesó mis palabras me miró con los ojos y la boca abierta como platos y balbuceando sin parar, me dio la risa al verla así y a Cristian también.

—Un hermanito vaya gozada, jolín estoy super contenta. Cristian has oído viene otro futbolero para hacerme compañía en tu sofá y ver los partidos conmigo —no había terminado de hablar y Cristian y yo reíamos a carcajadas por sus ocurrencias.

—De momento cuando nazca puedes cantarle el himno para que se duerma, lo de ver los partidos será más adelante —le contestó Cristian, acariciándole el pelo.

—Oye mamá, el padre del bebé será del Madrid, ¿verdad? A ver si es de otro equipo y nos lo lleva por el mal camino —le madre que la pario, vaya ocurrencias que tenía.

—Pues antes lo era, no sé si se habrá pasado al otro bando. ¿Por qué no se lo preguntas tu misma? —le contesté, señalando a Cristian para que me entendiera.

—¿Tú eres el padre? —le preguntó a Cristian alucinada, él asintió sonriendo.

—Siendo Cristian el padre podemos estar tranquilas mamá, es de los nuestros.

—Sí que lo soy y espero que no solo en el futbol —dijo sonriendo, pero mirándome a los ojos dejando claras sus intenciones.

La puerta se volvió a abrir y por ella apareció Diego con una sonrisa, me dio mucha alegría verlo.

—Celeste, te veo mucho mejor, parece que las visitas te han sentado bien —me dijo, mirando de reojo a Cristian.

—Sí que lo han hecho sí, me encuentro mejor —le contesté, dándole un abrazo cuando se acercó hasta a mí.

—Enhorabuena por él bebe, no podría tener unos padres mejores —me susurro al oído y yo le apreté el brazo agradeciéndoselo.

—Violeta, ¿quieres bajar conmigo a la cafetería? Me han dicho que tienen unos Donuts de colores que están de vicio —quería que Cristian y yo nos quedáramos solos y sabía con qué tentar a mi hija, el dulce era su perdición y no se resistía a él.

—Sí —le dijo ella, saltando de la cama y los tres nos reímos por su efusividad.

—Dale un beso a mamá antes de irte, mañana tienes cole y no podrás venir, pero la llamaremos por videollamada —le dijo Cristian y ella obedeció al instante.

—Te quiero mamá, ven pronto a casa —me dijo después de darme varios besos, esos que yo le devolví.

—Yo también te quiero, solo son unos días que se pasaran volando ya verás.

Diego y Violeta salieron por la puerta despidiéndose de nosotros con la mano y cuando la puerta se cerró a sus espaldas el silencio se instaló en la habitación. Pero no fue un silencio incomodo, sino uno en el que nos observamos el uno al otro. Cristian seguía siendo el mismo hombre guapo

que me enamoró meses atrás, aunque su mirada lucia triste y cansada. También se le notaba que había perdido peso y alrededor de sus ojos tenía unas pequeñas ojeras, pero no por eso le restaban atractivo.

—Celeste… yo… no sé por dónde empezar a disculparme— dijo, pasándose las manos por el pelo.

—¿Puedo hablar primero? Así cuando termine puedes decidir si quieres seguir hablando o marcharte. Quiero contarte todo —le pedí.

—Digas lo que digas no pienso marcharme —asentí con la cabeza y cogí aire antes de hablar.

—Lo primero que quiero que sepas es que nunca quise reírme de ti ni engañarte para que me sacaras de la vida de mierda que llevo o para que nos mantuvieras a mí y a mi hija. Me enamoré de ti en el mismo instante en el que mis ojos se posaron en ti cuando bajé del escenario. Cuando te vi en el despacho no me lo podía creer, me sentí fatal porque sabía que te habías fijado en mí siendo Nix y no esperaba que lo hicieras siendo también Celeste. Pero pasó y en esos momentos me sentí la mujer más feliz del mundo. Quise contarte la verdad desde el principio, pero tuve miedo a que no lo entendieras y me dejaras, al final tuve razón porque fue lo que acabo pasando y eso me rompió el corazón. Entiendo tu reacción y tú decisión de no querer saber nada de mí, por supuesto que lo entiendo. ¿Qué hombre querría estar con una mujer que se gana la vida exhibiendo su cuerpo?

—Celeste, por favor —me pidió, pero levanté mi mano para pararle y que me dejara terminar.

—¿Sabes porque Nix llevaba siempre un antifaz? —el negó con la cabeza y yo continue—. Mi sueño siempre fue ser abogada y me prometí a mí misma que lo conseguiría, pero sabía que en el Palladium iban hombres que en el futuro serian quizás compañeros o rivales y quería evitar que me miraran con el asco que tú me miraste aquel día, o que no me tomaran en serio por haber tenido ese trabajo. Solo hay tres hombres que han estado en

el club que conocen mi verdadera identidad y tú eres uno de ellos. Y uno de ellos ni siquiera me ha visto bailar solo simplemente lo sabe.

—¿Puedo saber quiénes son? —me preguntó.

—Diego es uno de ellos eso ya lo sabes, el otro eres tú y el último que lo sabe y que no me ha visto bailar es tu padre. Rubí le pidió el favor de que me diera las practicas, son buenos amigos y a mí me quiere como una madre. Solo quiso ayudarme, así que espero que no la culpes por ello ni a tu padre tampoco.

—¿Mi padre lo sabía? —me preguntó con los ojos abiertos y la mandíbula desencajada.

—Sí, siempre lo ha sabido y por extensión creo que tu madre también lo sabe, al menos eso me pareció ver en sus ojos el día del entierro de mi madre cuando nos conocimos. En ellos había comprensión y cariño.

—Joder, esto sí que no me lo esperaba —me dijo nervioso.

—Tienes unos padres maravillosos y aunque entiendan porque hice lo que hice para sacar a mi hija adelante, no creo que les gustara mucho que su único hijo tuviera una relación con una stripper, con la de mujeres que hay en el mundo que serían muchísimo mejor que yo y no tienen un pasado tan peculiar, por llamarlo de alguna manera.

—En eso estas equivocada te lo aseguro —fruncí el ceño porque no sabía a qué se refería.

—¿En qué? —le pregunté curiosa.

—Mis padres están muy orgullosos de la mujer que he elegido para compartir mi vida, los dos me han dicho que no podría haber encontrado

una mejor. Y están encantados contigo, donde hayas trabajado o lo que hayas echo en tu pasado les da totalmente igual.

—Pero… —no me dejó hablar como había hecho yo minutos antes.

—Ahora me toca a mí, lo primero que quiero hacer es pedirte perdón —se puso de rodillas al pie de la cama y yo me llevé las manos a la boca por la impresión.

—Celeste, te ruego que me perdones por todas las cosas horribles que te dije, me doy vergüenza a mí mismo por toda la mierda que solté por mi boca aquel día, creo que me impactó tanto verte allí en mi salón siendo Nix, que me volví loco. No pienso ninguna de esas cosas de verdad, fue la rabia del momento. Ni te imaginas lo arrepentido que estoy por haberte hecho daño, no te pido que lo hagas ahora mismo porque sé que es imposible, pero me gustaría que me dieras una oportunidad de demostrarte cuanto te amo.

—Levántate por favor —le pedí llorando.

—No llores por favor, me mata verte así —me dijo, haciendo un amago de acercarse a mí, pero en el último momento se echó otra vez para atrás pensando que si me tocaba lo rechazaría.

—Ven —le pedí extendiendo mi mano para que la agarrara.

Camino despacio, con miedo y cautela. Puso su mano sobre la mía, pero solo con un simple roce, quería que fuera yo la que diera el siguiente paso y no me lo pensé más. Entrelacé nuestras manos y tiré de él para acercarlo a mí. Se quedó sentado a mi lado en la cama, pero sin atreverse a mirarme.

—Mírame —le pedí, agarrando su cara por la barbilla y levantando su cabeza.

—Siempre te veo, aun cuando no te tengo delante. Esos preciosos ojos verdes me han acompañado en mis sueños y en mis pensamientos desde el día que te conocí —me dijo mirándome con tanto amor que no pude resistirme más.

Mi mano pasó de su barbilla acariciando su cuello hasta que llegó a su nuca, la pose allí con firmeza y tire de él hacia mí y me lance a sus labios.

El beso empezó lento, demostrándonos ambos cuanto nos habíamos extrañado y cuanto amor teníamos para dar al otro. Por fin se relajó un poco y sacó la valentía para tocarme. Agarró mi cintura con una delicadeza como si tuviera el cristal más valioso y frágil del mundo. Cuando el beso tomó fuerza, su mano subió por mi espalda acariciándome de arriba abajo llegando hasta mi nuca. No podíamos llegar más allá y los dos lo sabíamos, así que nos separamos para coger aire apoyando nuestras frentes.

—Te amo tanto, que mi vida no tiene sentido sin ti —me dijo susurrando.

—Yo también te amo, nunca he dejado de hacerlo —le contesté antes de volver a darle un suave beso en los labios.

—No pienso volver a separarme de ti nunca más, quiero una vida y una familia contigo. Quiero que seas mi amiga, mi amante, mi mujer y mi compañera de vida.

—Yo también quiero una vida a tú lado, quiero ser todo eso para ti y que tú también lo seas para mí.

Nos miramos a los ojos y supimos que con esas palabras que nos habíamos confesado, habíamos sellado nuestro destino juntos y para siempre.

# Capítulo 33



**Cristian**

Abrí los ojos y lo siguiente que hice fue sonreír, saber que a mi lado dormía la mujer de mi vida, me hacía sentir el hombre más afortunado del mundo. Me giré despacio para no despertarla y me quedé mirándola embobado, como siempre que la tenía delante. Era preciosa y era mía por fin.

Hacía un mes que le dieron el alta en el hospital y ya estaba casi recuperada, su palidez y sus ojeras habían desaparecido y había cogido un poco de peso, no mucho, pero si el suficiente para estar mejor.

El día que le dieron el alta me costó convencerla para que se viniera a mi casa conmigo y con la niña, pero como buen abogado que era y después de unos buenos argumentos conseguí que aceptara. Se que no quería venir porque tenía miedo de sentirse una mantenida, pero le prometí que cuando estuviera repuesta le ayudaría a encontrar un trabajo acorde a sus circunstancias. Eso fue lo que acabó de convencerla del todo. En pocos días entre Diego y yo trajimos las cosas de las dos y en esos momentos estaban instaladas del todo. Estaban donde tenían que estar, conmigo a su lado para cuidarlas y quererlas como me prometí a mí mismo que haría.

Mis padres estaban como locos con Violeta, la conexión que surgió entre ellos desde el primer día fue brutal, hasta tal punto que ella les llamaba

abuelos y a ellos se les caía la baba con ella. Mi madre la recogía todos los días del colegio y la mayoría de ellos se quedaba a comer en su casa, otros lo hacíamos todos en la mía. Algunos fines de semana los pasaba en su casa que era mucho más grande y en la que mi padre en el jardín se había encargado de montar un auténtico parque de juegos sin escatimar en gastos ni detalles. Y allí es donde estaba ahora, el día anterior que era sábado ella misma había llamado a mi padre para que viniera a recogerla, pero advirtiéndole que tenía de volver a traerla el domingo antes del partido porque el futbol era sagrado y ese había que verlo en mi casa todos juntos.

—Un euro por tus pensamientos —me dijo Celeste sonriendo, estaba tan concentrado pensando que ni me había dado cuenta de que se había despertado.

—Pensaba en ti, en Violeta y en la suerte que tengo de que me hayáis aceptado para compartir vuestra vida —le dije, besándola en los labios.

—Nosotras sí que hemos tenido suerte, ni en mis mejores sueños pensé que encontraría un hombre como tú —me dijo, devolviendo el beso.

Pero su beso no fue corto como el mío, el suyo empezó lento, pero enseguida subió de intensidad. Sus manos empezaron a acariciar mi pecho desnudo y arrimó sus caderas hacia mí para rozar mi miembro, ese que estaba más duro que una piedra y no era solo por el beso, sino por su sola presencia. En ese estado constante estaba todo el día, desde que nos reconciliamos no habíamos intimado todavía, por miedo a que Celeste pudiera volver a tener problemas después de su hemorragia. Así que me había dado más duchas frías y me había masturbado más en el último mes que en toda mi vida.

Me separé apretando los dientes por tener que volver a contener el deseo que sentía por ella y no lanzarme a sus brazos para hacerle el amor como estaba deseando.

—¿Dónde vas? —me preguntó melosa.

—A la ducha, necesito calmarme y tocándome así, no me lo pones nada fácil Celeste. Te deseo tanto que duele —le dije intentado levantarme, pero ella me agarró de la mano y me lo impidió.

—Antes de que te vayas te voy a contar un secretito y después eres libre de decidir que hacer —me dijo sonriente.

—¿Un secreto? —le dije confuso.

—Ayer cuando me dieron los resultados de las pruebas que me hicieron en las que salió que todo estaba bien, antes de salir de la consulta mientras tú hablabas por teléfono le pregunté a Hugo, si era seguro tener relaciones. ¿Quieres saber qué me contestó? —Sí joder, claro que quería. No me dio tiempo a contestar lo que hizo a continuación me dejó perplejo.

Celeste echó las sábanas a un lado y en un visto y no visto se quitó el camisón que llevaba y se arrancó ella misma las braguitas que tenía puestas. Se acomodó totalmente desnuda en las almohadas y abrió las piernas para que pudiera ver como su sexo brillaba por la humedad que tenía por lo excitada que estaba.

—Es totalmente seguro que tengamos sexo. Ahora dime: ¿me vas a ayudar con esto? —dijo, pasándose los dedos por su vagina y con la otra mano agarró uno de sus pezones que estaba muy duro y tiro de el —¿o prefieres irte a la ducha? —ni le contesté.

Mientras me relamía los labios pensando en el manjar que me iba a comer me bajé los pantalones y la ropa interior y los lancé a algún lado de la habitación. Me arrodillé entre sus piernas y hundí la cabeza entre ellas para lamer su sexo de arriba abajo.

—Buena elección —la oí decir antes de soltar un jadeo cuando notó como le succionaba el clítoris con ansias.

Después de hacer que se corriera dos veces con mi lengua y mis dedos, subí hasta sus labios para besarla con pasión a la vez que me introducía en su interior lentamente. No hubo prisas ni embestidas fuertes, fue lento y maravilloso. Teníamos toda la vida por delante para disfrutar del sexo salvaje que nos gustaba a los dos, pero esa vez los dos necesitamos que fuera así. Demostrándonos pausadamente el amor que sentíamos el uno por el otro. Cuando llegamos al clímax juntos, nos miramos a los ojos y los dos los teníamos igual, aguados por la emoción del momento.

Cuando terminamos, le pedí que me esperara unos minutos en la cama. Bajé corriendo a la cocina y subí una bandeja con el desayuno para los dos. Antes de desayunar abrí el grifo de la bañera para que estuviera preparada cuando termináramos.

Después de mi último trago de café, la cogí en brazos y la metí en la bañera sentándome detrás de ella, para poder disfrutar del momento con Celeste recostada en mi pecho.

Cuando el agua se empezó a enfriar salí de la bañera y me enrollé una toalla en la cintura. A continuación, cogiendo una toalla grande esperé a que Celeste saliera y la envolví con ella entre mis brazos, para después cogerla en brazos y llevarla de vuelta a la habitación. La bajé a los pies de la cama y mientras ella se secaba, saque del cajón de la mesilla una cajita que tenía allí escondida y que ni podía ni quería esperar más para entregársela.

Me acerqué hasta ella, que estaba de espaldas a mí y me arrodillé a sus pies con la caja abierta entre mis manos. Segundos después se dio la vuelta y cuando me vio sus ojos se llenaron de lágrimas y se llevó las manos a la boca.

—Celeste sé que hemos pasado por momentos muy feos en nuestra relación, pero te prometo que intentaré que todos los que vengan a partir de ahora sean tan bonitos o más como el que acabamos de compartir. Mi corazón te considera mi mujer desde el primer momento, pero me gustaría

que el resto del mundo también sepa que lo eres. ¿Quieres ser mi esposa y mi compañera de vida?

Sus lágrimas empezaron a caer por su rostro mientras se acercó lentamente hacia mí, agachó la cabeza y después de dejar un suave beso en mis labios me contestó.

—Sí, quiero. Te amo tanto que no podría concebir una vida sin ti.

Saqué el anillo de la caja y lo puse en su dedo. Nos miramos diciéndonos sin palabras, esas que entre nosotros no hacían falta, lo mucho que nos queríamos. Me levanté del suelo y la estreché entre mis brazos, lanzándome a su boca para besarla con pasión, las toallas cayeron al suelo y en la cama de nuevo volvimos a hacer el amor hasta quedar exhaustos. Nos quedamos dormidos con nuestros cuerpos entrelazados.

Nos levantamos bastante tarde, tanto que ya era la hora de comer. Como estábamos los dos solos pedimos comida italiana a un restaurante que a los dos nos encantaba y que apenas tardaba media hora en llegarnos el pedido.

Mientras disfrutábamos de la deliciosa comida, Celeste sacó el tema que sabía que la estaba reconcomiendo por dentro.

—Cristian, me dijiste que me ayudarías a encontrar trabajo, no puedo seguir en casa sin hacer nada —me dijo

—Ya lo tienes —le dije, encogiéndome de hombros.

—¿Cuál? —me contestó alucinada.

—Hace días fui a hablar con tu tutor y no puso ninguna pega porque vuelvas al bufete y continues tus prácticas, tengo el contrato preparado para el día que quieras volver —le contesté sonriendo, mientras ella me miraba con la boca abierta.

—¿De verdad?

—Sí, cariño, de verdad. ¿Te parece bien? —le pregunté con un poco de miedo por si había metido la pata y eso no era lo que ella quería.

—Por supuesto que me parece bien. Así que vuelves a ser mi jefe, ¿eh? —me dijo guiándome un ojo.

—Un jefe muy exigente que te va a pedir muchas cosas —le contesté mirándola con los ojos llenos de deseo. Solo de pensar en ella lista para mí encima de la mesa de mi despacho ya me puso duro otra vez.

—Y yo seré una alumna complaciente que haré todas y cada una de ellas —me contestó con el mismo deseo en sus ojos, seguramente pensando en lo mismo que yo.

—Mañana te quiero allí a las diez en punto sentada en mi mesa —le ordené.

—Allí estaré sin falta.

Y vaya si estuvo, con deciros que esa mañana ni el contrató firmamos.

A partir de ese día nuestra relación en el trabajo fue estupenda, sobre todo cuando me llamaba jefe, cosa que hacía aposta porque sabía que cuando se dirigía a mí de esa manera me ponía como una moto. Me lo decía de forma melosa y yo era incapaz de controlarme.

# Capítulo 34



**Celeste**

—Estas preciosa cielo, mi hijo va a alucinar cuando te vea —me dijo Lucia con los ojos vidriosos.

Sí estáis pensando que era el día de mi boda habéis acertado. Hace nueve meses que Cristian me pidió matrimonio y decidimos esperar a que mi hija naciera. Nuestra pequeña era la muñequita de la casa, con cuatro meses nos tenía a todos que se nos caía la baba con ella, sobre todo a su hermana, que no se separaba de ella ni un momento. De mí solo había sacado los mismos ojos verdes que también compartía con su hermana, pero el resto era un calco de su padre. Para seguir la tradición de las mujeres de nuestra familia de tener el nombre de un color, para nuestra pequeña su padre eligió el nombre de Jade, cuando me lo propuso me gustó muchísimo y con ese se quedó.

Nuestra convivencia desde el principio había ido de maravilla, nos adaptamos el uno al otro como si nos conociéramos de toda la vida. A Violeta, Cristian la trataba como si de su propia hija se tratara y ella a los pocos meses de estar juntos le preguntó si podía llamarlo papá. No sé quién lloró más, si él por la emoción o yo al verlos abrazarse mientras le decía que para él era tan hija como Jade.

—¿Esta la novia preparada? —preguntó Diego desde fuera de la habitación del hotel en el que me estaba vistiendo.

Elegimos un hotel donde celebraban bodas civiles, así la posterior comida, baile y noche de bodas seria todo en el mismo lugar y no tendríamos que estar trasladándonos de un sitio para otro. Cogimos habitaciones para todos los invitados, Cristian y yo tendríamos la suite nupcial y mis suegros otra suite donde las niñas se quedarían con ellos.

En nuestra habitación me estaba vistiendo con la ayuda de Luci, Rubí y Pili. Y en la de mis suegros estaba Cristian acompañado de Diego y su padre.

—Pasa cariño, ya está casi lista solo le faltan los zapatos —le contestó Pili, abriéndole la puerta para que pasara.

Diego sería mi padrino, el día que se lo pedí se echó a llorar como un niño chico y me dijo que sería un auténtico honor acompañarme hasta el altar. Por parte de mi futuro marido, su madre sería la madrina. Y mi querida Violeta se encargaría de llevar los anillos, tarea que se había tomado muy en serio y llevaba una semana ensayando por el pasillo de casa como caminaría llevando el cojín en las manos.

—Vaya… —dijo Diego silbando cuando me vio —No se si llevar un babero de Jade y ponérselo a Cristian antes de que bajes —todas soltamos una carcajada por su comentario y él sonrió con esa cara de pillo que ponía cuando decía cosas como esas.

—Nosotras vamos bajando, no tardéis cariño, que si no mi hijo subirá a buscarte y te bajará al altar en brazos si hace falta para que no te escapes —nos dijo mi suegra antes de salir las tres por la puerta.

—¿Estas bien? Te notó nerviosa —me dijo Diego, sonriendo de medio lado mientras me ofrecía su brazo para salir de la habitación.

—Estoy echa un flan —le contesté, soltando un suspiro.

—Pues Cristian está peor, en mi vida lo había visto tan nervioso. Menos mal que no os van a cobrar el desgaste del suelo por los paseos que se ha dado en la habitación, porque os iba a salir por un pico —me eche a reír y le agradecí con la mirada que me dijera cosas así porque sabía que lo hacía para distraerme.

Caminando por el pasillo hacia mi futuro marido, cuando nuestras miradas se encontraron lo demás desapareció. Allí solo estábamos él y yo diciéndonos sin palabras cuanto nos amábamos.

Alargó su mano para tomar la mía cuando llegué hasta él y me acercó lentamente hasta juntar nuestros cuerpos. Besó mi frente y después mis labios antes de susurrarme en ellos.

—No hay en el mundo una mujer más bonita que tú, por fuera y por dentro. Gracias por aceptar ser mi esposa, me has hecho el hombre más feliz del mundo.

—Yo también soy la mujer más feliz por unir mi vida al mejor hombre y padre que existe —le contesté antes de besar sus labios con un beso corto.

La ceremonia fue preciosa y muy emotiva, a la hora de decirnos los votos acabamos llorando los dos. La comida estuvo espectacular, pero el punto cómico fue al final de ella cuando nos sirvieron la tarta, que vaya tela con las ideas de mi hija, que fue la que la eligió, era un balón de futbol relleno de merengue.

El baile y las copas se alargaron hasta bien entrada la noche, aunque llegó un momento que mí ya reciente marido se acercó a mí y cogiéndome de la cintura me besó en el cuello y mordió el lóbulo de la oreja antes de susurrarme al oído para que solo yo lo oyera.

—Vamos ya a la habitación, no aguanto más. Necesito hacerte el amor y ver que escondes bajo ese precioso vestido —solo con esas palabras consiguió encenderme y sin contestarle, agarré su mano para que me llevara con él.

Entramos en la habitación sin dejar de besarnos, se notaba las ganas que ambos nos teníamos, pero yo le tenía preparada una sorpresa que quería darle en ese momento. Me separé de sus labios y Cristian gruño por perder mi contacto.

—Desabróchame el vestido —le dije dándome la vuelta, obedeció al instante y me acaricio la espalda, mientras besaba mi cuello.

—Eres preciosa Celeste, hoy no vamos a dormir.

—Para un momento, tengo una sorpresa para ti, necesito entrar un momento al baño. No tardo ni un minuto espérame aquí por favor —le pedí, separándome de él. Me miró expectante, pero obedeció mi petición.

Entré en el baño y rápidamente me deshice del vestido, saqué una bolsa de debajo del lavabo donde había guardado lo que iba a utilizar y que escondí allí unas horas antes para que Cristian no lo encontrara.

Saqué un conjunto de sujetador y tanga de color rojo, con ligueros y medias a juego, unos zapatos de tacón negros y una máscara negra. Que era la misma que utilicé el día que nos acostamos en la habitación del Palladium. Lo único que no era igual es que no llevaba las lentillas, quería ser Nix y Celeste a la vez, para demostrarle que las dos le habían querido de la misma manera.

Qué, por qué hacía esto os estaréis preguntando, pues muy sencillo. Unos meses antes cuando estaba a punto de dar a luz, en uno de nuestros encuentros íntimos, Cristian me dijo que le encantaría que un día volviera a bailar para él. Me pareció una buena idea para cerrar aquel capítulo de nuestra vida que estuvo a punto de separarnos. Yo solo me reí, pero no le

dije nada más, pero en ese mismo momento supe cuando volvería a bailar para él, en nuestra noche de bodas. Y aquí estaba en el baño con todo puesto cogiendo aire para salir, agarré el pomo de la puerta y salí sin hacer ruido. Cristian estaba de espaldas a mí y me acerqué unos pasos muy despacio. Me paré y carraspeé para llamar su atención. Cuando se dio la vuelta y me vio le faltó poco para que se le desencajara la mandíbula. Sus ojos se abrieron como platos y vi como tragaba saliva.

Me acerqué moviendo mis caderas y cuando llegué hasta él alce mi mano y con un dedo acaricie su mandíbula mientras le decía.

—Jefe, ¿quieres que te baile?

# Epílogo



*Diez años después.*

**Cristian**

—Papá, me marcho ya —me dijo Violeta, dándome un beso en la mejilla.

—Ten cuidado —le contesté y ella me puso los ojos en blanco.

—Siempre lo tengo y lo sabes —añadió mientras se ponía el abrigo y cogía la mochila para marcharse al instituto.

Hay mi niña, que mayor se me había hecho, ya era toda una señorita de dieciséis años. Echando la vista atrás siempre se me venía a la mente el día que nos conocimos y me robó el corazón con su desparpajo y su alegría.

—¿Ya se ha ido Violeta? —me preguntó Celeste, entrando en la cocina donde yo estaba sentado tomándome mi primer café de la mañana.

—Sí, hace solo unos minutos —le contesté, agarrando su cintura cuando se acercó a mí para besarla.

—No te animes otra vez que ya nos hemos dado los buenos días antes, en nada bajaran las fieras y te tocará quedarte con las ganas —me dijo riendo contra mi boca al notar como se le clavaba mi erección en su muslo.

—Ya te pillaré luego en el despacho —le contesté, dándole una palmada en el culo.

—¿Es una amenaza? —me preguntó coqueta.

—No, es una promesa —le dije, mirándola con lujuria.

Habían pasado diez años desde que nos casamos y casi doce desde que nos conocimos, y nuestra pasión no había disminuido ni un poquito. Seguíamos amándonos como el primer día y éramos más felices que nunca.

Habíamos formado una familia preciosa, quería a todas mis hijas con locura, pero también me volvían loco. Yo solo entre cuatro mujeres os podéis imaginar lo que pasaba, ¿no? Pues eso, que hacían conmigo lo que querían.

Como he dicho antes la mayor, Violeta, tenía dieciséis años. Le seguía Jade, que tenía diez y después Esmeralda que tenía nueve, esa también vino de sorpresa porque la noche de bodas nos dio mucho de sí y nueve meses después nos juntamos con dos bebes que se llevaban menos de un año. Ahora que habían crecido, la gente solía pensar que eran gemelas, y es que el parecido que tenían era increíble. Por último, estaba el terremoto de la casa que traía a su madre por la calle de la amargura con sus travesuras, la pequeña Coral de seis años. Cuando nació, Celeste me dijo que ni una más por favor, que con cuatro niñas ya íbamos servidos, y la verdad es que a mí no me hubiera importado que hubiera venido alguna más.

—Me ha llamado Pili, esta tarde vendrá Diego a recoger a las niñas —me dijo mientras iba preparando el desayuno de las niñas,

—Las quiero con locura, pero la celebración de nuestro aniversario es sagrada —le contesté alzando las cejas.

—Van a tener un fin de semana movidito con tanta niña —me dijo riéndose.

Mi mujer tenía razón, se lo iban a pasar de maravilla. Mi amigo Diego y su mujer Pili, con la que se casó un año después que nosotros, nos adelantaron en número con su última hija. Sí, habéis leído bien tenían cinco. Primero nació Silvia, que tenía ocho años, le seguía Beatriz con siete, las gemelas Mirna y Esther de seis años y por último la más pequeña Alexandra que acababa de cumplir cinco.

Mi amigo y yo no supimos hacer niños que se le va a hacer. Pero nos daba igual estábamos encantados con todas nuestras chicas.

Mis padres estaban igual de encantados o más que nosotros, para ellos no había diferencia entre mis hijas o las de Diego, para ellos todas eran nietas igual. Aunque mi madre sentía una debilidad especial por Violeta.

Os podéis hacer una idea de la que se formaba en los cumpleaños o en Navidades con nueve niñas que, quitando a Violeta, las demás tenían edades similares, eso era peor que correr una maratón, todos los mayores terminábamos medio locos y caíamos en la cama fulminados cuando llegaba la noche.

Como comentó mi mujer antes, Diego vino a recoger a las niñas, ni coche necesitaba. Porque años atrás nos tocó vender los áticos y comprarnos dos chalets enormes que solo estaban separados por una valla, así que prácticamente compartíamos el día a día los trece juntos.

Cada aniversario de boda Celeste y yo, lo celebrábamos cenando en el mismo hotel en el que nos casamos y después pasábamos una maravillosa noche de amor y pasión en una suite. Sin quejas, sin gritos y sin mamá, papá. Esa noche era sola y exclusivamente para nosotros.

Compartimos varios platos durante la cena que estaban esquistos, así como el postre y el vino que pedimos que eran fabulosos. Aunque lo mejor

de todo sin duda era la compañía.

Cuando terminamos de cenar agarrados de la mano subimos a la suite y yo ya iba duro por el camino pensando lo que me esperaba. Os acordáis del numerito de baile con él que me sorprendió mi mujer el día de nuestra boda. Pues cada aniversario me sorprendía con uno, con lencería muy sugerente y por supuesto con la máscara negra puesta. Esa con la que una vez al año se trasformaba en Nix, pero con el toque esencial de Celeste, esos ojos verdes que un día me enamoraron.

Celeste salió del baño y me giré para mirarla, me relamí los labios y tragué saliva, la deseaba al mismo nivel que la amaba. Se acercó a mí lentamente con movimientos elegantes, pero muy atrevidos al mismo tiempo. Cuando llegó hasta mí, apoyó la mano en mi pecho y me hizo la misma pregunta de todos los años, esa con la que sabía que me volvería loco de deseo por ella.

—Jefe, ¿quieres que te baile?